

• Alayon norberto
• Barreix juan
• Cassineri ethel

A B C
del trabajo social
latinoamericano

EDITORIAL **ECR** 

A B C
del trabajo social
latinoamericano

ALAYON NORBERTO
BARREIX JUAN
CASSINERI ETHEL

A B C
del trabajo social
latinoamericano

Editorial ECRO
1971

*A quienes darán nombre y contenido
a la síntesis que dejamos como
interrogante...*

LOS AUTORES

ALAYÓN, NORBERTO RICARDO

Nacido en 1945 en Capital Federal. – Trabajador Social egresado del instituto de Servicio Social del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación en 1965.

Se desempeñó como profesional en el Departamento de Bienestar Estudiantil de la Universidad de Buenos Aires (1966). Supervisor Docente y Profesor de la Comisión Católica Argentina para la Campaña Mundial contra el Hambre (FAO) 1966-1967 Miembro del Equipo PLAN E. S. (Equipos para la Planificación Económica Social) 1966-1967. Co-Directos/Propietario de Editorial-Librería ECRO, especializada en Trabajo Social (Hasta 1968). Miembro del Comité Directivo de la Revista “Hoy en el Servicio Social” e integrante del “Grupo ECRO de Investigación y Docencia en Trabajo Social (Hasta 1968). Jefe de Área de la División Desarrollo de Comunidades de la Comisión Municipal de la Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires (1967-1968). Jefe de la División de Bienestar Social de la Municipalidad de General Lavalle, Pcia. De Buenos Aires (1968-1970).

Actualmente es Profesor Titular de Dedicación Semi-Exclusiva de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Nacional del Nordeste, hallándose a la vez a cargo de la Secretaría de Asuntos Académicos de dicho

establecimiento. Asesor de la Dirección de Promoción de la Comunidad del Ministerio de Bienestar Social de Misiones. Asesor del Instituto Superior del Profesorado “Ruiz de Montoya” de dicha ciudad.

BARREIX, JUAN BATISTA

Nacido en 1939 en Carlos Casares, Pcia. de Buenos Aires. Trabajador Social egresado del instituto de Servicio Social del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación en 1964. Especializado en Trabajo Social Psiquiátrico (1965).

Se desempeñó como profesional especializado en el Instituto de la Familia (1965). Coordinador de Grupos Operativos en el Instituto Superior Kenwood (1966). Jefe de Trabajos Prácticos del Instituto de Trabajo Social de Capital Federal (Hasta 1966). Supervisor Docente en los Métodos de Caso Social Individual (1965) en diversos Centros de Práctica y en Organización y Desarrollo de la Comunidad (1966) y Profesor Titular de la Cátedra de Investigación Social del Instituto de Trabajo Social de Capital Federal (1966). Coordinador de Grupos de Aprendizaje para profesionales de Servicio Social (1967-1968). Profesor y Disertante en diversos Cursos, Seminarios y Congresos de Servicio Social nacionales e internacionales (Chile – Perú – Colombia – Venezuela) 1969. Ganador de la Cátedra de Investigación Social de la

Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Concepción (Chile), en Concurso Internacional (1969).

Actualmente es Director de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Nacional del Nordeste. Profesor Titular de Investigación Social de dicha Escuela. Co-Director/Propietario de Editorial-Librería ECRO (especializada en Trabajo Social). Integrante del Comité Directivo de la Revista "Hoy en el Servicio Social". Integrante del Grupo ECRO de Investigación y Docencia en Trabajo Social. Coordinador de los Cursos y Seminarios Latinoamericanos de Trabajo Social organizados por el Instituto de Solidaridad Internacional (dependiente de la Fundación Honrad Adenauer de Alemania Occidental).

CASSINERI, ETHEL GLADYS

Nacida en 1934 en Tres Arroyos, Pcia. de Buenos Aires. Asistente Social egresada de la Escuela de Servicio Social de Mar del Plata en 1959.

Ha realizado diversos trabajos, monografías, artículos e investigaciones referidos a distintos campos del Servicio Social. Tales como "Integración y Promoción de los Grados A" (1960); "Elaboración de Planes de Trabajo de Grupo y de Promoción de la Comunidad" (1965); "Investigación y Evaluación Socio-Económico-Cultural del

Distrito de Berisso” (1966-1968); “Elaboración de Planes de Trabajo de Grupo y Promoción de la Comunidad para diversas Escuelas Primarias” (1962-1969). Asistente Social de la Dirección de Psicología y Asistencia Social Escolar de la Pcia. de Buenos Aires (1960-1969). Jefe de Servicio Social en la Casa del Niño Gral. San Martín – Berisso, de la Dirección de Menores del Ministerio de Bienestar Social de la Pcia. de Buenos Aires (1967-1969). Supervisora Docente de la Escuela de Servicio Social de La Plata (1967-1969). Becaria del Proyecto N° 102 de la Organización de Estados Americanos – O.E.A. (1969). Conferencista en Seminarios de la especialidad.

Actualmente se desempeña como Profesora Titular de Dedicación Semi-Exclusiva de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Nacional del Nordeste, hallándose a la vez a cargo del Departamento de Relaciones con la Comunidad de dicho establecimiento.

PRESENTACION

Lo casual suele ser oportuno y lo oportuno suele ser casual (y no se trata de hacer aquí un juego de palabras). ¿Por qué hemos denominado a esta recopilación de trabajos “A, B, C,” del Trabajo Social Latinoamericano? ¿Por qué son esas letras las iniciales de los apellidos de sus autores? Sí; en parte es cierto y se trata de una “casualidad” que sean las primeras tres del abecedario.

Pero eso no es lo más importante. Lo que realmente pesa es lo “oportuno” de esa casualidad: esta publicación no es, no pretende ser otra cosa más que un “A, B, C” de la profesión, es decir, apenas un comienzo, una cosa muy básica y hasta elemental que a lo mejor tiene alguna utilidad para quienes están enrolados o, más seguramente, para quienes comienzan su formación en ese tipo de acción social moderna que, por su parte, está intentando sus primeros pasos y que denominamos “Trabajo Social”.

Otro punto importante es el referido al carácter (llamémoslo) “formal” de esta publicación: ¿Es un libro? ¿Es un cuadernillo? Nos parecen denominaciones demasiado serias para lo que hoy presentamos. No nos

engañemos: se trata, simple y llanamente, de una “recopilación” de aún más simples artículos publicados en diarios (como “El Territorio” de Posadas, Misiones) o en revistas (como “Hoy en el Servicio Social”) a los que tan sólo dimos un orden (lo más lógico posible) y una nueva redacción (la más coherente y concatenada que pudimos).

Si los lectores la toman como tal (como simple recopilación) nos sentiremos – en cierta medida- tranquilos. Si así no fuera, nos sentiríamos en deuda para con los colegas y para con nosotros mismos. Quizás si el “Grupo Ecro de Investigación y Docencia en Trabajo Social” no poseyera una editorial propia (Editorial Ecro) y si, además, nosotros no fuéramos integrantes del Grupo Ecro –que tiene la Editorial- estos escritos no habrían merecido la atención de ningún editor.

Esta sinceración inicial nos justifica en parte, ... sólo en parte.

LOS AUTORES “A”, “B” Y “C”

PRIMERA PARTE

HISTORIA DEL TRABAJO SOCIAL:

Esquema dialéctico para su elaboración e interpretación

T.S. JUAN B. BARREIX

CAP I: *Del Servicio Social en General*

CAP II: *Del Servicio Social en Latinoamérica*

CAP III: *Del Trabajo Social*
LATINOAMERICANO

CAPITULO I

DEL SERVICIO SOCIAL EN GENERAL

I - INTRODUCCION

Muchas veces caemos en serios errores cuando, al comenzar el desarrollo de un tema cualquiera, lo hacemos a partir de un nivel mínimo de abstracción que creemos conocido, debatido, claro y compartido para, desde él, desarrollar las nuevas ideas conducentes a nuevos debates, a nuevas respuestas y a nuevas conclusiones a un nivel más elevado de teorización. *El error se produce porque ese nivel mínimo del que se parte* –y que creemos conocido y compartido por todos- no es tal, y la meta de la ciencia, que es “agregar algo nuevo al conocimiento ya disponible sobre determinado aspecto o asunto” no se alcanza por faltar a la base de sustentación.

Algo de eso nos ha venido sucediendo a un número creciente de asistentes y trabajadores sociales con cada vez más asiduidad (y por cierto es frustrante) en la mayoría de los congresos, seminarios y reuniones profesionales a que hemos asistido últimamente (regla de la que escapan, en alguna medida, los Seminarios Regionales

Latinoamericanos de Servicio Social y los Cursos y Seminarios del Instituto de la Solidaridad Internacional, realizados hasta 1970). Otro tanto ocurrió en las conferencias que, no hace mucho, hemos tenido la oportunidad de desarrollar en diversos lugares de Latinoamérica. Y a raíz de ese mismo problema –como ejemplo más directo aún- lo mismo ha sucedido con la serie que hemos venido publicando a partir del nº 12 de la revista “Hoy en el Servicio Social” bajo el título “Qué es el ECRO”: los artículos que se han convertido –no pocas veces- en material inentendible para una enorme cantidad de colegas, especialmente de nuestro país. Esto sucedió, simplemente, porque –como expresamos al comienzo- *iniciamos la elaboración de los mismos a partir de una nivel de conocimiento y de manejo de conceptos que ya creíamos compartidos, y claros para la generalidad de los colegas,* cosa que ahora lo hemos llagado a comprobar, *no es así:*

El tiempo y la continua compulsión de opiniones, que nuestros viajes a diversos centros profesionales nacionales y extranjeros nos permite, nos han posibilitado darnos cuenta que ni en las cosas más elementales y básicas del Trabajo Social (cual es *su historia*, por ejemplo) existe un conocimiento adecuado (a veces por simple y casi total desconocimiento de la historia de nuestro

quehacer profesional, y otras veces porque, aunque se “dominan” una cantidad de conocimientos, los mismos no son veraces y sí –por el contrario totalmente distorsionados).

Fácil resulta mostrar (y demostrar) las raíces responsables de esta anomalía y, aunque ya no tiene demasiada importancia tenerla en cuenta, las vamos a detallar brevemente: sucede que la “historia del Servicio Social” ha sido escrita –en lo poco que está escrita- y es generalmente enseñada en la mayoría de las escuelas de la especialidad, por asistentes sociales ancianos (las de “cabelleras canosas y voces cascadas” según una muy gráfica caracterización hecha por H. Kruse) que llevan en sí –firmemente adherido a sus personalidades- un lastre gravoso de elementos permitidos e inoperantes, resabio que les ha quedado de sus pasados de agentes de la beneficencia, de la claridad o, en el mejor de los casos, de la “Asistencia” Social y que no pueden dejar de hacer pesar subjetivamente en cuanto dicen o escriben. Y sin querer –o quizás queriéndolo- distorsionan la narración del proceso histórico del Servicio Social y su consecuente interpretación, en un afán desesperado de dar alguna suerte de prevalencia en el tiempo a ese quehacer ya inútil a que se ha abocado durante todas sus vidas y a cuya superación por el Servicio

Social (o Trabajo Social) modernamente entendido se resisten o no aceptan.

Es así que, de buenas a primeras, nos vemos obligados a “parar” bruscamente en el desarrollo de nuestras reflexiones y pensamientos profesionales y, enseguida, volver bruscamente para atrás (haciendo una especie de “borrón y cuenta nueva”) y recomenzar la cosa hablando de la “historia del Servicio Social”.

No podemos hacer otra cosa: cuando vemos que no nos podemos poner de acuerdo en los conceptos más básicos del quehacer profesional, tales como el nombre mismo de la disciplina; cuando hay alumnos de algunas escuelas que sostienen (porque así se lo han enseñado) que están estudiando “*Asistencia Social*” en lugar de “*Servicio (o Trabajo) Social*”; cuando, por otra parte, muchas veces, dada la desactualización de la enseñanza y planes de estudio de algunas escuelas es absolutamente cierto que en ellas los alumnos están estudiando “*Asistencia Social*”, el único camino válido es dar marcha atrás y comenzar nuestra prédica desde el cero.

Cabría preguntarse el porqué de nuestra “desmedida” preocupación por este asunto.

Tenemos que aclarar que no son objeto principal de nuestro desvelo las ancianas colegas (no necesariamente ancianas en edad cronológica) sostenedoras de la

desubicación señalada, (aunque nosotros sí somos preocupación de ellas). En realidad lo único que nos preocupa en la actualidad –y que nos impulsa a escribir esto– son las Escuelas y los alumnos que en ellas se forman y que pueden constituirse en herederos continuadores de una mentalidad que, desde fines de la década del 50, lastra decisivamente el desarrollo, la imagen del rol, el prestigio y el *status* de nuestra profesión en estas latitudes. Las otras están condenadas a un proceso irreversible de desaparición: seguirán por el momento manejando algunos hilos de poder de la comunidad profesional; continuarán poniendo “motes”, haciendo persecuciones y lanzando injurias de todo tipo (como las que detallamos en el anexo de la revista “Hoy en el Servicio Social”, nº 16/17) y las más honestas seguirán “racionalizando” y diciendo que “nada se puede hacer”, que “la culpa del estado de deterioro y desprestigio en que se encuentra la profesión *la tienen los demás*” (los médicos, los abogados, los funcionarios, etc.) “que le niegan al profesional de S.S. el lugar y la jerarquía que le corresponde”, etc. Ellas seguirán aferradas al pseudos.gratificante trabajito de casos y buscando –nos consta que en 1970 aun lo buscan– “tener un programa de Caso Social Individual actualizado”. Y nos hemos convencido –una década bastó para

demostrarlo hasta el hartazgo- que nada se puede hacer por ellas...

Vamos a hacer, entonces, un bosquejo histórico –y la correspondiente interpretación- del Servicio Social, dedicado esencialmente a los jóvenes estudiantes. Y, también, a quienes no siendo “jóvenes estudiantes” hacen lo que hacen y dicen lo que dicen *porque no han tenido oportunidad de aprender otra cosa.*

II-DEL SERVICIO SOCIAL EN GENERAL

Tan sólo hacer un bosquejo de la historia del Servicio Social de una extensión adecuada a las posibilidades de un artículo es tarea casi imposible. Pero hay un instrumento –creado por las Ciencias Sociales- que, de alguna manera, nos va a ayudar en la tarea: es el “Método Dialéctico” y lo emplearemos en esta oportunidad*.

Hay quienes sostienen que el Servicio Social es una “FORMA DE ACCION SOCIAL” que viene evolucionando a lo largo de casi

* La aplicación del “método dialéctico” para hacer el desarrollo y la interpretación de la Historia del Servicio Social, ha sido hecha por el colega Herman C. Kruse, y de las conferencias que el mismo dió en diversos países latinoamericanos en una gira que recientemente compartiéramos, hemos tomado las ideas centrales de este trabajo.

toda la historia de la humanidad: estamos abiertamente en contra de tal afirmación.

Sostenemos, por el contrario, que a lo largo de casi toda la historia de la vida humana sobre el planeta han existido “DIVERSAS FORMAS DE ACCION SOCIAL”, es decir, “modos” en que la sociedad y la organización social imperante en cada momento, dio (o intentó dar) respuestas a las situaciones de necesidad y vulneración que mayores o menores estratos de la población sufrían. Y el Servicio Social (o Trabajo Social) es la última y más desarrollada “forma de acción social” que la humanidad ha creado.

Hay muchos que –consecuentes con la postura que no compartimos – cuando se les pide que desarrollen la “Historia del Servicio Social” hacen interminables relatos del desarrollo de las diversas formas de acción social que existieron a lo largo de siglos y siglos. Nosotros entendemos que es *no* es la historia del Servicio Social. Podemos admitir que sea la historia de los “antecedentes” del S. S. pero nada más. Y esto con serias reservas ya que, si somos estrictos, el antecedente directo del Servicio Social es la Asistencia Social, que es la anteúltima forma de acción social (ya con ciertas bases científicas) a que se llegó a lo largo de la historia de la humanidad.

¿Cuál es la diferencia entre “Asistencia” Social y “Servicio” Social? La veremos

enseguida pues, precisamente, a partir del surgimiento de la “Asistencia” Social como forma de acción social válida vamos a iniciar el desarrollo de la historia del Servicio Social.

RECAPITULANDO PARA CONTINUAR:

Siempre, a lo largo de toda la historia de la humanidad, existió gente desamparada. Siempre existieron pobres y ricos; sanos y enfermos; amparados y desamparados. Para resumir: en todas las épocas *existieron individuos vulnerados* y siempre, la organización social imperante en cada momento, ideó modos de atender de alguna manera esas situaciones de necesidad, es decir, siempre ideó *formas de acción social*.

Un somero análisis de los últimos siglos de la era cristiana nos permite comprobar que, generalmente, las acciones destinadas a atender las situaciones de necesidad y de desamparo estuvieron en manos de personas u organizaciones de dos tipos:

a) *Las de inspiración religiosa* (cristianas en grado apreciable) motivadas en su trabajo por la frase “hacer el bien por amor a Dios”: es lo que se conoce con el nombre de “Caridad” o “Beneficencia”; y,

b) *Las de inspiración no religiosa* (la masonería y la burguesía, por ejemplo) inspiradas por el lema “hacer el bien por

amor al hombre”: es lo que se conoce con el nombre de “Filantropía”.

Ambas fuentes de inspiración para la acción social, pueden ser caratuladas con la frase “hacer el bien por el bien mismo”.

Pero a fines del siglo XVIII un hecho inusitado sacude al mundo: en Inglaterra se inventa la máquina de vapor, lo que señala el inicio de lo que se ha dado en denominar “la Revolución Industrial”. La máquina irrumpe con prepotencia en el escenario del acontecer humano y comienza a inundar al mundo con sus productos. *El primer producto de la máquina es UNA NUEVA CLASE SOCIAL: la “CLASE OBRERA” o “PROLETARIADO”* y son sus productos secundarios, entre otros, la formación de los grandes y hacinados conglomerados humanos en torno a los grandes centros industriales, la miseria, la explotación, la salida de las mujeres a vender el esfuerzo de sus brazos, etcétera, etc.

Esta avalancha masiva, esa erupción explosiva de problemas sociales, hacen que – de la noche a la mañana- todos los métodos utilizados para atenderlos basados en el “hacer el bien por el bien mismo” se tornen irrisoriamente ineficaces para tratarlos o mitigarlos. Al verse estas formas de acción social ampliamente superadas por la mencionada avalancha masiva de situaciones de vulneración y de desamparo, surge como

contrapartida, a la tesis “hacer el bien por el bien mismo”, su ANTÍTESIS: el NO. No basta con las buenas intenciones no basta con hacer el bien (ni por amor a Dios ni por amor al Hombre). El amor solo no alcanza: hace falta *el método*, hace falta *la técnica*. Hay que hacer el bien, pero “*hay que hacerlo bien*”. Y esto es lo que se denomina “ASISTENCIA SOCIAL”.

Aparecen así, como contrapartida al escenario de problemática social masiva derivada de la revolución industrial, los grandes programas (grandes para esa época) de asistencia a los necesitados, cada vez más rigurosamente controlados.

Como resultado de la tesis “hacer el bien por el bien mismo” enfrentada por la antítesis “hacer el bien pero hacerlo bien” surge la síntesis que podemos denominar “PIONEROS”. Dicen los pioneros (de los cuales la Organización de la Caridad de Londres es un acabado ejemplo): “hay que ASISTIR –pero con conocimientos técnicos– al vulnerado”.

Esta mentalidad asistencialista, se mantiene así (sin mayores modificaciones) hasta fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en los agentes de la “Asistencia Social” (en el caso particular americano los supervisados por Mary Richmond) comienzan a caer en cuenta de que los problemas tantas veces “asistidos” de su clientela, eran

decurrentes de anomalías mucho más profundas, generalmente localizables a nivel de estructuras socio-políticas-económicas inadecuadas que reclamaban, para su tratamiento a fondo, “reformas” estructurales y que, consecuentemente, muy poco o nada se ganaba con la tarea de “parchar”, de “mitigar”, de “paliar” si no se atacaban –previa o simultáneamente a la tarea “asistencialista”– esas raíces profundas que eran responsables de los problemas externos (residuales) que la clientela presentaba. La figura máxima de esta nueva concepción de la acción social es Mary Richmond y ella constituye, consecuentemente la ANTITESIS a la tesis “PIONEROS” (Asistencia Social).

Si tuviéramos que “pintar” a esta nueva etapa con una frase, tal como pintamos a los antecedentes de la “Asistencia Social” con “hacer el bien por el bien mismo” y a la “asistencia social” como “hacer el bien pero hacerlo bien”, ahora podríamos decir “AL QUE TIENE HAMBRE, DADLE UN PEZ...PERO ENSEÑANDLE A PESCAR”.

Mary Richmond marca la iniciación de *una nueva forma de acción social* que pone el énfasis en la PREVENCIÓN DE LOS DESAJUSTES, antes que en la ATENCIÓN DE LOS DESAJUSTES. Para ella es más importante investigar y atacar las raíces profundas responsables de los problemas sociales visibles que los problemas visibles en

sí. Y esto es lo que se denomina, con absoluta propiedad, *SERVICIO SOCIAL*. Lo demás, lo anterior, no es tal: es una cosa sustancialmente distinta al Servicio Social y que se denomina *“Asistencia Social”*.

Que el Servicio Social surgió como evolución de la forma de acción social denominada *“Asistencia Social”*, totalmente de acuerdo. Pero ambas cosas son totalmente diferentes. Que el profesional de Servicio Social se ve obligado a *“asistir”* (hacer *“asistencia social”*) frente a casos de extrema urgencia que se le presentan, también de acuerdo. Pero ese no es su objetivo principal.

La indagación, la investigación que Richmond propone, de las raíces profundas causantes de los desajustes visibles tantas veces *“asistidos”* hasta ese momento, lleva a la inequívoca comprobación de que la mayoría de las veces las mismas eran localizables a nivel de estructuras disfuncionales y que, por lo tanto su tratamiento reclamaba *“reformas”* a nivel de esas partes disfuncionales de las estructuras vigentes. (Debe quedar bien en claro que, por ese entonces, no era la estructura global lo cuestionado, sino partes de ella para que la misma siguiera funcionando: por eso hablamos de *“reforma”* y no de *“transformación”* estructural.

Como consecuencia de esto, el centro de atención para la acción profesional de los trabajadores sociales pasa a ser el medio; *lo social*. De la tesis *pioneros* enfrentada por la antítesis *Mary Richmond*, surge, como síntesis la denominada ESCUELA SOCIOLOGICA, cuyo predominio se extenderá hasta casi la Primera Guerra Mundial.

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, las ideas del joven Freud comienzan a salir tímidamente a luz, muy sofrenadas y resistidas al principio. Pero la terminación de guerra, con todas las secuelas ampliamente conocidas por todos, posibilita la irrupción violenta y masiva de las ideas freudianas en el mundo. Significan el surgimiento de un nuevo centro de atención: el individuo como ser psíquico. La síntesis anterior (Escuela Sociológica) convertida en tesis se ve enfrentada por la antítesis que podemos denominar, precisamente, ESCUELA PSICOLÓGICA. La Escuela Psicológica, con sus dos conocidas ramificaciones (diagnóstica y funcional) tuvo una amplia repercusión en el Servicio Social. A tal punto fue su influencia que las Escuelas estadounidenses se plegaron abiertamente a una u otra tendencia psicologista.

Del enfrentamiento de la tesis "Escuela Sociológica" por la antítesis "Escuela Psicológica" surge —como síntesis— lo que

podemos denominar ESCUELA ECLECTICA, cuyo principal responsable es el Pbro. S. Bowers. El Padre Bowers se tomó el trabajo de recolectar, ordenar, tabular y analizar todas las definiciones habidas hasta ese momento de Servicio Social (cerca de medio centenar) y terminó elaborando su propia definición, según la cual el Caso Social Individual (es decir el individuo vulnerado) debía ser, el centro de atención. Fuertemente psicologizado por las influencias de la época, pero buscando una restauración de la importancia perdida por la Escuela Sociológica, concebía al ser humano relacionado con un medio social que le era inseparable. No obstante, para él, lo decisivo, era el hombre tomado individualmente, inmerso en un medio socio-cultural, sí, pero al que no le atribuía efectos decisivos (por lo menos en toda a extensión de su justa medida) sobre el bienestar de cada individuo concreto. Fácil resulta deducir que, para Bowers, el malestar social era algo así como “la suma de los malestares individuales de los componentes de la sociedad” o que, al revés, “el estado de bienestar general” surgiría como resultado de producir y sumar “bienestares individuales”; de ahí la importancia, para este Sacerdote, de tratar –uno a uno- los problemas de cada individuo vulnerado y,

consecuentemente, el pleno auge del Trabajo Social de Casos¹.

La “Escuela Ecléctica” (que acabamos de ver) no tuvo gran duración en el tiempo sin réplica (antítesis). Y esa antítesis estuvo constituida por quienes pensaban que el individuo por importante que sea e sí mismo, es humano en la medida en que pertenece a grupos en los que interactúa y que estos *grupos*, a su vez, están en constante interrelación con otros grupos formando áreas funcionales que se denominan *comunidades*. Como consecuencia, ningún tipo de acción social (el S. S. en nuestro caso) puede perder de vista en su accionar a estas dos dimensiones (grupo y comunidad) inherentes a la esencia misma de la condición humana. Como resultado, surgen de manera de antítesis, frente a la tesis “Escuela Ecléctica” los “Métodos de GRUPO y COMUNIDAD”,

¹ Nosotros no criticamos estas ideas del Padre Bowers si nos situamos en la época en que él las desarrolló. Más aún, las consideramos lógicas para el pensamiento de ese momento y las justificamos. Lo que si resulta injustificable es que, ya casi en los albores de la octava década del siglo XX, existan Escuelas de Servicio Social que basan sus esquemas de enseñanza –implícita o explícitamente- en este tipo de concepciones y que hasta haya autores (hace poco tiempo ha aparecido un libro de Introducción a la “Asistencia” Social) en que se las defiende. Mejor dicho, no las defiende; las sostiene como propias.

con autores tales como los Treckers, Gisella Konopka, Newstetter, Carolina Ware, Murria Ross, etc., en la década del 40.

Un hecho histórico, ajeno –en principio- al Servicio Social, hizo que esta postura de la surgía un Servicio Social con tres métodos (Caso, Grupo y Comunidad) tomara importancia mayúscula y que, especialmente, la misma tuviera gravitación en Latinoamérica: se trata de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos permanecía, frente a la contienda, apoyando a las Fuerzas Aliadas con pertrechos bélicos, alimentos, etc., pero no decidía en su entrada y participación abierta y total en la misma, hasta el denominado “desastre de Peral Harbor” en que EE. UU. pierde la mejor parte de la Armada en manos de los japoneses, determina su inmediata entrada en la contienda: De la noche a la mañana se ve precisado a: 1º) transformar un tipo de economía y producción destinada al consumo suntuario en una “economía de guerra” y, 2º) Cuidar sus espaldas. Las espaldas de EE. UU. son los países latinoamericanos: las carnes argentinas y uruguayas el café brasileño, el cobre y el estaño boliviano, el carbón chileno, el petróleo venezolano, etc., y, hasta eventualmente los brazos latinoamericanos, le pueden ser aportes decisivos en una guerra cuyos horizontes no se avisoran con claridad, pero que de ninguna

manera podemos calificar como “halagüeños”. Y cuidar sus espaldas significa, consecuentemente, velar por la salud y por el bienestar de nuestros países para lo que, ese Servicio Social, que opera con tres métodos básicos le es un instrumento de eficacia. Es así como aparecen en estas latitudes los primeros programas (grandes programas) “made in USA” y dirigidos (este es un dato importante) desde EE. UU. y ejecutados por técnicos de EE. UU. El dato es importante, para dejar bien señalado que, por ese entonces, no es preocupación estadounidense que esos técnicos se formen aquí.

La Segunda Guerra Mundial terminó, como todos sabemos, con dos extremadamente sanguinarios puntos finales (Hiroshima y Nagashaky) cuya necesidad es hoy bastante firme y fundamentalmente cuestionada y el Servicio Social quedó con sus tres métodos mencionados.

De la tesis “Escuela Ecléctica” enfrentada por la antítesis “Métodos de Grupo y Comunidad” surgen como síntesis las ideas de quienes entran a pensar que, si habiéndole agregado al S.S. dos métodos (Grupo y Comunidad) se le había aumentado decisivamente su eficacia, tanto más eficacia tendría cuanto más y mejores métodos se le agregaran. Ya estamos en la década del 50 y podemos citar como uno de las figuras

principales sostenedoras de estas ideas a Ernest Greenwood. Consecuencia: a los tres métodos ya incorporados, se agregan al S.S. los llamados “Métodos Propiciatorios” o “Métodos Secundarios” (Investigación Social, Supervisión Docente, y Organización y Administración de Agencias de Bienestar). A esta nueva síntesis la podemos denominar METODOLOGISMO ASÉPTICO. Lo de “aséptico” porque se consideraba que el Servicio Social debía actuar desde una perspectiva neutra, fría y descomprometida: ser una disciplina con cada vez más y mejores métodos, con técnicas cada vez más pulidas y refinadas, pero ejercida la profesión y aplicadas esas técnicas y métodos por un profesional “químicamente puro, inodoro, incoloro e insípido” según la ya famosa caracterización hecha por Ander-Egg.

Otro hecho histórico hace que esta nueva concepción profesional estadounidense (el “metodologismo aséptico”) tenga importancia fundamental para Latinoamérica: en un día cualquiera (o no tan “cualquiera”) de octubre de 1959, la dictadura cubana de Batista cae en manos de los guerrilleros y un Gobierno Revolucionario, con Fidel Castro a la cabeza, asume la conducción socio-político-económico de la Tierra de Martí. No se trata ni de un cuartelazo, ni de la “revuelta” más; no se trata de ninguno de los tipos de pseudos revoluciones “gatopartistas” que tan

claramente clasificó y calificó Ander-Egg en su ponencia del IV Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social; se trata, sencillamente, de una Revolución en todo el sentido y significado del término y como tal, es un hecho inédito en lo que va del Siglo XX en Latinoamérica.

El éxito de la experiencia cubana, tiene un “peligroso” efecto de demostración para una Latinoamérica sojuzgada, oprimida, con la abrumadora mayoría de sus habitantes marginados, hambrientos, analfabetos, enfermos y desprotegidos en el más alto y crudo significado del término (quien desee consultar cifras estadísticas puede hacerlo por medio de cualquier Boletín actualizado de la CEPAL o, si las quiere encontrar más ordenadas, en el libro “El Mundo en que Vivimos” de Ander-Egg). Claro que lo de “peligroso” es desde el punto de vista del “statu-quo” latinoamericano (socio, cómplice y aliado incondicional del “statu-quo” norteamericano); es decir, y para ser sinceros, desde NUESTRO punto de vista (el de la mayoría de NOSOTROS, profesionales de Servicio Social). Cuba se transforma, así, en un problema “POLÍTICO” para Latinoamérica (y para EE. UU.) que exige una respuesta también política. La misma no se hace esperar y surge como grito estridente de la garganta del Presidente Kennedy, con las

palabras “Alianza para el Progreso”². Kennedy mismo se preocupó de no negar nunca el carácter político de la Alianza...

Pero volviendo ahora a nuestro tema central, lo concreto es que a la sombra *política* de la Alianza para el Progreso *las tesis “desarrollistas”* tuvieron su *cuarto de hora primaveral* en estas latitudes. Y, esto sí, es un hecho importante para el Servicio Social y que a continuación explicamos:

-El “desarrollismo” implícito en la Alianza para el Progreso, como el “desarrollismo” explícito de los varios gobiernos latinoamericanos que a su vez florecieron, significan la planificación y puesta en marcha de programas *altamente técnicos* (este es un hecho objetivo que no implica juicio de valor alguno acerca de la eficacia y viabilidad de esos programas “altamente técnicos”) y que reclaman, para su elaboración y ejecución, de la concurrencia de técnicos adecuados. Entre esos técnicos, los de Servicio Social (tal como los concebía la ya explicada postura de Greenwood y sus seguidores), eran indispensables. Es entonces cuando, por primera vez en la historia, EE. UU. (y los

² Hay quienes pretenden negar –porque lo ignoran o porque les conviene– que la “Alianza para el Progreso” fue una respuesta “política” frente a un problema “político”. A quienes niegan esta verdad por no saberla, los remitimos a la lectura de la Carta de Punta del Este.

gobiernos desarrollistas de varios países latinoamericanos) se comienzan a preocupar por saber si en Latinoamérica existen y/o se están formando esos profesionales polivalente, munidos de una amplia base teórica extraída de las demás disciplinas sociales y diestros en el empleo de los seis métodos profesionales y manejo de todo el espectro de técnicas que ellos implican.

Se comprobó que NO; que aquí la enseñanza del Servicio Social estaba atrasada por lo menos en treinta años y que era imperioso comenzar la formación de los mismos en cantidades masivas. Es entonces cuando –fines de la década del 50- las Comisiones técnicas de Naciones Unidas comienzan a abrir a lo largo y ancho de Latinoamérica esas *nuevas* Escuelas de Servicio Social, para formar ese *nuevo* tipo de trabajador social que los desafíos del “desarrollismo” demandaban y que muy poco de parecido tenían con el profesional de Servicio Social que se formaba 30 años antes en EE. UU., pero que todavía se seguía formando en Latinoamérica. Pero esa parte, como asimismo las razones por las que las Comisiones Técnicas de la ONU abrieron “nuevas Escuelas” en Latinoamérica, las veremos en detalle en la segunda parte (del Servicio Social Latinoamericano en particular) de este trabajo.

Pero lo concreto –hasta aquí– es que A LO LARGO Y ANCHO DE LATINOAMERICA SE COMIENZA A FORMAR UN TIPO DE PROFESIONAL DE SERVICIO SOCIAL, A VECES CON UNA DENOMINACIÓN DISTINTA (Trabajador Social) EN REEMPLAZO DEL QUE HASTA ESE MOMENTO SE FORMABA (Asistente Social) Y QUE SE SIGUIÓ –Y SIGUE– FORMANDO EN MUCHAS ESCUELAS CAMBIO-RESISTENTES.

CAPÍTULO II

DEL SERVICIO SOCIAL EN LATINOAMERICA

I – INTRODUCCIÓN

Latinoamérica tiene una larga historia en lo que a “formas de Acción Social” se refiere, cuyo origen se remonta a las grandes civilizaciones nativas pre-colombinas y que se continúa a lo largo de toda la “civilización” hispánica. Como hicimos en la primera parte (del Servicio Social en general) vamos a reiterar la aclaración de que una cosa es la “historia de las formas de acción social” (que existieron prácticamente desde siempre –por lo menos desde que los hombres se comenzaron a agrupar rudimentariamente-) y otra cosa es “la historia del Servicio Social” que es la última y más perfeccionada forma de acción social a que se ha llegado.

La ante-última forma de acción social, que explicamos con amplitud en la primera parte y que denominamos “Asistencia Social” también cumplió su rol en su momento de la historia latinoamericana, pero no nos ocuparemos de ella en especial aquí ya que existen excelentes libros en la que se encuentra perfectamente detallada.

Sin embargo, no podremos evitar de ocuparnos en alguna medida de la misma cuando comencemos, en seguida, la historia del Servicio Social en Latinoamérica propiamente dicho, ya que en nuestro caso particular no es posible hacer una diferenciación más o menos clara (como fue posible en EE. UU. con Mary Richmond) entre la terminación de la Asistencia Social y el comienzo del Servicio Social, por las causas que en seguida veremos.

II – DEL SERVICIO SOCIAL EN LATINOAMERICA

*Iniciamos esta parte con una fecha:
Años 1926/27*

En 1925 funciona en Santiago de Chile la primera Escuela de Servicio Social (si nos trasladamos a la primera parte de este trabajo es la época de prevalencia de la Escuela Ecléctica con Bowers y el Caso Social Individual). Su fundador es el Dr. Alejandro del Río (médico y sociólogo). El hecho de que la primera Escuela de Servicio Social de Latinoamérica haya sido creada por un médico, es de fundamental importancia, por lo que en seguida veremos.

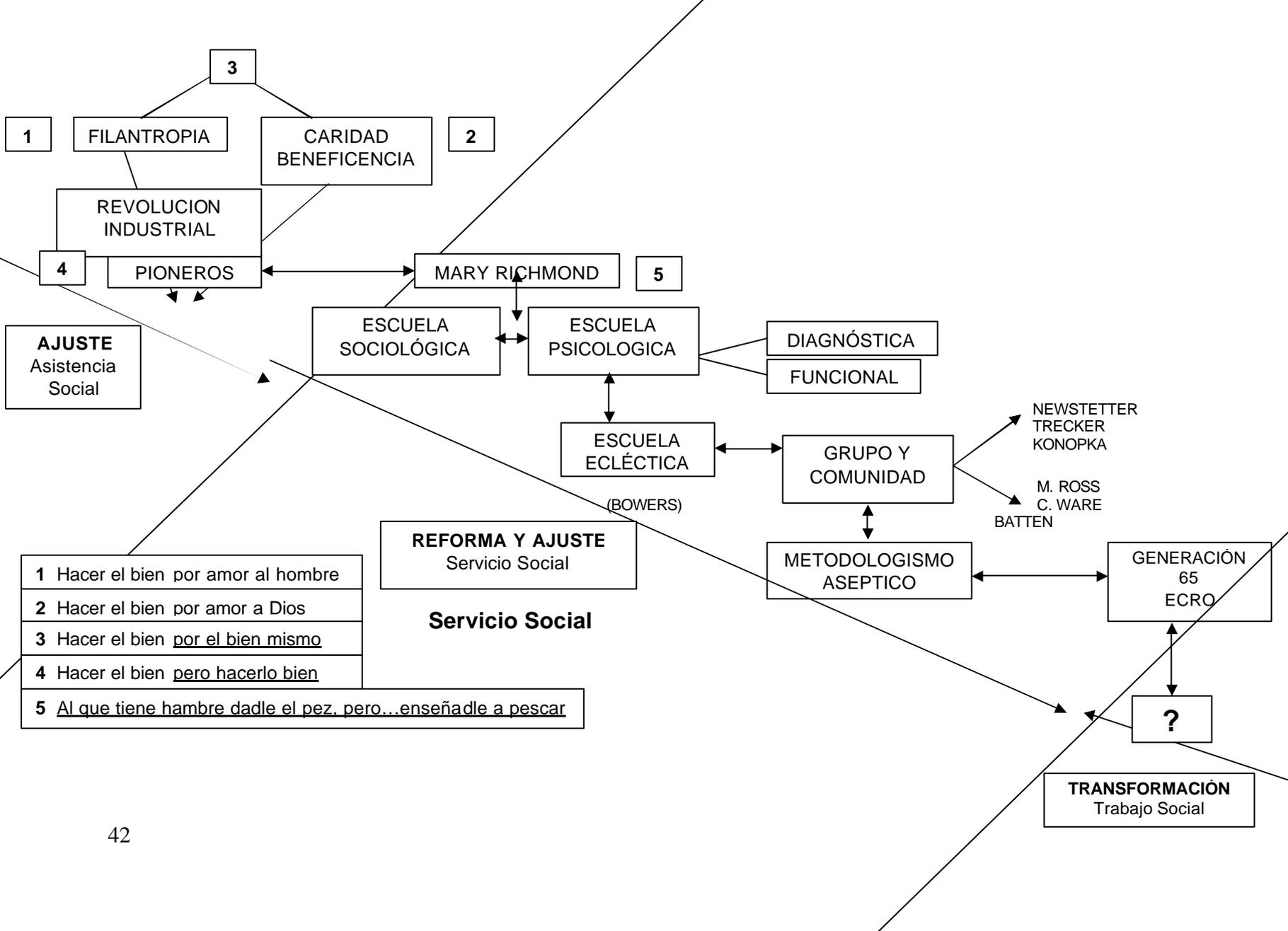
El Dr. Alejandro del Río es fiel exponente de un tipo de mentalidad médica en boga en esos años (y de la que aún perduran

bastantes exponentes): la mentalidad de “MEDICO REY”, es decir, la del individuo que, por manejarse con cosas tan caras al ser humano cuales son la enfermedad y la salud, la vida y la muerte, se auto-atribuye (y, también, le atribuyen los demás) un desconmensurado status que lo convierte en algo así como “el centro de la creación”.

Por esos años, los médicos ya sabían muy bien que podían tener mucho mayor eficacia y rendimiento en su tarea, en la medida de que se rodeaban de una serie de sub-técnicos que bajo su absoluta dependencia y dirección, y rindiéndoles cuenta de TODO cuanto hicieran, podían complementar la labor propiamente médica (enfermeras, kinesiólogos, etc.) y que constituían “su equipo” (una forma muy peculiar de entender el concepto “equipo”: uno que manda con poderes absolutos y palabra indiscutible y un conjunto que se mueve en torno a él en absoluta dependencia). Decimos, precisamente “mentalidad de MEDICO-REY” porque la situación representa algo así como una monarquía, cuyo trono ocupa el médico y los demás son sus pajes.

¿Qué tiene que ver esto con el Servicio Social? Pues que, médicos de esa mentalidad (el Dr. Alejandro del Río entre ellos) tuvieron oportunidad de darse cuenta (en oportunidad de sus viajes a EE. UU. y a Europa) que

podían contar con otro integrante dentro de ese equipo de sub-profesionales: uno que les cumpliría las funciones de “brazos extendidos” y “ojos prologados” a los domicilios de los pacientes. Un “ayudante” que fuera capaz de controlar el buen cumplimiento del tratamiento prescrito, de dar “normas de higiene”, de saber algunas destrezas de “medicina menor” (dar inyecciones, hacer lavajes de estómago, etcétera), de saber enseñar a preparar biberones, a cuidar y fajar bebés, etc. De “visitar” en una palabra, a los pacientes en su domicilio...Este es el tipo de enfoque con que se iniciaron a formar “las” asistentes sociales en nuestros países y es la que conocemos con el nombre de “FORMACIÓN PARAMEDICA”.



A la creación de la Escuela “Dr. Alejandro del Río” le siguieron otras de igual estilo (años 1928 y subsiguientes) en diversos países. Nuestro país introdujo una “variante” interesante en ese tipo de formación: aquí, fueron también los abogados y los jueces quienes se dieron cuenta que a ellos también les “vendría bien” contar con un sub-profesional a su servicio y que, al igual que en el caso de los médicos, les complementará su labor haciendo tareas de gestoría, informando acerca de la situación de menores con libertad vigilada y dando algún tipo de orientación a la clientela en algunos aspectos jurídicos y/o legales. Para cubrir esa “necesidad” se creó la Escuela de Asistentes Sociales, dependiente de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es lo que denominamos “FORMACIÓN PARA JURIDICA” de la cual la citada Escuela parece estar apartándose lentamente con su nuevo Plan de Estudios, tan recientemente incorporado que aún no ha egresado gente formada de acuerdo a él.

Pero las asistentes sociales, una vez egresadas, no quedaban ni siempre ni en su totalidad trabajando en función de los médicos y de los abogados: las instituciones de Beneficencia, de Caridad y de Filantropía que existieron en nuestro medio (y de las que aún quedan algunas funcionando), fueron un

excelente campo de trabajo (y aún lo siguen siendo, no pocas veces) para las mismas: el “hacer el bien pero hacerlo bien” de la Asistencia Social superada en EE. UU. a partir de Mary Richmond (primera década del presente siglo) se incorporó con ellas a esas instituciones basadas hasta entonces en el “hacer el bien por amor a Dios” (Caridad y Beneficiencia) o en el “hacer el bien por amor al hombre” (Filantropía). Y de estas instituciones –lo reiteramos- con asistentes sociales haciendo en ellas- precisamente- “Asistencia” Social (reparto de leche en polvo, de medicamentos gratis, de colchones, de zapatillas, etc.) todavía quedan, en esta ya casi octava década del siglo XX. Por eso decíamos, al principio, que no es tan fácil (por no decir directamente “imposible”) hacer una determinación histórica del momento en que la Asistencia Social da paso al Servicio Social. Si a esto le agregamos el hecho concreto de que hay autores –como citamos en la primera parte- que todavía escriben libros de “Introducción a la *Asistencia Social*” y que defienden en ellos posturas superadas hace varias décadas y si mencionamos, aún, que esos autores son, a veces, Directores de Escuelas de Servicio Social en la actualidad, creemos que el panorama queda demasiado claro.

Dicho en otras palabras: EL SERVICIO SOCIAL, DESDE QUE FUERA IMPORTADO

E IMPLANTADO EN LATINOAMERICA HACIA FINES DE LA DECADA DEL 20, NO EVOLUCIONO. EXCEPTO PEQUEÑOS CAMBIOS DE FORMA, PERMANECIO INVARIABLE A LO LARGO DE CASI CUARENTA AÑOS, DURANTE LOS CUALES, EN ESTADOS UNIDOS POR EJEMPLO, PASO POR LAS ETAPAS DE "ESCUELA ECLECTICA" "METODOS DE GRUPO Y COMUNIDAD" Y "METODOLOGISMO ASEPTICO" a que habíamos llegado en la primera parte y que por las razones señaladas allí, este país exportó masivamente a Latinoamérica.

Ahora bien, en la primera parte habíamos prometido explicar con detalle en esta segunda las razones por las que, en lugar de actualizar las Escuelas ya existentes aquí, las Comisiones Técnicas de ONU y los Gobiernos desarrollistas de la época se dieron a la tarea de abrir, a lo largo y ancho de América latina esas escuelas destinadas a hacer esa formación profesional de alto nivel técnico que el "Metodologismo Aséptico" propugnaba y que eran imprescindibles para colaborar con los planes y programas de desarrollo.

Por razones de espacio (y por limitaciones personales) no me ocuparé, de aquí en más de *todos* los países latinoamericanos, sino exclusivamente de Argentina. Pero dejando constancia de que, con ligeras variantes de

forma y de años, el proceso similar en la mayoría de nuestros países.

En 1957, “a pedido del Gobierno de Frondizi” la ONU envía a nuestro país una Comisión Técnica con la misión de investigar si, en nuestro medio, existen (o se están formando) los técnicos de Servicio Social en los términos y condiciones que el “desarrollismo” demanda (Metodologismo Asíptico) y, eventualmente, aconsejar y asesorar los cambios en los planes y programas de estudio de las Escuelas de la especialidad que resultaran necesarios. Presidía la citada Comisión Técnica la conocida colega chilena Valentina Maidagán de Ugarte.

Maidagán de Ugarte, luego de tomar una muestra de cinco o seis Escuelas existentes (que incluía a las más conocidas y representativas) estableció, sin dificultad ni equívoco alguno, la “situación de desastre” que, en lo que a formación de profesionales de Servicio Social se refiere existía (los, por aquel entonces, treinta años de atraso de que veníamos hablando)³.

³ Esta tarea y comprobación de la técnica chilena citada, como asimismo todo lo que expondremos después acerca de su acción, hasta que en 1969 abandonara el país dando por terminada su misión, está minuciosamente registrado en dos voluminosos informes que constan en los archivos del Ministerio de Bienestar Social de la Nación (por aquel entonces

En forma inmediata dictó –de total conformidad con los objetivos de su misión– una serie de *normas* (conocidas como las “Recomendaciones Ugarte”) para que las Escuelas argentinas de Servicio Social (cerca de una quincena entonces) hicieran un pronto “aggiornamento” y también, por pedido del Gobierno argentino, se dio a la tarea de preparar un Manual que fuera la base para el nuevo tipo de formación profesional en nuestro país. Se trasladó, en los meses de verano de ese primer fin de año de su Misión en Argentina, a Chile para poder usar el material de la Biblioteca de la Escuela “Dr. Alejandro del Río” en la preparación del citado libro. Transcurrido ese verano, la citada regresó con los originales de su hoy famoso “Manual de Servicio Social” que entró en prensa en forma inmediata en los Talleres Gráficos del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación.

Pero ya para entonces las cosas habían cambiado fundamentalmente: varias Escuelas (por medio de sus Directivos) adoptaron una postura cambio-resistente y lejos de haber comenzado a aplicar las “Recomendaciones” para el mejoramiento de sus Planes de estudio, habían decidido establecer un frente

Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública) y pueden ser consultados también en la Biblioteca Dr. Alberto Zwarck, Sarmiento 1251, Cap. Federal.

común de oposición a la tarea de Maidagán de Ugarte y a la implantación de esas nuevas ideas profesionales”: plácidamente cómodos, y claramente conformes con la pseudos-gratificante tarea de los “casitos individuales”, con la tarea “para-médica” y/o “para-jurídica”, y con el aún más pseudos-gratificante reparto de cosas materiales (ayuda paliativa) de la vieja Asistencia Social, de ninguna manera estaban dispuestas a aceptar ese estado de retraso que la “agresiva e insolente Sra . de Ugarte” les quería hacer creer que existía.

Pero en esa situación (intento de puesta en marcha de las “Tesis desarrollistas”) la necesidad política de contar con profesionales de Servicio Social altamente formados y acabadamente actualizados, no podía quedar sujeta al gusto o a disgusto de las asistentes sociales ya existentes: con su aprobación o haciendo caso omiso a su reprobación, con ellas o contra ellas, ese nuevo tipo de formación profesional para atender los requerimientos de ese, también, *nuevo momento* SE TENIA QUE HACER. Y así lo entendió –como era lógico- el entonces Ministro de Asistencia Social y Salud Pública, Dr. Héctor Noblía que, inmediatamente ordenó la creación del Instituto de Servicio Social dependiendo de esa Cartera de Estado y con total arreglo a los más acabados planes de estudio correspondientes a las concepciones del “Metodologismo Aséptico”

y, simultáneamente, becó a un médico psiquiatra argentino para que se preparara en el exterior para dirigir ese nuevo Instituto.

Aquí es cuando aparece en nuestro medio el fenómeno denominado “Alienación Profesional” del que nos ocupamos con amplitud en la cuarta parte de esa publicación y a la que remitimos a los lectores.

Es de importancia, con relación a este nuevo Instituto, dejar en claro que:

- 1º) El tipo de formación profesional que en él se brindaba a los alumnos era sustancialmente distinto al que hasta ese momento y a veces bajo el mismo nombre (Servicio Social) se venía haciendo en nuestro país; y
- 2º) Que era una profesión (el S.S.) *para ambos sexos*. Más aún: que era imprescindible, dada la nueva metodología profesional y los nuevos desafíos a que el profesional debía responder en su accionar, la presencia de varones en la carrera.

El título de “asistente social”, consecuentemente, no servía porque:

- a) Es apropiado para designar al agente de la “Asistencia Social” y no al del “Servicio Social”;
- b) Conlleva una imagen peyorativa a nivel popular y no popular del quehacer profesional, nada coincidente con los

lineamientos profesionales (v. g., la de “las Señoritas mayorcitas de edad que reparten cosas a los pobres”, etc.) que, a todas luces, sería muy difícil de estirpar. Más aún: prácticamente imposible de borrar, porque:

---Esta sumamente arraigada en la percepción y concepción popular; y

---Sigue habiendo asistentes sociales (y se siguen formando asistentes sociales en muchas Escuelas) para proseguir haciendo ese tipo de tarea asistencial y, consecuentemente, para reafirmar constantemente esa imagen profesional peyorativa.

Por estas razones señaladas –y algunas otras de importancia menor- este nuevo Instituto creado comenzó a dar el título de “Trabajador Social” a los que de él egresaban.

No vamos a hacer aquí la historia detallada de ese Instituto, pues no hace al fondo de la problemática abordada en este trabajo, ni vamos a detallar (por ahora) cómo las fuerzas que se desataron en su contra (las de todas las asistentes sociales cambio-resistentes unidas) y que a la larga, aprovechando las coyunturas que ofrecieron los cambios políticos que se dieron en Argentina, lo lograron desarticular y conducir a su cierre.

Pero sí vamos a dejar asentados algunos hechos, vinculados a su corta pero fructífera existencia, que YA SON HISTORIA:

- a) Logró tener más del 20% de alumnos varones (hecho inédito en Argentina y toda Latinoamérica), cifra que recién ha sido superada por una Escuela de S.S. de nuestro medio¹ y por una sola en el resto de Latinoamérica (la de Guatemala que tiene más del 50% de alumnos varones).
- b) Alcanzó fama continental: casi todos los países latinoamericanos cuentan con egresados de ese Instituto a quienes los respectivos Gobiernos mandaron a estudiar en calidad de becados. Es decir que, en su momento, fue el Centro Máximo de formación profesional de la parte sur de nuestro Continente. Varias personalidades internacionales en materia de Servicio Social evaluaron y avalaron esta realidad en los años subsiguientes a su creación y antes de que las fuerzas de la reacción lograron eclipsarlo y luego llevarlo al cierre.

¹ Se trata de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Nacional del Nordeste, que funciona en Posadas, provincia de Misiones.

Pero volvamos un poco para atrás: al momento en que el “Metodologismo Aséptico” sienta sus reales en Argentina con la creación de Instituto de Servicio Social del ex Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública. Si nos retrotraemos a esa época, fácil resulta deducir –aún para quien no vivió ni se enteró hasta este momento de esa experiencia- que los profesionales que en él se formaban (los “trabajadores sociales”) eran fundamentalmente distintos a los que se formaban en el resto de las Escuelas existentes (“asistentes sociales”).

No obstante –y a esto también *hay que tenerlo presente*- esta situación de “diferentes títulos” para designar a “profesionales diferentes” no duró mucho. Duró, simplemente, hasta que Escuelas de Servicio Social pre-existentes, pero con Directores menos resistentes al cambio, adoptaron los planes de estudio correspondientes al tipo de formación denominada “Metodologismo Aséptico” que se hacía en el Instituto del que veníamos hablando y que Naciones Unidas proponía (en su tercero y cuarto Informes para la Formación en Servicio Social) como de “validez internacional”.

Esas Escuelas “aggiornadas” (recién entonces “aggiornadas”) siguieron otorgando el título de “asistente social” a sus egresados, lo que condujo, a corto plazo, a la situación actual: que la diferencia de título (o

denominación) profesional (A.S. o T.S.) no significa necesariamente diferencias de formación, sino que tales diferencias de formación –que *sí existen*- están dadas en función de los diversos niveles que las Escuelas tienen. Y no de los títulos que otorgan.

Y aquí hemos llegado, con toda precisión pero por otra vía, al mismo punto en que habíamos terminado la primera parte y que decía: “lo concreto –hasta aquí- es que A LO LARGO Y ANCHO DE LATINOAMERICA SE COMIENZA A FORMAR UN TIPO DE PROFESIONAL DE SERVICIO SOCIAL, A VECES CON UNA DENOMINACIÓN DISTINTA (Trabajador Social) EN REEMPLAZO DEL QUE HASTA ESE MOMENTO SE FORMABA (Asistente Social) Y QUE SE SIGUIO –Y SE SIGUE- FORMANDO EN MUCHAS ESCUELAS CAMBIO-RESISTENTES”.

Unido el esquema histórico del Servicio Social en General (1ra. Parte) con el esquema histórico del Servicio Social en Latinoamérica en particular, estamos en condiciones de iniciar la Tercera Parte de este trabajo, destinada a hacer la historia del Servicio Social LATINOAMERICANO *propíamente dicho*.

CAPÍTULO III

DEL TRABAJO SOCIAL

LATINOAMERICANO

I – INTRODUCCIÓN:

La primera pregunta que ya se habrá hecho quien esto viene leyendo es: ¡Cómo! ¿Hay una parte anterior que trata del “Servicio Social EN Latinoamérica” y ahora otra que trata del “Servicio Social LATINOAMERICANO”? ¿En qué reside la diferencia Es indispensable que contestemos estas preguntas antes que nada. La vamos a contestar con OTRA PREGUNTA: ¿Tuvimos, a partir de la creación de la Escuela de Servicio Social “Dr. Alejandro del Río”, *un Servicio Social Latinoamericano? Opinamos que no.* Sí tuvimos, un cambio, un Servicio Social importado (europeo o estadounidense) funcionado (o pretendiendo funcionar) en Latinoamérica, lo que es una cosa muy distinta. ¿Lo tuvimos cuando, a partir de fines de la década del 50 se vuelve a importar un Servicio Social (esta vez netamente estadounidense) concebido según los términos del “Metodologismo Aséptico”? Consideramos que tampoco. Por eso a la

segunda parte la titulamos “Del Servicio Social EN Latinoamérica” (no “DE Latinoamérica”, ni tampoco “Latinoamericano”) y por eso, hasta ahora, hablamos de la historia del Servicio Social EN Latinoamérica. ¿Cómo podíamos hablar de la historia del Servicio Social LATINOAMERICANO si tal no existió durante la época que hemos analizado?.

Pero... ¿Existe un Servicio Social Latinoamericano, propiamente dicho? En caso afirmativo... ¿Cuál es su historia? Esto es lo que vamos a tratar de dilucidar aquí y lo que explica la presencia de esta tercera parte, separada de la anterior.

II – DEL SERVICIO SOCIAL LATINOAMERICANO

Recapitulando para continuar: desde fines de la década del 50 (1957, con toda exactitud, para nuestro país) se comienzan a formar, en las Escuelas de Servicio Social creadas y / o asesoradas por las Comisiones Técnicas de la ONU (y luego en las que adoptan los Planes de éstas), profesionales de la especialidad con altísimo nivel teórico o técnico –no superado en ese aspecto (teórico y técnico) hasta nuestros días- de acuerdo a las más actualizadas concepciones a que, en materia de formación profesional, se había llegado en Estados Unidos (formación teórico-

práctica de tres años de duración *full-time* o cuatro años no tan intensos, con alrededor de 35 asignaturas de currículum —entre básicas, metodológicas, profesionales y complementarias— intensas prácticas de terreno supervisadas en los tres métodos básicos del Servicio Social con aplicación de los tres métodos “complementarios” o “propiciatorios”, trabajo de tesis para obtener el título profesional, etc.), lo que —como ya adelantamos en la segunda parte y desarrollamos con toda amplitud en la cuarta parte de esta publicación— condujo a la aparición (por las causas allí señaladas) del agudo síndrome de Alienación Profesional. Cuando quienes nos formábamos en esas Escuelas (y me remito ahora tanto a Brasil, como a Uruguay y a Argentina) comenzamos a realizar las prácticas metodológicas de terreno y, más aguda y claramente aún, cuando luego de egresados nos comenzamos a integrar a las viejas instituciones de bienestar de nuestro medio, se produjeron toda una serie de hechos de notable importancia que Kruse ha detallado minuciosamente en su trabajo “El Servicio Social en la Encrucijada” que fuera publicado en el número 16/17 de “Hoy en el S.S.” y al que remitimos a nuestros lectores, pero de los que nos interesa extraer aquí dos comprobaciones:

- a) La imposibilidad de trabajar en una realidad de terreno dada (la latinoamericana, en nuestro caso particular) tratando de responder desafíos muy propios y específicos de las características de esa realidad (sub-desarrollada) con métodos y técnicas ideados en otra realidad (la estadounidense) para responder a características sustancialmente distintas (de país desarrollado).
- b) La imposibilidad de ser profesionales neutros, es decir, de aplicar técnicas y métodos en forma fría y descomprometida, para trabajar con seres humanos que, por tales, no son neutros, en una realidad social dada que, por ser humana, tampoco es neutra.

Y por otra parte: Si la Alianza para el Progreso era una respuesta POLITICA frente a un PROBLEMA POLITICO (visto en la segunda parte); si las tesis desarrollistas que en ese momento nacían a la sombra de la Alianza y se ensayaban en estas latitudes eran TESIS POLITICAS; si, precisamente, se introducían en Latinoamérica Planes de Formación en Servicio Social destinados a producir profesionales de la especialidad capacitados para insertarse en esos procesos de origen político, cumpliendo roles de utilidad, ¿cómo podían manejarse éstos con

modelos teóricos ajenos a la realidad y desde una perspectiva de neutralidad e incompromiso?.

Estos interrogantes iniciales y esenciales hicieron que surgieran quienes dijeran: ¡NO! al “Metodologismo Aséptico” y que, consecuentemente, constituyeran su antítesis. A esta *antítesis* es la que hemos dado en denominar “GENERACION 65”.

Se denomina “Generación 65”, por tres motivos fundamentales:

a) *En 1965*, los portavoces de estas ideas que, inicialmente, eran –como expresamos- brasileños, uruguayos y argentinos, sienten la necesidad de reunirse en encuentros internacionales: los brasileños hacen suyo el desafío y ese mismo año, con colegas de la talla de Seno Cornely a la cabeza, realizan el Primer Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social en Porto Alegre que, desde entonces, vienen siendo la cita anual obligada de los colegas enrolados en la línea de re-conceptualización profesional.

— *En 1965*, se hace plenamente conciente en estos jóvenes profesionales la necesidad de comenzar a investigar, teorizar, enseñar y ensayar un Servicio Social genuinamente latinoamericano, es decir, capacitado para ser respuesta

concreta a los desafíos que las particulares circunstancias latinoamericanas le anteponían como desafío: los uruguayos hacen suya la responsabilidad de intentar una respuesta a esta necesidad y en ese mismo año se pone en marcha la Escuela de Servicio Social de la Universidad de la República, con un Plan de Estudios actual y que en alguna oportunidad publicamos y comentamos desde las páginas de la revista "Hoy en el S.S."

— *En 1965 se siente como imperioso y urgente contar con un órgano de comunicación permanente de las nuevas ideas profesionales, que sirviera tanto para el intercambio de experiencias entre los integrantes de estos grupos, como asimismo para hacer extensivas las ideas a toda Latinoamérica: un grupo de colegas argentinos (Grupo ECRO de Buenos Aires) toman para sí la tarea, y hacia fines de ese año aparece el número 1 de la revista "Hoy en el Servicio Social".*

Tiene que quedar bien en claro que la "Generación 65", como antítesis al "Metodologismo Aséptico" no cuestiona, en principio, al "desarrollismo". Todo lo contrario: lo visualiza como una vía de salida a la tremenda situación de subdesarrollo latinoamericano y a la problemática de ella

derivada (esto puede verse claramente en las primeras producciones intelectuales de sus principales figuras: “Servicio Social y Desarrollo” por Seno Cornely; “Un Servicio Social comprometido con el Desarrollo” por Herman Kruse, etc.). Su cuestionamiento reside, en esos primeros momentos, en los dos puntos ya señalados: a) la imposibilidad de ser útiles al desarrollo latinoamericano trabajando con métodos y técnicas importados; y b) la imposibilidad de hacerlo desde una perspectiva neutra.

Pero a la “generación 65” le tocó el duro trance de ser actora en un contexto histórico que, en el corto lapso de cinco o seis años trastocó una esperanza (la de la salida “desarrollista” para la situación latinoamericana) en una desesperanza (la del fracaso del “desarrollismo” como solución a la problemática latinoamericana). Por eso, en el gráfico del desarrollo dialéctico de la Historia del Servicio Social, una línea que marca el final de una etapa y el inicio de otra corta a la “generación 65” transversalmente. Pero vamos a ver esto por partes.

Las tesis “desarrollistas” fueron cayendo, una a una en estas latitudes, víctimas de sus propias contradicciones internas y de otros factores que no analizaremos aquí por corresponder a la historia en general y no a la del Servicio Social en particular.

Ya en 1967, algunos integrantes de la “generación 65” se atreven a balbucear tímidamente unas palabras que por ese entonces eran tabú: “cambio de estructuras” como única vía de salida para nuestro sub-desarrollo, en lugar del “cambio EN las estructuras” (o reformas) que constituía la base un “desarrollismo” que ya demostraba su andar por un sendero cerrado o, si se quiere, por un círculo vicioso que no podría romper.

Del “caballito de batalla” inicial (“un Servicio Social genuinamente latinoamericano para colaborar comprometidamente con el Desarrollo”) comenzaba a no quedar ya más que un montón de partes sueltas, muchas de ellas seriamente fisuradas, cuando no totalmente destrozadas.

Si analizamos la definición que, por ese entonces la “generación 65” elaboró del Servicio Social, y que los lectores pueden consultar en el artículo “El Servicio Social en la Encrucijada” (Herman Kruse, “Hoy en el S.S.”, número 16/17), fácil resulta ver la dicotomía y/o ambivalencia de la misma, en la que se entremezclan y subyacen posturas de “cambio DE estructuras” con posturas de “desarrollismo”.

Los dos años posteriores (1968 y 1969) fueron terminantemente esclarecedores del panorama:

- a) La última gira de Nelson Rockefeller por Latinoamérica terminó siendo la última palada de tierra sobre la tumba del “desarrollismo”: informó Rockefeller, al Gobierno de su país luego del paseo, que la década del desarrollo en América latina no sólo que no alcanzó su objetivo primero y mínimo, cual era el de “achicar” la diferencia entre países pobres y países ricos, sino que ni siquiera logró estabilizar dicha diferencia. La década de Alianza para el Progreso muestra un angustiante aumento en el abismo existente entre los países pobres y los países ricos; entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco; entre la inmensa mayoría que muere de hambre y la inmensa minoría que muere de indigestión.
- b) EL concepto de “TRANSFORMACIÓN”, de “CAMBIO DE ESTRUCTURAS”, dejó de ser palabra prohibida, instrumento de rotulación y justificativo de persecuciones, encarcelamientos y torturas (bueno...según quien sea el que la diga y el país en que se diga) para convertirse en la UNICA VIA DE ESPERANZA para una Latinoamérica que YA-NO-DA-PARA-MAS.

- c) Las Encíclicas Papales y la reunión de Medellín han dado el “visto bueno” al camino a seguir: por las buenas (pacíficamente) si se puede o...

Y...A todo esto, ¿qué queda de ese Servicio Social altruista y “buenito” destinado a hacer las “reformas” (cambios EN la estructura) para que “la cosa ande mejor”?

Perdón; la pregunta está mal planteada. Como quedar...queda mucho: muchos de nosotros, muchos de los que se siguen formando en la inmensa mayoría de las Escuelas (para las cuales “actualizarse” significa adoptar –recién ahora lo están haciendo- los planes de estudio propuestos por el “metodologismo aséptico” y quedan, también, los muchos que ni siquiera llegaron a eso, los que están aún en la “Asistencia” Social.

La pregunta debió ser: ¿Qué queda DE UTILIDAD de ese Servicio Social? Para algunos debe ser muy dura la respuesta a este interrogante que nosotros *no daremos*, pues por ser tema del presente, no es aún historia y no cabe, consecuentemente, en este trabajo...

Ahora vienen a nuestra mente las palabras de Gunnar Myrdall en la inauguración del último Congreso Mundial de Servicio Social y que tanto rechazamos al

principio (por movilización de “mecanismos de defensa”) y que más que decir algo parecen ser una profundamente sentida expresión de deseos en el sentido de que ¡Ojala llegue pronto la hora en que ese Servicio Social destinado a corregir o a mitigar los efectos residuales de las contradicciones del Sistema Capitalista, desaparezca para siempre por innecesario!.

El problema de los que quedaremos sin trabajo no es lo más importante: los menos viejos seguramente podremos encontrar otro trabajo y para los más viejos un buen sistema de subsidios estatales puede solucionar todo. Además esto no nos debe preocupar: ¿no hemos escogido, acaso, un quehacer profesional que es una especie de sacerdocio al servicio total del hombre vulnerado? Pues, ¿cómo nos vamos a oponer, entonces, a la desaparición de los “vulnerados” aún cuando ello signifique que nos quedemos sin trabajo?.

De cualquier manera, hay un hecho concreto que no podemos perder de vista: siempre tendrá que existir (esto es evidente) algún tipo de técnicos que en un mundo mejor o en el “cambio de estructuras” necesario para alcanzar un mundo mejor, deberán cumplir funciones sociales. Si para algunos es más fácil aceptarlo así, podemos decir, con seguridad, que nuestro quehacer profesional se tornará sustancialmente distinto PERO NO

DESAPARECERA. De eso estamos seguros...

Ahora bien...¿se seguirá llamando "Servicio Social"? Opinamos que no es conveniente. Como fue necesario (y lo demostramos hasta el hartazgo) que un nombre ("Asistencia" Social) sirvió para señalar una forma de acción social totalmente distinta de otra que se denominó "Servicio Social", también aquí va a ser necesario buscar un nuevo nombre para designar a esa *nueva forma* de acción social, útil al Cambio de Estructuras: TRABAJO SOCIAL parece estar abriéndose paso como denominación. La denominación además de simpática, puede andar. Pero a eso lo discutiremos en otra oportunidad, pues no es historia aún.

Y...¿Cuál es la historia del Servicio Social LATINOAMERICANO, propiamente dicho? Si nos atenemos estrictamente a lo expresado hasta aquí, podemos decir que ese Servicio Social comenzó a gestarse cuando empezó a germinar la acción de la "Generación 65" en el sentido de investigar, teorizar, enseñar y ensayar un Servicio Social genuinamente Latinoamericano y, consecuentemente, a escribirse su historia. En tal sentido, podríamos deducir que esta historia recién se está comenzando a escribir; que estamos, quizás, elaborando su prólogo.

Pero si nos atenemos más estrictamente a la realidad y, como consecuencia,

establecemos con claridad la necesidad de teorizar, de enseñar y ensayar una tecnología útil (como un aporte más entre otros muchos aportes) al “Cambio DE estructuras” que nuestra realidad reclama (cosa que no fue nunca objeto del Servicio Social en ninguna de sus concepciones ni posturas), es decir, una *nueva forma de acción social* dentro de la larga serie de ellas que existieron a lo largo de la historia de la humanidad, esa *historia aún no se ha comenzado*.

Si esa (“nueva”) forma de acción social (que, a lo mejor y si a todos nos parece bien, podrá denominársela “Trabajo Social”) va a constituir el reemplazo del Servicio Social (tal como éste lo fue de la Asistencia Social en los albores del siglo XX) ya no lo establecerá la “Generación 65”.

Mejor dicho: no corresponderá ser contestado *sólo* por la “Generación 65”. Quienes en estos momentos egresan de las diversas escuelas latinoamericanas y, esencialmente, la muchachada que hoy llena sus aulas deberán dar la respuesta decisiva. Por esto el cuadro dialéctico no se cierra (por otra parte, no podría cerrarse por ser, precisamente, *dialéctico* y porque la historia es, básica y necesariamente, *dialéctica*). Y lo dejamos hacia el final, con un interrogante abierto...

SEGUNDA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DEL TRABAJO SOCIAL

CAP. IV: *Servicio Social de Hoy*
T.S. Norberto R. Alayón

CAP. V: *El Trabajo Social como disciplina universitaria*

A. S. Ethel G. Cassineri

I-Introducción

II-Niveles de actuación del Trabajo Social.

III-Metodología del Trabajo Social.

IV-Postulados y Principios fundamentales del Trabajo Social.

NOTAS: El capítulo IV de esta parte está constituido por el artículo publicado por el autor en el no. 16/17 (abril-mayo de 1969) de la Revista “Hoy en el Servicio Social” y *un Anexo* elaborado especialmente para esta publicación.

El capítulo V, está hecho en base a la serie de artículos que bajo el título “El Servicio Social como Disciplina Universitaria” publicara

la autora en el diario “El Territorio” de la provincia de Misiones (Rep. Argentina), ediciones de los días 18, 19 24 de febrero y 1º, 8 y 16 de marzo de 1970.

CAPÍTULO IV

SERVICIO SOCIAL DE HOY

T.S. Norberto R. Alayón

1 – INTRODUCCION

Invirtiendo los vocablos del título recordamos el importante esfuerzo que significó y significa “Hoy en el Servicio Social”, del cual el suscripto participó hasta hace escaso tiempo y del cual en la actualidad se halla momentáneamente distanciado por razones laborales. En la Argentina, justo es reconocerlo, constituyó uno de los escasos y principalísimos pasos para instaurar y recrear un Servicio Social acorde a las terribles exigencias del mundo actual.

Un mundo actual confuso y desgarrante; sobre el cual no se vislumbra claro su destino; donde se debaten posturas de posible desarrollo extremadamente opuestas; donde hay cruentas y diarias guerras, a veces incomprensibles; donde hay comunidades que perecen directamente por no ingesta de alimentos, es decir por HAMBRE; donde en ciertos países son asesinados líderes políticos y sociales, causando consternación mundial; donde hace poco tiempo en esta América del Sur se comprobó la matanza de

comunidades indígenas en forma masiva, utilizándose para ello modernas armas y tóxicos; donde hay ministros que “traicionan” a su país entregando documentos fundamentales a otra nación, pero creyendo responder a sus ideales de avanzada y real patriotismo; donde se puede caer en otro “Caso Galileo” a través de la inconsistente discusión sobre la utilización o no de métodos anticonceptivos, los cuales a pesar de afirmaciones “espirituales” se utilizan masivamente y continuarán sin duda empleándose. En este complejo, cruel y hermoso mundo, producto de los hombres, debemos insertar nuestra profesión: el Servicio Social o Trabajo Social.

Grave o feliz encrucijada para nuestra profesión; donde inexcusablemente y a pesar de lo difícil, debemos dejar de lado la tan usual “política del avestruz”, y mirar decididamente hacia delante aunque corramos el riesgo de encegernos ante la realidad.

2. – NIVEL DE DESARROLLO DEL S.S.: ¿TÉCNICO O POLÍTICO?

Ya vimos el enfoque en que está planteada esta breve crónica, y surge entonces fluidamente el por qué nos preguntamos si el necesario desarrollo y aplicación del Servicio Social deberá basarse

en un simple avance técnico-profesional, o bien el mismo necesitará de un “anclaje político” en todas sus formas para destacarse como disciplina de incalculable valor.

Y no olvidemos que esta tal vez verborrágica expresión de “incalculable valor” generalmente la manifestamos y/o creemos nosotros (los asistentes o trabajadores sociales), o más precisamente sólo algunos de nosotros; pero lo importante está en que ese reconocimiento provenga también de los titulares de otras profesiones, porque de lo contrario a algunos los hará pensar: ¿será hipertrofia nuestra? Y para que nos consideren en nuestro justo valor debemos demostrarlo y fundamentalmente saber demostrarlo.

Al respecto es importante destacar una vez más que muchos profesionales de otras disciplinas que tienen estrecha relación con el Servicio Social o Trabajo Social –muchos de ellos no demasiado lejos- continúan afirmando en la actualidad que el S. S. como profesión es como colocarle sólo polvo antipruriginoso a quien tiene una profunda reacción alérgica, marcadamente psicossomática. Esto no es para desanimarnos totalmente; pero sí es importante que cada uno de nosotros y en forma periódica nos preguntemos si en nuestra actividad diaria no estamos haciendo lo que reza esa afirmación. Y en ello, tampoco busquemos excusas

institucionales; lo necesario es que no lo hagamos, e interiormente todos nosotros sabemos que en muchísimos casos es cierto lo que afirman esos otros profesionales.

Y tampoco debemos olvidar al hablar de esto, los profundos y tan perjudiciales problemas de identidad profesional, que se muestran desgraciadamente pero tan nítidamente en todos aquellos profesionales que optan por seguir otra carrera – preferentemente Sociología o Psicología– debido a que el Servicio Social no los conforma, no les brinda seguridad, no les proporciona remuneración acorde a sus expectativas, no los retribuye ni siquiera a nivel profesional, etc. También incluimos en este rubro de falta de identidad a quienes recién graduados optan por no ejercer profesionalmente porque no se sienten seguros de la utilidad e importancia del Servicio Social.

Estos rápidos “brochazos” nos hacen pensar que, al parecer, el pretendido nivel de solución necesariamente deberá buscarse tanto en lo técnico como en lo político. A ello nos referiremos en el punto siguiente.

3. – INSTANCIAS DE EVOLUCIÓN

Resulta necesario señalar que no pretendemos consignar “las” instancias únicas y/o más valederas, sino simplemente aquellas

que el autor considera más necesarias e inminentes para el actual momento, al margen del varado contenido que cada una puede engendrar y de las distintas interpretaciones de quienes las analicen o bien pongan en práctica.

El análisis de las instancias es general y no minucioso y detenido, por cuanto sobre varias de ellas ya se han realizado interpretaciones exhaustivas, y el principal fin de este relato es presentarlas todas unidas y como partes imprescindibles e inseparables del todo. El orden de las mismas no responde necesariamente al grado de jerarquización e importancia.

3.1. – ACTUALIZACIÓN Y PERFECCIONAMIENTO PROFESIONAL

Entendemos que si en nuestra pretensión enmarcar debidamente al Servicio Social en el contexto de las más importantes disciplinas en lo económico-político-social, habremos de considerar primeramente nuestra capacidad personal en lo atinente a la profesión, como así también las bases sobre las que se halla cimentado el Servicio Social para saber si estamos en condiciones de pretender siquiera esa consideración por parte de las otras profesiones y sus respectivos agentes.

En general, sabemos, y no es necesario recalcar mucho sobre este punto, las

carencias que muestran las Escuelas e Institutos de Servicio Social de nuestro país, en la formación de alumnos que en grado cada vez mayor se vuelcan a estudiar esta carrera. Este tal vez sería el aspecto primordial, puesto que tomaría al futuro profesional en la vital faz de aprendizaje.

Muy escuetamente deseamos destacar también que es fundamental para el futuro de la profesión que se propicie el ingreso a las Escuelas de estudiantes varones, puesto que parece ilógico (o tal vez no) que aún en la actualidad el porcentaje de mujeres sea abrumador en relación a los hombres. Esta característica –similar en toda la América latina por lo menos- pareciera que de por sí sola no es negativa, pero habría que estudiarla con detenimiento y precisión. De todas maneras es indiscutible la necesidad creciente de profesionales varones para distintas y fundamentales actividades.

Ahora bien, nos encontramos en la actualidad una gran cantidad o tal vez la mayoría nos hallamos mal preparados profesionalmente; y ante ello se nos presentan dos opciones imperiosas: o bien nos actualizamos y perfeccionamos a nivel personal y a través de lecturas continuas y adecuadas; o sino –y también conjuntamente- por intermedio de Seminarios, Congresos, Jornadas; etc., que los dirigentes de la profesión habrán de programar

permanentemente y poniendo el mayor celo posible para asegurar un creciente nivel de jerarquía profesional.

3.2. – CREACIÓN DE UNA ASOCIACIÓN O SINDICATO DE PROFESIONALES

Es de fundamental importancia y necesidad la creación de vigorosas y reales Asociaciones o Sindicatos a nivel provincial que agrupen a los profesionales de Servicio Social, y les posibilite una activa participación en pro de la jerarquización de la profesión que los une. Esto daría lugar con posterioridad a la creación de una Federación Nacional de profesionales, la cual mostraría una imagen de cohesión y fuerza que depararía utilísimos resultados.

Hace ya 10 años Brasil fundó su primer Sindicato de profesionales de Servicio Social en Porto Alegre. No es el único caso en América del Sur, y muchos otros países también cuentan exitosamente con tales instituciones. Somos generalmente muy reacios y hasta si se quiere ineptos en este tipo de determinaciones. El colega brasileño Seno Cornely dice: "Somos tímidos y escrupulosos, recatados y pudorosos en demacía".

Dichas asociaciones protegerían y respaldarían integralmente el accionar profesional y las situaciones laborales de

todos sus asociados. Triste y paradójicamente estamos violando una de las condiciones esenciales del Servicio Social: el unirse para trabajar mancomunada y cooperativamente en pos de iguales objetivos. De esta manera, -por propia ineficiencia- pretendemos implantar “el has lo que yo digo, pero no lo que yo hago”, y ya sabemos que por ese camino irremediabilmente arribaremos a un fracaso rotundo.

Como dato ilustrativo de la desunión entre los profesionales de S. S. resulta útil comentar el hecho de que el suscripto no se pudiera afiliar a un Colegio de Profesionales por ser Trabajador Social y no Asistente Social, puesto que dicha asociación sólo admite en su seno asistentes sociales.

3.3. – PROMULGACIÓN DE UNA LEY Y/O REGLAMENTACIÓN QUE REGIMENTE LA PROFESIÓN

En una sociedad como la nuestra, y en tantas otras, la imagen de precisión, fuerza, orden y utilidad de una profesión, se manifiesta también fundamentalmente a través de una Ley y una Reglamentación, que regimiente debidamente todos los aspectos de la misma. Ello permite la necesaria protección y seguridad de sus profesionales, por cuanto éstos se sienten lógicamente respaldados y

amparados por un Código de actuación que los unifica y los une entre sí.

Por el contrario, cuando se carece de tan fundamental instrumento, el accionar de los profesionales se torna “huérfano”, librado a la casualidad o a la interpretación personal, momentánea e inconexa ante tal o cual situación. Carece entonces de un elemento general, pero firme y uniforme, que lo guíe en su accionar diario.

¿O bien, las otras profesiones están legisladas por capricho de sus profesionales? No, evidentemente que no; somos nosotros quienes estamos en inexcusable y grave falta. Y no parecemos darnos cuenta o bien restarle importancia, y ello nos produce un continuo enquistamiento e involución de la profesión.

Distintas tentativas frustradas se dieron en nuestro medio sobre la promulgación de una ley; pero cabe preguntarnos el por qué y los determinantes de estas frustraciones para que cuando intentemos encarar nuevamente el problema no encontraremos (principalmente en nosotros mismos) los mismos obstáculos de las veces anteriores, y poder así proporcionar al Servicio Social y a sus profesionales un instrumento de incalculable valor que los unifique, los cohesione y los proyecte con fuerza y respaldo hacia la realidad en la cual deben operar.

Necesario e imperioso es entonces, que sepamos aprovechar esta época de auge de todo lo referido a Bienestar Social (aunque en muchos casos se desconocen o no se quieren o no se pueden poner en práctica sus contenidos e implicancias más profundas y valederas) para lograr la sanción de una moderna Ley de Servicio Social o Trabajo Social que contemple todos los aspectos de tan importante pero desestimada profesión.

3.4. – CREACIÓN DE UNA FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL

Cuando a los profesionales de Servicio Social nos toca hablar de la categoría de la profesión, solemos enfatizar que la misma posee nivel universitario.

Entendemos que el nivel universitario se debe lograr en dos aspectos: a) en el grado de capacitación de los profesionales, y b) en el encuadre de la profesión como una Facultad específica dentro de la Universidad.

Respecto al primer punto, salvo raras excepciones, nos inclinamos a pensar que no logramos un nivel universitario adecuado a la importancia que pretendemos para nuestra profesión. Y en cuanto al segundo de hecho que no lo cumplimentamos, puesto que carecemos de una verdadera Facultad en todo su contenido y de real nivel universitario,

y aún lo que sería más indicado a nivel estatal.

Muchos de los asistentes o trabajadores sociales graduados habrán sufrido y sufrirán directamente este problema, cuando distintas instituciones públicas no reconocen su título como universitario.

Por otra parte la creación de una importante Facultad de Servicio Social, posibilitaría (conjuntamente con otras acciones) una necesaria tarea de “freno” a la creación –casi en serie- de cantidad de escuelas, escuelitas, institutos, etcétera, de Servicio Social que se están propagando indebidamente en todo el ámbito del país, con serios riesgos para el prestigio de la profesión y a la vez con concretas posibilidades de frustración profesional futura para los estudiantes. Anecdóticamente –de seguir con este ritmo- comenzaremos a creer que a la instalación de la Escuela primaria, la Comisaría, el Puesto de Primeros Auxilios, etc., en un pueblo de reciente creación, seguirá la “necesaria” creación de una Escuela de Servicio Social, aunque el pueblo tenga 2.000 ó 3.000 habitantes.

Peligrosísimo error conceptual, que si bien no tiene desde luego la exagerada magnitud con que se quiere ejemplificar en párrafos anteriores, retrotrae aún más la valoración de una profesión que se debate en la necesidad de un inmediato y adecuado reconocimiento.

Paralelamente, se presenta el conflicto de los distintos nombres con que se suele denominar o reconocer (a nivel oficial y a nivel del vulgo) a los profesionales de Servicio Social: Visitadora Social, Visitadora de Higiene Social, Asistente Social, Trabajador Social, pasando por otros menos utilizados como ser educadores sanitarios, promotores comunitarios, expertos sociales, planificadores familiares, técnicos en Desarrollo de la Comunidad, etc.; todo lo cual termina con la risueña pero dolorosa situación de que se pueda llegar a confundir al verdadero profesional de Servicio Social con un visitador médico (caso real), o bien con cualquier clase de técnico que, indebidamente o no, se apropie de un nombre similar.

Nos dolemos a menudo de esas confusiones, pretendiendo pensar en algunos casos que la culpa por el desconocimiento la tienen “los demás”, y eso no es cierto. Irremediablemente la culpa es nuestra, puesto que parece que aún no sabemos cómo denominarnos, y a la vez nos mostramos como no sabedores de lo que queremos y buscamos como profesionales, es decir sin tener objetivos precisos y entendibles.

La posible solución sería –una vez unificada la denominación básica del Asistente Social o Trabajador Social, puesto que no podemos tener más de un nombre– crear (en la Facultad anhelada) la

Licenciatura en Trabajo Social y luego el Doctorado (a través de una muy rigurosa Tesis). De esta manera y ampliando el lapso de estudios a 5 (cinco) años, se recibiría el estudiante de Licenciado en Trabajo Social, y si presentara posteriormente la Tesis correspondiente, de Doctor en Trabajo Social.

Lógicamente para poder lograr lo anterior es imprescindible la unificación del nombre del profesional, puesto que el Licenciado o Doctor en Trabajo Social habrá de ser un asistente o trabajador social, así como el Licenciado en Sociología es un sociólogo, el de Psicología un psicólogo o el de Antropología un antropólogo.

A la vez permitiría mayores facilidades – en el aspecto formal y especulativo a la vez– para la designación del profesional, dado que se hablaría del Licenciado Gutiérrez y no del A. S. o T. S. Gutiérrez; abreviatura ésta que complica el entendimiento del vulgo al leer A.S. o T.S. sin saber qué significa, y a la vez es más dificultoso verbalizar Asistente o Trabajador Social Gutiérrez que directamente Licenciado Gutiérrez, cuya abreviatura “Lic.” es asimismo perfectamente conocida.

3.5. – ABORDAJE A PUESTOS CLAVES DE LA PROFESION

Tradicionalmente los propulsores del Servicio Social y los que ocuparon los

puestos más importantes fueron profesionales de otras disciplinas, especialmente médicos y abogados. En la actualidad y paulatinamente, se presenta la imperiosa necesidad de que esos puestos y los que se vayan creando sean ocupados exclusivamente por profesionales de Servicio Social, por cuanto ellos son quienes deben conocer más a fondo y directamente toda la problemática del Servicio Social en sus variados aspectos.

En esta época de difusión, reconocimiento ya poyo al Bienestar Social, se presentan las mejores posibilidades debido a la creación de distintos cargos y funciones específicas: Direcciones de Servicio Social, Secretarías de Bienestar Social, etc., y en base a ello no debemos desperdiciar la oportunidad que se nos presenta y el reto profesional a la vez que nos plantean las restantes disciplinas relacionadas con lo social.

¿Pero qué pasa?: en el momento de poder asumir tales funciones se nos presentan todas las grandes incógnitas y carencias profesionales referidas someramente en los puntos anteriores; y es ahí donde vamos perdiendo oportunidades inmejorables de demostrar qué es la profesión y qué utilidad puede deparar la misma en el contexto de las restantes disciplinas sociales.

En definitiva, debemos tratar por todos los medios de evitar que asuman nuestros roles otros profesionales, puesto que en muchos

casos por problemas propios de sus profesiones o por ineficacia nuestra, se abocan prácticamente a realizar lo que deberíamos estar haciendo nosotros.

En ciertos casos no nos abocamos a absorber las funciones que nos corresponden, no por incapacidad técnica sino por una sensación de inseguridad que resulta traumática. Vemos entonces profesionales de valía que se muestran indecisos en ocupar cargos de importancia, y a veces suelen refugiarse en esquemas preponderantemente teóricos.

En base a todo ello reafirmamos la necesidad de esforzarnos en intentar hacernos cargo de aquellas tareas que relacionadas a lo nuestro se crean en la actualidad.

3.6. – JORNADAS DE ESTUDIO Y/O INVESTIGACIÓN ENTRE PROFESIONALES DE AVANZADA

Los distintos puntos que se esbozaron en la presente crónica y muchos otros más, necesitan desde luego estudio y discusión a fondo; y para ello se necesita del concurso de aquellos grupos de profesionales más perfeccionados o bien de avanzada, para que se aboquen a la preparación de jornadas de estudio e investigación (que felizmente

algunos ya las han iniciado y continúan haciéndolas).

En el punto 3.1. hablábamos de la actualización y perfeccionamiento, destinada a aquellos graduados (la mayoría) que no han recibido una preparación indispensable que les permita desempeñarse eficazmente en tan delicada labor. Ahora nos referimos a aquellos que por propia capacidad se destacan entre sus iguales, y sobre quienes debe necesariamente cimentarse la esperanza del perfeccionamiento de métodos y técnicas y de estudio de todos los aspectos más importantes del Servicio Social como profesión.

Es entonces fundamental que se propicien reuniones entre dichos profesionales, de donde surgirán, sin duda, conclusiones sumamente importantes y vitales para el futuro mediato e inmediato del Servicio Social.

Como ejemplo, como guía y como inquietud que nos impulse a imitarlos, hacemos mención del importante aporte de elaboración y re-conceptualización efectuado por un grupo de colegas brasileños, los cuales reunidos especialmente en la ciudad de Araxá, Estado de Minas Gerais, dieron origen al interesantísimo “Documento de Araxá”.

4. – CONSIDERACIONES FINALES

A manera de modesto elemento, pero demostrativo de la posibilidad de incidir y aún de modificar ciertas condiciones que entendemos no son las más adecuadas, nos permitimos insertar –como complemento de esta crónica- una nota elevada por el suscripto a sus superiores en una institución oficial donde desempeñara funciones de trabajador social.

“La presente se eleva a Ud. a efectos de que considere la posibilidad de normalizar e institucionalizar la consignación de la abreviatura correspondiente a cada profesión, precediendo el nombre del respectivo profesional, toda vez que se mencione a alguno de los agentes que desempeñan tareas de esta repartición.

“Es decir, que las abreviaturas T.S. (trabajador social), A.S. (asistente social), V.S. (visitadora social) y V.H. (visitadora de higiene) se utilicen continuamente y en forma estricta anteponiéndose a la consignación del nombre y apellido de los respectivos profesionales.

“Se considera de suma importancia, a efectos de jerarquizar y colocar a la vez, al Servicio Social en un plano de igualdad con las restantes profesiones, que se adopte la medida sugerida precedentemente.

“Asimismo, aunque en sentido diametralmente opuesto, se considera factor de gran desprestigio, como así también de

inconsistencia profesional, que en forma indiscriminada se otorgue gratuitamente la calidad de T. S. o A. S. a todos los agentes que trabajan en esta sección.

“En síntesis, que de adoptarse como norma la consignación de las distintas abreviaturas en absoluto se haga extensiva también a aquellos agentes que no posean los títulos mencionados.

“Finalmente, cabe mencionar, para explicitar con total claridad el objetivo de la presente, que no se trata de imponer discriminaciones pretendidamente odiosas, sino que, a la inversa, se trata de resguardar y consolidar la incipiente institucionalización de la jerarquía y el prestigio de una profesión que por otra parte ya en forma natural y de hecho lo ha logrado”.

La precedente nota (que responde en parte a ciertos aspectos analizados en el punto 3.4.) se presentó en una institución donde prestaban servicios distintos profesionales jerarquizados y reconocidos (arquitectos, ingenieros, sociólogos, economistas, abogados); y a la vez en el equipo de trabajadores sociales cumplían funciones agentes que no eran profesionales de Servicio Social y sobre los cuales no se aplicaban diferenciaciones de tareas y de denominación.

Desde luego la nota causó cierto impacto y motivó serias reconvenciones al autor, que

perjudicaron su concepto pudieron derivar en algún momento en su despido. A pesar de ello paulatinamente se fue accediendo – aunque parcialmente- a lo solicitado en la nota, pudiendo evaluarse la tentativa en términos de cierto éxito logrado.

Merece destacarse también que Editorial ECRO, en su oportunidad innovó y puso en práctica (y lo continúa haciendo) el anteponer la abreviatura profesional al nombre del individuo, y en la actualidad tal procedimiento ha sido adoptado por distintos organismos, asociaciones y profesionales en general, deparando evidente utilidad en el reconocimiento formal de la profesión.

Deseamos enfatizar para concluir, sobre todo lo mucho y difícil que nos queda por hacer, pero a la vez queremos reiterar que sólo con acciones decididas, aún lentas pero firmes, y no pálidas y huidizas de responsabilidad, habremos de lograr para el Servicio Social todo lo mucho y bien que ya no pocos anhelamos.

Setiembre de 1968.

ANEXO PARA EL “ABC”

Pretender completar o ampliar lo escrito con cierta coherencia con anterioridad, puede no resultar adecuado por cuanto la inclusión de otros conceptos u opiniones (a manera de “injerto”) a veces distorsiona la idea central

que en su momento originó el artículo o publicación. Asimismo puede que nos haga encuadrar en exceso en lo opinado anteriormente, y neutralice de esa forma la elaboración de nuevos pensamientos, o bien recrear o incorporar –en la modesta medida de nuestra capacidad- nuevas concepciones sobre el tema en cuestión.

Es por ello que optamos por transcribir textualmente el precedente artículo “Servicio Social de Hoy”, escrito en septiembre de 1968 y publicado en la Revista “Hoy en el Servicio Social”, No 16/17 de abril-mayo de 1969. A continuación, en consecuencia, volcaremos simplemente algunos nuevos o “retocados” puntos de vista sobre el particular.

En el año 1965 el ex Diputado Nacional Dr. Dante Oscar Tortones sometió a consideración de la Honorable (ex) Cámara de Diputados de la Nación un Proyecto de Ley a fin de regimentar “la profesión de Agente Polivalente del Servicio Social”¹. Sin pretender hacer consideraciones analíticas sobre dicho proyecto, citaremos algunos párrafos que consideramos peculiares y/o significativos, sobre los cuales el lector elaborará (aunque lo importante sería consultar el texto completo) su propia opinión.

¹ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación -16 de septiembre de 1965- Págs. 3395/96.

El Art. 4º expresa: “Las personas que a la promulgación de la presente ley estuvieran desempeñando funciones propias del servicio social continuarán en sus cargos”. El inciso “c” del Art. 7º menciona que está prohibido a los profesionales de Servicio Social “ejercer la profesión mientras padezcan enfermedades infecto-contagiosas o transmisibles”. En el Art. 8º se observa: “A los efectos deontológicos créase el Consejo Profesional, el que ejercerá el control y registro de la matrícula”.

En la Fundamentación del proyecto presentado se hace mención de que “por ley 12.912/46 y su reglamentación, ciertos agentes del servicio social, las “visitadoras de higiene”, poseían disposiciones que normaban su función”.

Más adelante se observan las siguientes expresiones: “La asistencia social, como la medicina misma, marchan en forma paralela. Ambas tratan por todos los medios de coordinar la acción y lo hacen descubriendo día a día nuevas posibilidades”. “...el servicio social cumpliría su verdadera finalidad, que es mejorar el bienestar, adaptar socialmente al individuo, la familia y la colectividad”.

Hemos tomado uno cualquiera de los varios proyectos presentados. Podemos coincidir o no con el contenido de los párrafos extractados (que, justo es reconocerlo, tomados separadamente pueden distorsionar en algo la concepción global); podemos

coincidir o no con el texto completo del proyecto y su fundamentación. Sólo en algo todos tenemos indefectiblemente y desgraciadamente que coincidir: EN EL MES DE JUNIO DE 1970 – A CASI CINCO AÑOS DE LA PRESENTACIÓN DE ESE PROYECTO- NO TENEMOS AÚN LA LEY NACIONAL QUE RIJA NUESTRA CONTROVERTIDA PROFESIÓN.

La provincia de Misiones fue la primera del país que promulgó una ley de la profesión en el año 1964, aunque lamentablemente no ha dictado hasta la fecha su correspondiente Reglamentación. En 1969 la provincia de Río Negro dictó la pertinente Reglamentación de la Ley sancionada en 1965. Resumiendo, en todo el país sólo 2 provincias cuentan con a tan necesitada ley de la profesión, y una de ellas aún carece de reglamentación.

¿Qué nos pasa profesionales del Servicio Social del año 1970?

Han transcurrido ya 4 décadas desde que Alberto Zwanck creó la primera Escuela de Servicio Social del país. Pareciera ser que 40 años es un lapso no demasiado pequeño como para poder tener una ley que oriente y normatice nuestra labor. Ello a la vez nos está impidiendo el poder contar con Colegios o Asociaciones que con coherencia nacional permitan la plena participación de todos los profesionales de Servicio Social, y que establezcan la inscripción obligatoria de los

mismos para poder ejercer mediante la obtención de la Matrícula Profesional correspondiente. El Diario “Clarín” de la Capital Federal en su edición del día 13 de marzo de 1970, publicó una “solicitada” del Colegio de Graduados en Ciencias Económicas, que deseamos transcribir textualmente por lo que puede tener de demostrativa de los problemas que padece nuestra profesión a nivel gremial, y con la pretensión de que nos impulse a todos juntos a tratar de lograr lo antes posible la madurez profesional, que sobre este aspecto (y sobre otros también) se nos hace imprescindible para desempeñarnos eficientemente.

“Para conocimiento de sus asociados y de la opinión pública en general, hace saber:

“Frente a la amplia difusión periodística que se ha dado a los cursos dictados durante 1969 en la Universidad del Salvador, cuya reiteración se anuncia para 1970, esta Entidad –en la que se agrupan casi cinco mil egresados universitarios de Ciencias Económicas- cumple en resaltar que considera que el uso de los títulos ofrecidos al cabo de dichos cursos “Asesor Impositivo” y “Contador Privado”, transgredirá las normas del Decreto Ley 5103/45.

“Las entidades que los expidan infringen en especial, el art. 11 del mencionado ordenamiento que dice, “Art. 11: Los directores, regentes de institutos,

administradores o propietarios de academias o establecimientos de enseñanza privada, que expidan títulos, diplomas o certificados con designaciones iguales o parecidas a las reglamentadas por el presente decreto-ley, reticentes o confusas, serán posibles de una multa de \$1.000 – a \$10.000- o a prisión equivalente, siendo clausurados inmediatamente tales centros de enseñanza”. Como consecuencia de ello, se confiere la intervención pertinente al Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal, entidad en la que el Estado ha delegado el poder de la policía profesional, para que ejercite las acciones correspondientes.

“Asimismo se ha dado al Consejo Profesional, la nómina de los colegas que colaboran en la violación de las normas legales que rigen el ejercicio de nuestra profesión”.

Creemos que resulta obvia y por demás clara la total aplicabilidad de lo citado precedentemente a nuestra profesión, teniendo en cuenta la gran variedad de títulos y “títulojos” que operan en relación al Servicio Social o Trabajo Social.

Concomitantemente con todos aquellos aspectos que posibiliten la inserción de nuestra profesión a la par del resto de las disciplinas científicas, debemos destacar que constituye un imperativo insoslayable la

re teorización del Servicio Social en esta etapa de su evolución. Indefectiblemente tal reconceptualización habrá de comprender universales (su esquema conceptual, referencial y operativo), de sus elementos específicos o variables y de su adecuación al contexto político, económico y social de nuestra realidad latinoamericana en general y argentina en particular.

Nos parecen oportunas, para referirnos al momento actual, las palabras de Rafael Caldera –citadas por el Dr. E. Ander-Egg– cuando dice: “Los Latinoamericanos de hoy entendemos que para nuestra generación está planteado el inexorable dilema shakesperiano: tenemos que ser. Y para ser, hay que ganar con decisión tiempo al tiempo; hay que cumplir una transformación inaplazable (esto nos toca especialmente a los profesionales de Trabajo Social); realizar una gestión creadora, ponerla al servicio del hombre, de la justicia y del bien”².

Interesa señalar como aspecto medular de la cuestión, que sólo en la medida en que las personas tengan reales oportunidades de participar en la vida de su comunidad y en las decisiones que determinan su destino –y no como entes meramente receptores y

² Ezequiel Ander-Egg: “Introducción a la Problemática del Subdesarrollo” – Mendoza, Argentina-. Publicación del ITYF (Instituto Técnico de Formación). 1965.

cosificados- podrán ser completamente humanas. Sólo así podrán surgir líneas de pensamiento y acción orientadas hacia el futuro, pues como dice Richard Shaull “en nuestra sociedad dinámica las categorías de pensamiento de las que nos valemos para entender, pronto pierden vigencia; la naturaleza de los problemas que confrontamos cambia constantemente y nuestros métodos para tratarlos pueden tornarse inadecuados casi de la noche a la mañana. Aún aquellos que contribuyen al establecimiento de una nueva sociedad pueden traicionar su causa por ser libres para pensar y actuar en la nueva situación que su propia evolución ha creado”³.

Debemos, en consecuencia, abocarnos a un análisis reflexivo y profundo acerca de los roles decisivos que los profesionales de Trabajo Social habrán de asumir, si es que está en su intención convertirse en eficaces colaboradores de los procesos humanos o por iniciarse.

“El Servicio Social no puede ser sólo una motivación de orden moral ejercida a través de técnicas profesionales...”; su finalidad será “promover en el individuo su afirmación como hombre y la formación en él de una auténtica

³ Richard Shaull: “El cambio revolucionario en una perspectiva tecnológica”, en *Cristianismo y Sociedad* – Año IV, No 12-. Montevideo, Uruguay.

conciencia social que lo lleve a sentirse partícipe del grupo al cual pertenece, al mismo tiempo que pretende la superación de su status económico y la obtención de determinadas metas de bienestar social”⁴.

Resumiendo, el trabajador social debe desempeñarse como elemento dinamizante y precipitador del cambio, con un revolucionario sentido crítico de la realidad que posibilite a los individuos, grupos y comunidades la participación consciente y libre en el logro de un bienestar social amplio, compartido y justo...

Ante la triste y extendida realidad en que se debate el mundo todo, donde se observa el neto predominio de injusticias sociales, “la lucha que desarrollen los trabajadores sociales conducirá frecuentemente al conflicto, y éste es inevitable y deseable a la vez” Desde luego que tal tarea no se torna fácil, puesto que al profundo y genuino compromiso del profesional –condición *sine qua non*– deberá adicionarse la circunstancia de que dichas tareas indefectible y precisamente deben llevarse a cabo en estructuras condicionantes y agobiantes.

La actitud ha de ser realmente revolucionaria en la medida de la innovación y

⁴ Enrique Iglesias: “El Servicio Social en los países subdesarrollados”, en “Hoy en el Servicio Social”, No 12, pág. 50, ECRO. Octubre de 1967, Buenos Aires.

del desechamiento de esquemas y acciones preconcebidas, a las cuales la sociedad nos acostumbra tan bien. La labor no será entonces “crear mitos contrarios a los existentes, sino la de –al problematizar la realidad de los hombres- posibilitar la desmitificación de la realidad mitificada”⁵.

Es por ello que el trabajador social habrá de lograr su propia concientización de los problemas que acosan a la sociedad, al relacionarse estrechamente y compartir vivencias con los individuos con quienes trabaja. Sólo logrando nuestra propia y profunda libertad, la humanidad será realmente libre.

Al profesional de Trabajo Social le cabe el complejo y a menudo neurotizante rol de colaborar en la creación de “hombres que quieren concebir la vida de otro modo que en los términos presentes de avidez, de rivalidad, de odio, de muerte y destrucción”⁶. Será la única manera de neutralizar la perpetuidad de

⁵ Paulo Freyre: “El rol del trabajador social en el proceso de cambio” en “Hoy en el Servicio Social”, No 16-17, pá. 98. ECRO. Buenos Aires, Abril-Mayo de 1969.

⁶ Henry Miller: Citado por Eduardo A. Azcury en “La Revolución Vertical”, en Revista 2001, Año 2, No. 15, Buenos Aires, 1969.

“una sociedad incapaz de volar aunque llegue a la luna”⁷.

⁷ Enrique Llanas: “Ser como niños”, en Revista 2001, Año 2, No. 12. Buenos Aires, 1969.

CAPÍTULO V

EL TRABAJO SOCIAL COMO DISCIPLINA UNIVERSITARIA

A. S. Ethel G. Cassineri

I – INTRODUCCIÓN

“Para millones que viven sin dos comidas al día (decía Ghandi), la única forma aceptable a través de la cual la esperanza puede aparecéseles es la comida”.

“Estos millones, muchos de los cuales residen en América latina, viven sólo por esperanza; una esperanza amarga que ninguna religión, ninguna ideología política, ninguna filosofía, y ningún sistema existente e organización social ha llegado a satisfacer todavía”.

“Una madre, de una favela, escuchando un sermón respondió: Dice que Dios bendice a los que sufren con resignación, si quien b dice hubiera visto a sus chicos comer desperdicios mordidos por las ratas y llenos de gusanos, debería callarse sobre la resignación y la rebeldía, porque la rebelión viene de la amargura”¹.

La temática de este trabajo pasa por la dimensión de ubicar al quehacer profesional la inquietante, angustiante y dramática

circunstancia histórica que le toca vivir y en la que ineludiblemente debe actuar y, en consecuencia, insertar el *pensamiento-acción* en lo que es la razón de sus reflexiones, con el firme propósito de evitar la huida de la realidad, gratificándose en la contemplación de “los aspectos *positivos* del mundo en que vivimos” que no significa otra cosa que la canalización de una profunda evasión.

Para responder a ello intentamos buscar esa imagen profesional, la buscamos para nosotros y para todos a través de preguntas acuciantes y respuestas concretas sobre LA ESPERANZA...el HOMBRE y su esperanza...; la esperanza del hombre latinoamericano como prioridad uno de nuestra preocupación y de nuestro hacer, coyuntura que ansiamos no quede en el mero plano de la especulación.

Y esta breve reflexión es la aproximación al tema al que entraremos en seguida...

“DONDE QUIERA QUE LOS HOMBRES ESPERAN SU VIDA NO HA LLEGADO A SU CUMPLIMIENTO”...².

Vale decir, todos esperamos...

El Trabajo Social entendido como instrumento de transformación y vehículo de acciones concretas en la búsqueda de soluciones para problemas inéditos hasta ayer, se enfrenta día a día en el escenario de trabajo con las resultantes de un mundo en constante transformación dinámica.

Comprende que, como la vida humana no es una realidad estática sino un proyecto a ser realizado en el futuro, nada acontece de veras en la vida del hombre en sin su directa acción y por ello la dimensión de la esperanza humana es el tema legítimo de su preocupación. Sobre el particular, Sartre opina que: “el hombre es irremisiblemente culpable, siempre culpable, nadie es inocente, nadie puede descargar sobre otros su total responsabilidad, soy tan responsable de la guerra como si yo mismo la hubiera declarado; responsable de mi pasado, de mi presente y de mi futuro, del presente y del futuro del mundo”.

Creemos que éste es el desafío que nos envuelve a todos por igual –y a cada uno dentro de su esfera de acción- a responder, a crear las condiciones más propicias para la atención de las expectativas humanas y la prevención de cualquier concepción estática de las mismas.

La dimensión del enfoque no puede y no debe sufrir reducción alguna, intentando justificarla con distintos puntos de vista, o concepciones filosóficas, políticas o religiosas.

“Algunos llaman esperanza a la posibilidad de preservar lo que poseen”...³.

Y si acaso eso pensamos no podremos entender nunca lo que inmediatamente

citamos para intentar llegar con la continuidad de nuestro pensamiento:

“La esperanza tiende hacia el futuro con miras a colmar las insuficiencias del presente. Como tal la esperanza es una característica ontológica. El SER es concebido como un “proceso” por el que realiza su potencial auténtico; el que todavía no ha sido alcanzado.

El presente tiene que ser superado para que la verdadera naturaleza, de lo que sea, pueda ser lograda.

En este contexto el SER se relaciona tanto con el individuo, como con la sociedad o mundo del hombre.

Es de secundaria importancia si la esperanza tiene una meta definida o insuperable, o si, en contrario, se mantiene en un proceso continuo de marcha. En uno y otro caso la esperanza señala la diferencia cualitativa entre “lo que es y lo que todavía no”. EL SER QUE SERA SUPERA LA CARENCIA DEL SER QUE ES⁴.

Ciertamente, el reconocimiento de la existencia de una esperanza que señala la diferencia entre el presente y el futuro, no hace más que confirmarnos su acción sobre el presente; al respecto nos dice Karl Lenkersdorf que, “la respuesta no es que el hombre en las nubes, sueña con algo parecido al paraíso. La respuesta tampoco es que el hombre por su verdadera naturaleza

cree en fuerzas sobrenaturales o en un mundo sin sufrimientos, en el milenio o en la sociedad ideal. La respuesta no puede ser que algún *agitador* promueve la tensión. Hablo de América latina, parte del Tercer Mundo, donde sólo en Brasil cerca de 30.000 niños de menos de un año de edad mueren por año como consecuencia de su mala nutrición. Es en este mundo donde un pequeño le dice a su madre: “Mamá, vendeme a doña Julieta porque ella tiene comida muy rica”, y añade Lenkersdorf a continuación: “Parece, pues, que la esperanza surge porque las condiciones vigentes son sin esperanza, y porque el hombre *no puede morir queriendo comer*”.

Si el análisis que realizamos es correcto, el hombre espera. Siempre lo ha hecho a lo largo de toda la historia de la humanidad y en cualquier situación, aunque las apariencias pretendan señalarnos lo contrario.

Pero, esa misma situación de espera ha contenido los elementos capaces de influenciar su paso por el mundo, proyectándolos hacia un futuro, que en todos los instantes cuestionó su presente.

Así, ha heredado derechos aceptados de “vida, libertad, autodeterminación” que aspira a que no sean por siempre privilegios de grupo limitados o declamación de derechos postergados, sino como realidades concretas.

Las emergentes contradicciones de un mundo en el que no son satisfechas las necesidades más básicas, y donde el cumplimiento del contenido de los derechos que se le atribuyen son cumplidos sólo parcialmente, hace que necesariamente lleguemos a pensar que, la existencia de su esperanza señala, además de todo lo dicho, la evidencia de que las sociedades no le ofrecen definitivamente la respuesta a sus búsquedas y se potencializan constituyéndose en la razón por la cual el hombre cuestiona, socava y pretende someter a transformación las condiciones estructurales vigentes.

Carolina María de Jesús, la mujer brasileña de color, escribe sobre el aniversario de la emancipación de su país: “He peleado contra la verdadera esclavitud: *el hambre*”.

Entendimos, como paso previo a la continuación del trabajo que se referirá específicamente a los aspectos más técnicos del Trabajo Social, intentar un acercamiento a compresiones mutuas de problemáticas comunes, compartidas y permanentemente debatidas entre los profesionales de la disciplina, pues sin esa actitud básica, nada de cuanto se diga en adelante tendrá valor alguno.

En el momento actual la denominación (o los nombres) del complejo de procesos que

significa y comprende a las mejores ideas de nuestra época y que hasta ayer fueron términos con resabio a tabú, o motivo de rotulaciones para quienes anticipándose brevemente en el tiempo, se animaban a pronunciar (por ejemplo: “Desarrollo integral del hombre”, “Promoción humana”, “Concientización”, “Cambio de estructura”), adquieren súbitamente categoría de términos comunes o corrientes.

Y la relevancia de esa constelación de procesos, el análisis del cambio y de la estabilidad como expresiones de ser de la forma social, con la profunda convicción de la proyección del SER del hombre, nos lleva a la cuestión sobre la que queremos enfocar nuestro quehacer profesional: el Trabajo Social.

Ambas cosas (los términos del complejo de procesos que hasta ayer fueron palabras prohibidas, por una parte, y el Trabajo Social por la otra), guardan gran vinculación entre sí: los primeros señalan una *constante, revitalizada y profunda inquietud* de la concepción y perspectiva DEL y PARA el hombre contemporáneo, y el segundo por ser instrumento esencial (a través de sus técnicas y metodología específica) para la consecución de los objetivos de total realización humana que los conceptos antes citados pregonan.

Los términos constantemente pronunciados, escritos, discutidos —en todos

los niveles: profesionales, no profesionales, estatales y de la población en general;- objeto de cursos, seminarios y congresos, para su total clarificación y búsqueda de operatividad, sin lo segundo, la ubicación del Trabajo Social en el contexto definitorio de “pensamiento y técnica” destinado a la acción, son sólo eso, palabras lindas, rimbombantes, de moda. Y el Trabajo Social, así considerado pero privado del marco conceptual que los términos implican, no puede trasponer el umbral de la técnica fría, desprovista de contenidos humanos esenciales. “Técnica aséptica” (según expresión del Dr. Ezequiel Ander Egg) quedó relegada a “parchar” los efectos residuales de los grandes problemas humanos, a “mitigar”, “calmar” y “adaptar” a los *individuos* ante las situaciones de injusticia social, marginación, postergación e iniquidad soportada por mayoritarios estratos de la población, actuando paliativa y superficialmente sobre las verdaderas y profundas causas –generalmente localizables a nivel de estructuras socio-político-económicas, inadecuadas y permitidas- que en el fondo quedaron siempre sin tocar.

Aquella forma de acción ya superada y que se denomina “Asistencia social”, etapa benéfico-asistencial, “como respuesta a una preocupación escatológica o con finalidades moralistas”, como expresa el Dr. Ezequiel Ander Egg, lamentablemente es la imagen del

profesional difundida a nivel del gran público, y aún entre personas cultas de nivel profesional, y aún de aquellas otras, más relacionadas con los problemas del desarrollo y el bienestar social. Serie de caricaturas (beneficencia, paternalismo, etc.) que en nada condice con el elevado objetivo profesional; con el desempeño del rol profesional, y con las expectativas que, como disciplina profesional moderna de nivel universitario, pretende ocupar.

Así se hace imprescindible la clarificación constante acerca del contenido, objetivos, niveles de actuación para todos aquellos que todavía ven en esta disciplina, que adquiere en el presente insospechadas posibilidades, la prolongación de la señalada imagen; abocada a repartir cosas a los “desamparados” y “necesitados”, para “aliviar” o “mitigar” su situación.

Lejos de ello, el Trabajo Social y sus profesionales luchan denodadamente para imponerse en la percepción y concepción como una disciplina que “ante las rápidas transformaciones sociales y de todo orden a que asistimos en nuestro tiempo busca reconocer las causas del cambio social y sus consecuencias, de establecer programas de acción que tengan una función concientizadora y dinamizadora para promover cambios estructurales en nuestra sociedad” y, sus profesionales no son –o no

deben ser- analistas desinteresados cuya inquietud no rebasa los marcos de las verificaciones científicas, para ubicarse en la correcta formulación de los problemas de nuestro tiempo, esto es indispensable pero evidentemente insuficiente, pues sabemos que lo que legitima la teoría es la praxis.

La estructura social, “que se ofrece a él como campo de su quehacer” según lo analiza el profesor Paulo Freire, lo compromete a contribuir al logro del pleno estado de bienestar (para todo hombre y para todos los hombres) a través de una acción metódica de ataque y transformación de aquellos factores que dificultan, traban o impiden el pleno desarrollo de las posibilidades humanas.

La acción profesional para franquear las barreras que comúnmente interfieren en la consecución de tales objetivos en los contextos subdesarrollados, o en desarrollo, que son generalmente de orden estructural (como indicamos), y que el Trabajo Social debe ayudar a remover, permiten definirlo como “disciplina de intervención a nivel de estructuras sociales” y significa, de hecho, enfoques de revaloración crítica de conceptos, fundamentos, principios y metodología que hasta no hace mucho tiempo constituyeron el basamento estático del Servicio Social.

Investigar, trabajar y comprometerse en la búsqueda afanosa de la estructuración de una metodología técnica que, a la luz y sobre los aportes de las Ciencias Sociales, haga a la comprensión del hombre y del mundo, tratando de romper los obstáculos que se oponen a la plena humanización, que impiden el ser más (no simplemente el tener más) de todos los hombres, de motivarlos y capacitarlos para que por sí mismos inicien el camino hacia las metas de bienestar a que tienen derecho, llevará inevitablemente, a que el profesional de Trabajo Social no tenga ya necesidad de “asistir” a situaciones que desamparo, pues su acción *en y sobre* la realidad *con* los hombres irá transformándola.

Esa búsqueda, que no es simple por cierto, y el compromiso en tanto y en cuanto hombre profesional debe realizarse en la perspectiva individual de concientización de cada uno y el sentir –como lo indica el profesor Paulo Freire- que: “no puede ser un hombre neutro frente al mundo, frente a la humanización o la deshumanización, frente a la permanencia de lo que no representa los caminos de lo humano o el cambio de esos caminos” y debe hacer su opción: *o adhiere al cambio o queda a favor de la permanencia.*

II – NIVELES DE ACTUACIÓN DEL TRABAJO SOCIAL

Los objetivos que, por definición, tiene el Trabajo Social y las funciones que debe desarrollar en procura de la concreción de dichos objetivos nos llevan, en forma insoslayable, a abordar en este momento el tema de los *“niveles de actuación del Trabajo Social”*.

Tenemos que retomar aquí, algunos de los conceptos vertidos anteriormente, cuando tratamos de hacer una conceptualización de los términos que encuadran el quehacer profesional.

Entendemos, retomando el hilo de lo ya expuesto, que hacen falta definiciones concretas acerca de la acción de los técnicos de esta disciplina. Así, al referirnos a uno de los niveles más altos de actuación del Trabajo Social, cual es el de POLITICA SOCIAL, debe quedar bien en claro que toda vez que se pretenda PLANIFICAR, importa definir dentro de qué POLITICA, con qué objetivos a alcanzar, con pretensiones de vehiculizar qué tipos de procesos y para trabajar a partir de cuál situación concreta. Toda esta serie de elementos que sirven de encuadre y guía para todas las acciones que luego se planificarán, es lo que constituye la POLITICA, dentro de la cual la “Política Social” –que es la que fundamentalmente importa al Trabajo Social- es una parte inseparable.

Pero entendamos bien: no existen “políticas” separadas (económica, social, educacional, etc.) sino simple y llanamente *Política*, única e indivisible que, por tal, está compuesta y debe estar referida en forma insoslayable a todos esos aspectos parciales. Decir “Política Educacional”, por ejemplo, es una abstracción –válida sí, pero abstracción al fin- sólo justificable cuando se hace con fines analíticos.

Esto es muy importante por sus implicancias posteriores, pues cuando decimos que el Trabajo Social debe participar en la formulación de la política social de los países, de las regiones o de la que, simplemente, inspira un programa comunitario cualquiera, estamos diciendo, directamente, que el Trabajo Social *debe participar de la Política* en el cabal y amplio sentido de los términos.

Pero participar de la Política Social (que significa, como expresamos, participar de la Política) reclama opciones, pues sucede que, o se está de acuerdo con determinada Política o se está en desacuerdo. Si se está de acuerdo se la apoya y, en caso contrario, se le hace oposición. Ambas cosas: apoyo y oposición política, significan *participación política*. Y ambas posibilidades (apoyo y oposición) significan una opción que, como toda opción, *debe ser personal; debe ser*

privativa de cada profesional y de la que, por ser personal, no nos ocuparemos aquí.

Simplemente hasta aquí queríamos llegar en el tratamiento de este versátil, escurridizo y polémico terreno de la participación del profesional de Trabajo Social en la Política (Social) ya sea apoyando y ayudando, dando sus aportes técnicos para una mejor elaboración de la mismas en sus aspectos sociales cuando así lo considere adecuado o, en caso contrario, trabando, impidiendo, oponiendo resistencia y tratando de lograr modificaciones si –como hombre y como técnico- así lo entiende necesario y beneficioso.

El entender firmemente que no hay acción humana alguna y que no hay forma de alcanzar meta alguna sin una Política o Esquema Ideológico que guíe la búsqueda o los pasos a dar, es desafío ineludible para los profesionales de Trabajo Social. La Política – así entendida- constituye algo así como “la razón primera” o “más alta” de cuanta medida, programa o acción se planifique con miras a su posterior ejecución.

El segundo nivel de actuación de Trabajo Social es el de PLANIFICACIÓN.

La Política Social no es (o no debe ser) una simple declaración teórica de principios; no es una declaración lírica ni literaria, sino algo debe traducirse en acciones concretas:

tal formulación encuentra su vehiculización a través de la PLANIFICACIÓN SOCIAL.

Importa definir (como lo hicimos anteriormente para la Política) que entendemos no existen –aunque comúnmente se defiende lo contrario- diversos “tipos” de planificación (planificación económica, planificación en materia de “salud”, de “vivienda”, de “educación”, etc.) cuando nos queremos referir a los aspectos que hacen al bienestar social. No es posible hacer ese tipo de parcializaciones –a menos que se quiera caer en el terreno de las altas abstracciones teóricas- si pretendemos vincular esta cuestión a un quehacer técnico-profesional, operativo por excelencia, cual es el Trabajo Social. Existe, para redondear el concepto, un *único tipo* de “planificación” que es el resultado de una acción interdisciplinaria y es la que, consecuentemente, los diversos enfoques (económicos, sociales, educacionales, etc.) se complementan e influyen recíprocamente. Y es importante definir bien esto, porque los términos “planificación social”, “participación” e, incluso, el mismo concepto de “Trabajo Social” son hoy objeto de las más dispares interpretaciones y con sus nombres se pretenden señalar los más variados tipos de acción (muchas veces correspondientes a intereses personales, o de clase, o de élite) y que pueden ir –como generalmente sucede-

desde concepciones altamente filosóficas como las de Mannheim o, más cercanamente las del prestigioso educador brasileño Paulo Freire, hasta las del tipo “miserabilista” o “asistencial” (según felices expresiones del Dr. Ezequiel Ander Egg), y que como lo señalamos reiteradamente son acciones centradas sobre la solución de los efectos residuales de los problemas sociales, cuyas causas verdaderas y profundas quedan siempre sin tratar.

Nuestro punto de vista en la elaboración de este trabajo consiste en afirmar que –en nuestra opinión- si entendemos debidamente al concepto “planificación” (sea ésta económica, social o cual sea) no es posible separarla del término “participación” ya que necesariamente la *planificación social* implica como elemento básico y fundamental a la *participación* plena y consiente de todos los individuos (a través de sus organizaciones de base genuinamente representativas) en el proceso: participación amplia y plena de aquellos a quienes las medidas y acciones que se planifiquen alcanzarán cuando sean ejecutadas y de las que serán sus directos beneficiados o perjudicados.

Pues bien. Así entendida la cuestión, cabe ahora precisar que la intervención del Trabajo Social en la Planificación Nacional junto con su intervención en la Política Nacional (en sus aspectos sociales principalmente) conforman

el nivel de *macroactuación profesional*, mientras que los aportes de esta disciplina a la “Administración de Programas y Servicios de Bienestar” y “Servicios de prestación directa” (a individuos, grupos y comunidades) constituyen su *nivel de microactuación*.

Esta división analítica de los planos de actuación del profesional de Trabajo Social en dos niveles, tiene importancia cuando se pretende explicar las contribuciones que estos profesionales pueden dar en cualquiera de las tareas comprendidas en el de “*macroactuación*”, ya que el desempeño del trabajador a nivel de base (“administración de programas y servicios” y “servicios de prestación directa”) dan al mismo el privilegio de tener un contacto muy estrecho (cara a cara) con las situaciones de terreno (individuales, grupales y comunitarias) a las que las medidas que se “planifiquen” deberán alcanzar. Esto es, precisamente, lo que permite que el profesional de Trabajo Social esté en condiciones de hacer un importantísimo aporte, básico, a los equipos de planificación, cual es la *visión humana de los problemas*, entendiendo por tal a un conocimiento vivenciado, real y comprometido de la problemática que afecta al medio social para el que se trabaja.

Asimismo –y muy ligado al anterior- otro punto que el trabajador social domina más que ningún otro técnico (gracias al

conocimiento que adquiere en sus tareas a nivel de microactuación) es el de las características más sobresalientes en lo que idiosincrasia, normas, valores, patrones de cultura y de conducta de las poblaciones se refiere. Es este un aspecto de incalculable valor si atendemos a la circunstancia de que una planificación eficaz debe prestar especial atención a los aspectos tácticos y estratégicos, necesarios para que las medidas que de ella surjan sean aceptadas por la base y adquieran así máximas posibilidades de viabilidad.

Pero con esto aún no terminan los problemas. No sólo que no terminan sino que recién empiezan. Recién empiezan porque, definamos como definamos a los términos anteriores y aún cuando demos ya por sentado y aceptado que “planificación” conlleva la necesidad de “participación” y que “planificación” es, por su parte, un concepto amplio y complejo dentro del cual los aspectos “sociales”, “económicos”, etc., de la misma permanecen intractantes e inseparables, es decir, aún cuando aceptemos que la “planificación” es una sola y que es el resultado de la conjunción de diversos aportes interdisciplinarios sobre una misma masa de problemas, totalidad o “gestalt” a los que hay que entender, aún cuando aceptemos –como expresamos- todo

eso, cabe plantearnos entre otras las siguientes cuestiones:

a) ¿Cuál es la Política o marco ideológico *dentro del cual* hay que planificar?

Contestar esto es básico, pues (y no hacen falta mayores explicaciones) es obvio que varían fundamentalmente las características de la planificación, sus enfoques, sus puntos de relieve, etc., según sea el esquema ideológico que la estructura de poder (gobierno) sostiene y *dentro y para* la cual se trabaja.

b) ¿Cuál es la meta, propósito y objetivos que ese determinado esquema ideológico pretende alcanzar?

c) ¿Cuáles son los procesos que pretende vehiculizar? (¿de “cambio DE estructuras”? ¿de “cambio EN las estructuras”?, etc.).

d) ¿Cuál es el estado o situación concreta de la que se parte? (situación de “país” o “medio” “subdesarrollado”, “en desarrollo”?, etc.).

e) ¿Cuáles son los modelos teóricos de “estructuras de reemplazo”?

Y, a modo de otra pregunta más acuciante. Y después de todo esto... ¿Cuál es HOY la contribución *real* de los profesionales de Trabajo Social a la formulación de la Política Social, o al menos, a la Planificación Social?

Existen, evidentemente, una serie de interrogantes acerca de algunas cuestiones

referidas al desempeño de los profesionales de Trabajo Social a nivel de macroactuación. Es lógico que las preguntas sean tantas y de tal amplitud, ya que es necesario reconocer y señalar que, a este nivel, el Trabajo Social no ha logrado en nuestro medio aún, ocupar roles de importancia. Dos son las causas principales que han impedido hasta ahora el lograr tal desempeño:

- a) el desconocimiento –de parte de las autoridades- de los nuevos roles profesionales del Trabajo Social moderno;
- y
- b) la falta de preparación adecuada de la mayoría de los trabajadores sociales que actualmente circulan, ya sea porque han egresado de Escuelas o Facultades de Trabajo Social que, a nivel formativo, conservan planes de estudio anticuados, cuando no estructurados de acuerdo a criterios personales de sus directivos, o ya sea porque han cursado la carrera obtenido el título en épocas en que el Trabajo Social no se había conformado aún como disciplina de alto nivel (para el caso de nuestro país, anteriores a 1957).

A nivel de microactuación se centra en la actualidad y, por consecuencia, la casi totalidad del desempeño profesional de los trabajadores sociales. Pero aún en este nivel,

se pueden señalar serias deficiencias de desempeño, ya que la mayoría de las veces la acción concreta de los profesionales no llega más allá de las tareas repartitorias directas (a nivel de casos, grupos y comunidades); del tratamiento superficial de desajustes psico-sociales; de la pequeña mejora material (reparto de cosas a los necesitados), mientras que la acción de ataque y transformación de las causales profundas –responsables de esos desajustes– se dejan de lado o permanecen intocadas. Persisten, en otros términos, acciones de “Asistencia Social” y faltan acciones de “Trabajo Social”.

De lo expuesto hasta aquí queda deducido que los niveles de actuación del Trabajo Social pueden ser divididos en dos grandes grupos:

- a) *niveles de macroactuación*: que comprende a la intervención del profesional en la Política Social y Planeamiento; y
- b) *niveles de microactuación*: administración de planes, programas y servicios de bienestar, servicios de atención directa individual, grupal y comunitaria).

Este último nivel citado (el de microactuación) es el que –como ya expresamos– brinda al profesional de Trabajo

Social la posibilidad de un conocimiento real, vivenciado y comprometido del hombre contemporáneo y de la problemática concreta del medio en que vive. Y ese valioso conocimiento que –como técnico y como hombre- adquiere no puede ni debe ser desaprovechado, y esto nos lleva a referirnos brevemente al “ROL” del trabajador social.

Volvemos –para enfatizarlo y continuar la idea- sobre algo ya señalado brevemente en las primeras página de este trabajo y que creemos es fundamental para la comprensión total de la idea central del mismo: al hablar del rol profesional dijimos (y repetimos) –tomando palabras de Paulo Freire- que este implica el análisis del cambio y de la estabilidad como *expresiones de la forma de ser* de la estructura social. Estructura social que se nos ofrece como campo de nuestro quehacer. Completamos ahora: “de este modo el trabajador social que actúa en una realidad que, cambiando permanece para una vez más cambiar, necesita estar advertido de que como hombre solamente se puede entender y explicar a sí mismo como un ser en relación con esa realidad, de que su quehacer en esta realidad se da con otros hombres, tanto cuanto él condicionados por la realidad dialécticamente permanece y cambiante. En la acción que provoca una reflexión que se vuelve sobre ella, es que el trabajador social irá detectando el carácter

preponderante del cambio o de la estabilidad del medio en el cual se halla”.

Es necesario que el trabajador social, tome en cuenta algo ya explicitado en estas consideraciones: *que la estructura social es obra de los hombres*. Esto significa que la tarea fundamental de éstos es la de ser SUJETOS *no* OBJETOS de la transformación. Tarea que le exige en su acción sobre la realidad la profundización de su toma de conciencia.

Y consecuentes con nuestra línea de pensamiento creemos, continuando con las valiosas contribuciones del profesor Paulo Freire que, “el trabajador social no puede ser un hombre neutro: *debe optar*. Hecha su opción no significa, con todo, que deba en su labor pedagógica prescribir su opción a los demás. Si actuara de esta forma, aunque afirmara su opción por la liberación del hombre, por su humanización, estaría contrariamente trabajando por su manipulación. La prescripción que conduce a su manipulación sólo se adecua a la acción domesticadora del hombre que, en lugar de liberarlo, lo frena”.

De este modo la opción que haga el trabajador social, es la que irá a determinar su “Rol”, así como sus métodos y sus técnicas de acción. Es una ingenuidad pensar en un rol abstracto o en un conjunto de métodos y técnicas neutras, para una acción que se da

entre hombres en una realidad que no es neutra. Realidad concreta a la que el trabajador social accede mediante su labor de terreno y que le da los elementos necesarios para poder contribuir con aportes de valor a la planificación social; planificación que, para ser eficaz, debe atender a los aspectos tácticos y estratégicos necesarios para que las medidas que de ella surjan sean entendidas por la base y adquieran, así, máximas posibilidades de viabilidad.

Por otra parte, y siempre refiriéndose a lo que el profesional de Trabajo Social puede aportar a los equipos de planificación, merced a su conocimiento directo de la problemática de terreno, es el de posibilitar los “canales de participación” de la base en los niveles de planificación, a través de sus instituciones representativas. Esta tarea conlleva casi siempre a la de motivar el surgimiento de instituciones representativas de los sectores de la población (o de intereses de la población) allí donde las mismas no existen; de dinamizarlas cuando existiendo son inoperantes, o la de bregar por la reelaboración de sus lineamientos de trabajo y de sus objetivos, cuando éstos no sean los más útiles y positivos.

Asimismo, el estallido de los procesos de concientización y el consecuente surgimiento de liderazgos de base implican acciones que el trabajador social está capacitado para

desarrollar y que también significan importantes contribuciones (indirectas, si se quiere) a la Planificación.

En cuanto al proceso inverso, es decir, el que las medidas surgentes de la Planificación siguen hasta –transformándose en programas concretos- llegar a la base, no son menos importantes las contribuciones que estos profesionales pueden dar y que, si no están presentes en los equipos –como hasta ahora casi siempre sucede- quedan indefectiblemente sin cubrir.

La primera – y la más básica contribución- es la de traducir el idioma técnico de los planes al lenguaje popular. Esto significa - ¡nada más y nada menos!- que lograr que las medidas “planificadas” sean entendidas por los individuos concretos que serán beneficiados (o perjudicados) por sus efectos. Factor de fundamental importancia para lograr una participación popular consciente y comprometida en los niveles de decisión y para que los procesos de cambio en los planes impliquen “prendan” y se potencialicen en los individuos y grupos, lo que les dará máximas posibilidades de éxito y viabilidad.

La detección de recursos inaprovechados, el mejor uso de los existentes y la creación de otros nuevos, son aspectos que también merecen tratamiento amplio, ya que adquieren un valor insospechado en manos de los profesionales de Trabajo Social y son,

a la vez, de especial importancia para una planificación realista.

Sin embargo...*nada* de lo expresado hasta ahora, *nada* de lo tantas veces escuchado –expuesto en hermosas construcciones verbales- tendrá valor alguno mientras no se encuentre el camino para que *pensamiento y decisión* se cristalicen en acciones concretas. Nada de lo dicho tendrá absolutamente esperanza de viabilidad mientras que la integración de las masas populares, del hombre y del trabajador social –repetimos- (en cuanto hombre y en cuanto profesional) sea expresión hueca destinada a rellenar charlas, discursos y documentos, y la realidad cotidiana continúe representando la más flagrante contradicción de esas mismas declaraciones.

Nada de esto será de valor alguna hasta tanto sigamos preocupados en elaborar, re-elaborar y, esencialmente, repetir esta cantinela, en lugar de dedicarnos por entero, lúcida y comprometidamente, a la creación de las condiciones básicas necesarias sobre las que lo dicho tendrá sentido.

Nada de esto sirve, si nos conformamos con adoptar posturas que señalan claramente que el rol profesional de Trabajo Social es manejado (y vivido) como una cosa externa, como algo que se pone o se quita según las circunstancias, sin el menor compromiso, sin la menor actitud autocrítica ante la situación.

Rol –en nuestra jerga- no puede significar un “papel”, como puede hacerlo un actor de teatro: “rol” significa una actitud de vida que coincida con los principios que pregonamos; que sepamos asumirlo con total responsabilidad y compromiso. De lo contrario se corre el serio riesgo que tan bien señala el Dr. Ezequiel Ander Egg: el del “técnico aséptico más interesado en sus planes de desarrollo que por el desarrollo de los hombres; que ama más a sus documentos e investigaciones que hablan del hambre y de la miseria, que a los hombres que sufren esa hambre y esa miseria”.

III – METODOLOGÍA PROFESIONAL DEL TRABAJO SOCIAL

Como expresamos desde el comienzo, este trabajo tiene como razón de ser, la idea central de desembocar en la necesidad de un replanteo y una sistematización en cuanto a enfoques, esquemas analíticos y presentación de un cuadro más o menos general y coherente de la problemática que la tarea del ejercicio de esta disciplina implica. Consecuente con esos objetivos, acabamos de referirnos a los *niveles de actuación del Trabajo Social* y este nuevo paso nos lleva a ocuparnos del *replanteamiento de su metodología profesional*.

El desarrollo que el Trabajo Social debe realizar en procura de sus objetivos profesionales implica, necesariamente, el conocimiento y uso idóneo de una metodología específica. Los MÉTODOS PROFESIONALES, cuyo abordaje intentaremos hacer aquí con una actitud crítica, constituyen el andamiaje técnico que respalda y garantiza la calidad de las prestaciones y la efectividad de la tarea profesional.

Brevemente reconoceremos –para comenzar- los METODOS BASICOS del Trabajo Social para proceder luego a darle el enfoque que, a nuestro juicio, deben tener en la actualidad y que, por supuesto, debe ser objeto de un cuidadoso análisis por parte de los profesionales que actualmente ejercen esta disciplina, pues significa –nada más y nada menos- que penetrar en uno de los aspectos más medulares y más cuestionados y debatidos en estos momentos en el Trabajo Social.

Se reconocen, hasta ahora, “métodos” del Trabajo Social, distintos según el tipo de ataque y de abordaje que se pretenda (o que sea posible) efectuar a los problemas sociales y la vía de ese abordaje (individual, grupal o colectiva). Son, así, métodos básicos de la profesión: a) Trabajo Social de Casos; b) Trabajo Social de Grupo, y c) Trabajo Social de Comunidad. En torno a estos tres métodos

(básicos) y para “propiciar” o posibilitar su eficaz aplicación, se nuclean los llamados “métodos secundarios” o –valga la redundancia- “propiciatorios” (Investigación Social, Administración de Servicios de Bienestar y Supervisión Docente) y las técnicas, de las cuales algunas son específicas de alguno de los métodos mencionados y otras comunes a todos ellos, por ejemplo, las de concientización, las de motivación, etc.

La problemática que la reconceptualización del Trabajo Social implica, plantea una serie de cuestiones a todos los niveles y en todos los aspectos, entre ellos el referente a la metodología que hoy nos ocupa.

Hora es que nos detengamos a pensar –a pensar en serio y en conjunto- que nuestra idoneidad para el manejo de determinado procesamiento y nuestro conocimiento especializado de cierto sector de la realidad, nos involucra en el hecho de que, por ser representantes de la sociedad (como individuos) y que por esa misma naturaleza de individuos sociales no podemos estar comprometidos con ningún tipo de administración ocasional de las cosas, sino con el progreso de la realidad y estamos obligados a comprender que los criterios metodológicos basados en ideales individualistas (hasta ahora sustentados por el

Trabajo Social, como herencia de la perimida –y muchas veces vigente en la realidad- “Asistencia Social”) pertenecen al pasado y que, por lo tanto, no es posible mantenerlos ya en vigencia si no es a través de una disociación (consciente o inconsciente) frente a los progresos del mundo cultural y real o, en caso contrario, por simple mala fe...

Por tal razón, para un correcto enfoque en el planteamiento del problema de la “reformulación metodológica”, se impone un análisis de la evolución de la profesión desde el punto de vista de su metodología.

El Caso Social –que corresponde a la etapa benéfico-asistencial- y constituye el primer intento de sistematizar una metodología. Se puede decir, sin ningún género de dudas, que el Trabajo Social nació inscribiéndose en esta orientación (ataque individualizado de los problemas), como consecuencia de una sociedad que veía al *desposeimiento y a la marginación*, como desvinculadas del marco social y en la cual el ejercicio de la beneficencia y de la asistencia, como actitud parcial generosa, pero profundamente inocua para dar soluciones de fondo, no formaba parte de una preocupación general y sistemática de reales mejoras sociales. Vinculado desde sus comienzos a esas formas de asistencia y seguridad social el Trabajo Social les agrega una dimensión nueva y les hace un aporte específico a todos

esos “impulsos solidarios” que hemos mencionado: se constituye en vehículo activo de esos recursos sociales frente a los individuos y grupos, pero además y poco a poco, se erige en promotor y representante de exigencias frente a la sociedad. Pero en ambos casos se lo aprecia como expresión directa y humanizada de esa preocupación solidaria y en ningún momento puede trasponer la barrera que lo empeña en una mera búsqueda de ajustes conscientes.

El uso del método de Casos (exclusivo en los inicios de la profesión y casi exclusivo hasta hace muy poco tiempo) pierde paulatinamente vigencia (o por lo menos importancia) en la medida en que el Trabajo Social se encuentra con características modernas. Así; el enfoque *individuo-grupo* (inmediatamente posterior al puramente individual señalado anteriormente) corresponde a la etapa del comienzo de una toma de conciencia de la problemática social aunque la misma no trascienda a una dimensión meramente intergrupal. Surge, como consecuencia el método que pasa a ser considerado como básico o medular de la profesión: el Trabajo Social de Grupo que, como ya señalamos, viene a responder al proceso generado en un nuevo enfoque de la comprensión de la dinámica social y a constituirse, por ello, en vehículo indispensable para introducir en forma

positiva los cambios sociales en la justa medida de las necesidades del hombre. Este nuevo enfoque, situado en el tiempo, corresponde a la década del año 1950. Como resultado de una toma de conciencia de que la problemática y la realidad social no podían ser encerradas en el simple y pequeño círculo de los límites de grupos humanos, sino que también existía una dimensión intra-grupal de la realidad, aparece –importado de otros países al igual que el método de grupo- el de Organización y Desarrollo de la Comunidad que, por consiguiente, es el más nuevo en el arsenal metodológico de la profesión (introducido en Latinoamérica hacia fines de la década de 1950).

Aunque el origen de este método está ligado y se debe exclusivamente al Trabajo Social, la Organización y Desarrollo de la Comunidad requiere, en la actualidad, una acción multidisciplinaria dentro de la cual con el nombre de “Trabajo Social de Comunidad” se señalan, con exclusividad, aquellas tareas que son peculiares o exclusivas del profesional de Trabajo Social.

La aparición en Latinoamérica de los dos últimos métodos del Trabajo Social que hemos mencionado (uno a principios de la década del 50 y el otro hacia su finalización) está comprendida dentro de la etapa que denominamos “aséptica” y “científica” (metodología químicamente pura, incolora,

inodora e insípida), y de la “acomodación”, el “ajuste” y las “reformas superficiales” (la estructura es lo más válido e inamovible y el ser humano debe “adaptarse”, “acondicionarse” a ella y si no lo puede hacer por sus propios medios el profesional de Trabajo Social le ayuda a hacerlo).

“A partir de entonces la profesión ha venido desarrollando su acción sobre la realidad con el esquema “Caso- Grupo- Comunidad” como entidades separadas, lo que significa que, al fin de cuentas, han constituido abstracciones que sectorizan la realidad artificialmente, sin tener en cuenta que el individuo, el grupo y la comunidad no existen separadamente entre sí, ni tampoco sin entenderlos dentro de contextos más amplios y condicionantes con los que está en inter-relación dinámica y dialéctica” (Ander Egg).

Lo anterior sumado a que con el transcurso del tiempo (y especialmente durante los últimos 5 años) se fue tomando una conciencia cada vez más clara de que los métodos tradicionales del Trabajo Social significan esquemas conceptuales inadecuados para nuestra realidad y que no sirven del todo para una comprensión de las problemáticas concretas de nuestros países latinoamericanos y menos aún para abordarla y tratarla, motivó la duda de muchos colegas y creó inquietudes que se movilizaron en

búsqueda de salidas que necesaria e impostergablemente deben darse a corto plazo.

Es por las causas anteriores que en los últimos tiempos se ha planteado la necesidad de una reelaboración y sistematización total para llegar a elaborar un método de Trabajo Social “flexible y dinámico, que permita superar la traba de la compartimentalización de la realidad, establecida por los métodos clásicos y que sea capaz de enfrentar el medio y las situaciones sociales concretas, asumiendo la problemática en toda su globalidad” (E. Ander Egg). En la búsqueda de este nuevo método (tarea en la que se hallan empeñadas unas 5 Escuelas de toda Latinoamérica entre las cuales una –la de General Roca- pertenece a nuestro país) se tiene en cuenta que en los procesos de trabajo con individuos, grupos y comunidades, se pueden identificar etapas similares, que son:

- a) Estudio de la realidad;
- b) Diagnósticos-Prognóstico;
- c) Planificación, y
- d) Ejecución-acción.

Las etapas indicadas (E. Ander Egg) constituyen los elementos generales de la nueva metodología unificada a construir aprovechando y asumiendo todos los

aspectos positivos de los métodos tradicionales en lo que a técnicas y habilidades se refiere.

Otro aspecto fundamental de la nueva metodología, es el énfasis puesto en la necesidad de que la elaboración metodológica y su posterior teorización se haga a través de un proceso dialéctica con la realidad. En otras palabras se trata de *hacer una metodología a partir de la praxis*.

Consecuentemente con todo lo indicado, el valor del método único estará en dar a la acción profesional un grado de eficacia que hasta ahora no tuvo y en tener un índice de flexibilidad lo suficientemente grande como para adaptarse a situaciones concretas y no caer en una sofisticación interna, cosa que también ocurriría hasta ahora.

Por lo dicho hasta aquí, vemos que el Trabajo Social se movió siempre con la carencia de un contenido, una metodología y una dinámica del todo apropiada, acorde con nuestras aspiraciones de objetivizar los medios más idóneos y adecuados necesarios para lograr el objetivo del real compromiso que insoslayablemente, debe ser alcanzado por los profesionales de esta disciplina. Carencia y/o falta de compromiso que tanto ha deteriorado el basamento del Trabajo Social, postergando las aspiraciones de muchos de sus profesionales y detenido (muchas veces) el proceso de crecimiento y

proyección de la profesión hacia sus verdaderos roles.

Lo dicho anteriormente significa que el Trabajo Social se encuentra frente a una aguda encrucijada. Pero nos atreveríamos a pensar que, llegado a este punto, las propuestas que comúnmente se hacen para encontrar una salida a esa encrucijada que se le plantea, hoy, a la profesión (por ejemplo: promover la realización de seminarios para la búsqueda de líneas, objetivos y orientaciones creyendo que de esos encuentros surgirán los lineamientos más adecuados para la nueva metodología) son válidas sólo en parte. E, insistimos, *sólo en parte* porque en tanto el profesional de Trabajo Social no se pueda despojar de sus características tradicionales que han llevado a considerarlo como un técnico “neutro” serán inútiles los replanteos metodológicos. Y serán inútiles porque les faltará la filosofía capaz de transformar esas técnicas en un método que, ante las situaciones anómalas del núcleo social, pueda realizar una tarea profundamente *transformadora*, de la que resultará una actividad inscrita en una filosofía humanista (no humanitarista). Y podrá ser así considerada cuando en lugar –como dice Paulo Freire- de dar fuerza a los mitos con los cuales se pretende mantener al hombre deshumanizado, se esfuerce en el sentido de revelar la realidad; revelación en la cual el

hombre ha de ir extendiendo su real vocación: *la de transformar la realidad.*

Si, por el contrario, la actitud (como la tradicional) enfatiza los mitos y se encauza en el camino de la simple “adaptación” del hombre a la realidad, no podrá esconder su carácter deshumanizador. Y en última instancia esto no es cuestión de aceptar o no pasivamente lo que otros profesionales piensan y realizan con nuevos enfoques y sistematizan para reelaborar métodos de trabajo que –científica y operativamente– pueden llegar a ser perfectos. Se trata de algo mucho más profundo y mucho más serio: la reflexión individual sobre el aquí y ahora donde esas técnicas deberán ser aplicadas. Realidad ante la cual debemos considerarnos solos en nuestra reflexión y en el compromiso que decidamos asumir, aspecto del cual, en la tercera parte de este trabajo, cuando nos ocupemos del problema de la “formación profesional” nos volveremos a ocupar.

IV – POSTULADOS Y PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL TRABAJO SOCIAL

La carrera de Licenciado en Trabajo Social debe ser entendida como una profesión y como una exigencia íntima. Sólo así, lograremos acercarnos para comprender

que sus aspectos técnicos conllevan una finalidad cuyo contenido los trasciende.

Como en todo, quehacer profesional, el manejo propio de la disciplina y la aplicación de la metodología específica que el mismo implica, señalan la necesidad de establecer los *postulados filosóficos* y los *principios* que la sustentan.

Entendemos por *postulados* a aquellos presupuestos de carácter ético y metafísico que sirven de basamento a toda la estructuración profesional, y como *principios* a aquellos que enuncian normas y criterios para la aplicación de la metodología y que sean de valor universal.

Entre los primeros hay por los menos tres esenciales, cuya aceptación es ya generalizada.

Ellos son:

a) *Postulados de la dignidad de la persona humana*: que se entiende como una concepción homocéntrica, es decir, una posición de eminencia ontológica en el orden universal y al cual todas las cosas deben estar referidas;

b) *Postulados de la esencia social del ser humano*: que es el reconocimiento de la dimensión social del ser humano. Dimensión que le es inseparable, inalienable, y de lo que se desprende que el ser humano *debe* encontrar en sociedad las condiciones necesarias para su plena realización.

c) *Postulado de la perfectibilidad humana*: se comprende como el reconocimiento de que el hombre es un ser que se autorealiza históricamente. Como consecuencia de esto se reconoce la capacidad y potencialidades naturales de los individuos, de los grupos y de las comunidades para su constante progreso y autopromoción.

En cuanto a los *principios* que guían la aplicación de la metodología, podemos distinguir los siguientes:

a) Estímulo para el ejercicio de la libertad de pensamiento;

b) Preparación para el uso maduro y responsable de la libertad;

c) Respeto por los valores, normas y pautas culturales;

d) Motivación para el cambio.

El Trabajo Social tiene además, dos características básicas de su accionar, que son comunes a toda su metodología y a todos los niveles de actuación. Ellos son:

a) La *participación* de las personas destinatarias de las acciones en todos los procesos, y:

b) el *relacionamiento* entre profesional-individuo, profesional-grupo, y profesional-comunidad, establecido en forma directa o indirecta, según lo requiera o lo permita el tipo de acción a desarrollar.

Y al abocarnos a la tarea de comenzar el desarrollo de los postulados filosóficos del

Trabajo Social, es decir, a su filosofía, entendemos hacerlo en función de las etapas históricas que debió atravesar, si bien no nos dedicaremos más que a señalar que nació inscripto en una filosofía de corte liberal que propició la concepción de la *adaptación y el ajuste*; hoy concepción del pasado, fuera de vigencia en la actual situación del Trabajo Social moderno, que lucha por imponer una nueva dimensión a su quehacer cual es la de transformador-activo de la realidad.

“De esta profesión –más que de otras- (nos dice el Dr. Ezequiel Ander Egg) es de la que se debe esperar el sello del humanismo, el sentido y la valoración de lo humano el que no es sólo, entonces, carácter esencial del Trabajo Social, sino distintivo de su acción”.

Esta, pensamos, es la única forma válida de hallar el sentido y el valor de sus “postulados” y de sus “principios”, en la consciente, madura, y profunda comprensión de *ser obreros con otros* en un camino problemático y difícil que recorrer, *pero imposible de eludir*, si es que queremos, realmente, darle a la profesión el contenido que les es propio: TESTIMONIO DE RESPETO A LA PERSONA, no como un ente abstracto e inexistente, sino como lo que es: un acto vivo de autocreación, de relación, de referencias concretas, de pertenencia y de posibilidades abiertas... con las cuales únicamente podremos encontrarnos en un,

nuevamente, maduro *acto de amor-compromiso*.

Tal acto e “sentirse y hallarse en el mundo con los hombres” significa, en suma, para el profesional de Trabajo Social, que lo que aparecería (si no se tienen muy claros los objetivos) como “relaciones lógicas” con las “cosas” del mundo –y, concretamente, con el hombre- serían una *simple representación*, vacía formal, operatoria, posible de ser “aprehendida” “desde fuera...” en lugar de ser pensamiento-problema-movimiento devenir en el que se halla inserto, y que constituye en última instancia la verdadera objetividad, intencionada, dirigida (o disparada) hacia una penetrante relación con el mundo.

Reconocidos los postulados fundamentales, que nos señalan una concepción eminentemente homocéntrica y, a la vez la dimensión social del ser humano que les es inalienable e inseparable, creemos con Marcel que “es la de un ser en situación – “situado y fechado”. Un ser engarzado en el espacio y en el tiempo que su conciencia intencionada capta y trasciende”.

Por ello, la necesidad constante del replanteo en el actuar profesional frente a esa dinámica que se dimensiona en historia; el cuestionamiento como búsqueda operativa de salidas concretas en las que interesa principalmente; *la promoción de todo el hombre y de todos los hombres*; el respeto

por el *hombre concreto* (lejos de abstracciones de amor *por la humanidad*), el avanzar “de lo menos humano a lo más humano” (Lebret).

Y debemos replanteárnoslo todo, como técnicos y como hombres; echar miradas críticas sobre el problema de la promoción del hombre –y sobre el desarrollo de la comunidad- estudiar circunstancias, y VER si sus enfoques se encaminan al “tener más” o al “ser más”; si como especialistas no nos encontramos “aprisionados por una teoría del poseer y de la expansión de la posesión cuando en realidad tendríamos que entenderlos en función de subordinados del ascenso de la sociedad” –como nos indica Macos Kaplán. Quizá sea un instrumental necesario y válido –aunque siempre cuestionable como medio. Pero cabría preguntarnos: Puede que los progresos tecnológicos, económicos etc., nos lleven (o no) a condiciones más humanas de vida? Y si esto último no es afirmativo, ¿serán entonces “anti-desarrollo”?.

Pensémoslo. Seamos críticos constructivos de la realidad, desafiemos (y desafiémonos) a través de situaciones existenciales concretas y tal vez lo que antes no pudo ser percibido, puede ahora serlo. Sólo así, como una constante de pensamiento, en una problematización del quehacer humano que involucra *a los que se*

interesan por la problemática “con” los problematizados, identificados en una reflexión sobre el mundo, iremos develando su esencia, valorando, “separando el grano de la paja” y convirtiéndonos “con” los hombres en auténticos seres de la praxis.

No es posible encarar el enfoque del desarrollo de una profesión, sin que en sus postulados basamentales, las ideas de respeto al centro de su quehacer, reciban el aporte dinámico y totalizador de clarificación constante. Así, si en un proceso de continuos, repentinos y rápidos cambios de la situación social no se adaptan los enfoques de acuerdo con esa realidad, puede que perdamos de vista el sujeto de acción (o que continuemos actuando con él, al margen, en concepciones que nada tienen que ver con esa coyuntura y que llevan en última instancia a fracasos y frustraciones inevitables).

Hoy, insoslayablemente, el Trabajo Social debe acentuar la búsqueda de referencias que lo sitúe correcta y concretamente en la problemática de su quehacer; quehacer humano y por lo tanto, como acabamos de referir hace un momento, “dado en el espacio y en el tiempo “con” los hombres”. Y, a partir de la eterna pregunta: ¿qué es el hombre? ¿cuál es su posición en el mundo?, remitirse a indagaciones, análisis, y compenetración con la problemática que debe llevarlo a SUS respuestas de acción. De acuerdo a la forma

en que cada uno responda a esas inquietudes fundamentales, encontrará la validez –y la encontrarán los otros- de su acción. Y de esa *clara conciencia de situación* dependerá, que él como profesional quede dentro o fuera de la gestación de un proceso que exige opciones y posiciones fundamentales.

De otro modo, “postulados” y “principios” de la profesión de Trabajo Social, ¿podrán salvarse de la consideración de palabras vacías de contenidos humanos –muy reales y muy serios-, de la estimación de acción alienante, cosificante, nefasta? Nosotros creemos que no, y creemos aún más, que sin la clarificación en la que identifiquemos un quehacer hasta hoy muy cuestionable, la profesión va hacia un serio peligro, hacia un callejón sin salida...por el temor de reconocer su (nuevamente) cuestionable operatividad presente.

Se trata de amor, sí, en el ejercicio de esta profesión, pero de un amor que reconoce, que medita, que valora, que se expande en una cosmovisión totalizadora y, que se compromete y que se juega. No es de ninguna manera un amor-compromiso a flor de piel, no es una donación dadivosa, sino un darse íntegro naturalmente; y, por supuesto, significa cambios totales de enfoques y de posturas ante la vida. Y en última instancia, quizá sea el punto neurálgico que cada uno debe atacar en sí mismo, en posición de

respuestas válidas para todos. Cambio total a través de una mirada crítica y sin miedos, a sí mismo y al mundo que lo rodea. De otra manera ¿cómo, en *contemplación* de los repetidos estados inhumanos (o infrahumanos) a que asistimos, podemos permanecer impávidos y al mismo tiempo considerarnos (y ser considerados por los demás) “agentes de cambio”? ¿Tenemos derecho a dejarnos “titular” (y a autotitularnos) como tales?

El temor de reconocer a tiempo las limitaciones que le antepone su cuestionada operatividad, hace que el profesional de Trabajo Social aparezca actuando al margen del contexto histórico-político-social en el que está inmerso y ante el que le corresponde accionar.

Nos hemos referido repetidamente sobre cuáles son los desafíos fundamentales y concretos a los que el Trabajo Social debe responder hoy. En la búsqueda de respuestas para esos desafíos están comprometidos ya muchos profesionales de la disciplina en nuestro país y en toda Latinoamérica. Están tratando de hallar salidas válidas, que sirven para la acción presente de cada país, aunque por otra parte, la casi totalidad de lo elaborado a nivel Latinoamericano es absolutamente válido para cualquiera de los países que la componen en razón de las similitudes de fondo (histórico-político-

económico-sociales), que los unen. Esto ya es una postura y un principio de respuesta al desafío. La otra respuesta surgirá del encontrar la viabilidad y operatividad de todo ese esquema teórico que lenta pero firmemente se está elaborando y que constituirá el elemento principal si es que se pretende sacar al Trabajo Social de la –como dice Herman Kruse- “encrucijada” por la que atraviesa.

El primer punto del análisis debe comprender el “qué”, el “cómo”, el “dónde” y el “cuándo” del ejercicio profesional (cada uno de nosotros ubicará aquí sus propias respuestas), como asimismo la cuestión del adentramiento crítico en la situación concreta del medio, lo que nos lleva a considerar la *urgencia* de *penetrar* dialécticamente la realidad para encontrar allí (y no en otra parte) la validez plena de su accionar, el que –entonces si- resultará por entero incuestionable.

En otras palabras, “adentrarse críticamente en la realidad” significa, para el trabajador social: investigar, analizar y evaluar en forma directa, tangible y concreta el campo específico de su quehacer. Campo específico que no es otro que la “*estructura social*” en toda su amplitud y complejidad y donde se halla inserto –según Paulo Freire- “el tema desafiador...” para su acción profesional y en la que debe encontrar los supuestos

valederos que sustenten una acción dinámica y operativa.

Pero para poder hacer esto el Trabajo Social deberá desterrar, para siempre, de una vez por todas, de su esquema conceptual esa perimida idea de que las estructuras sociales son la cosa *estática* ante la cual el hombre no tiene otro camino que el de su adaptación pasiva.” Las estructuras socio-político-económicas no son otra cosa más que manifestaciones o expresiones de la realidad cambiante, compleja, histórica... (con aspectos dinámicos y estáticos en interrelación) y en las cuales el hombre opera, actúa, se realiza a sí mismo y las que constituyen las referencias de sus relaciones, la posibilidad de satisfacer sus necesidades y la crear sus obras. Realidad y proceso que, por consecuencia, no existen entonces fuera de él. Ya que él es el ser actuante, la realidad social (como totalidad viviente en permanente movimiento), es expresión de las fuerzas humanas a partir de las cuales se generan los cambios y los variados procesos que conforman y reconfirman esas mismas estructuras sociales. El mundo, donde el hombre desarrolla toda su evolución y donde a su vez los mismos son condicionados o regulados (la división del trabajo, la distribución de la producción, el uso de bienes y servicios, etc.) es *nada más* que el mundo *por él creado*. Mundo que ha superado etapas

históricas, cada una de las cuales ha dejado una concepción particular de la relación hombre-mundo y de la formación de las estructuras sociales adecuadas para responder a ese momento y también de las super-estructuras constituidas por las formas y jerarquías de poder. Todo ello marcó (y marca) asimismo, el tipo de relaciones establecido sobre esas determinadas bases, las que a su vez establecen la forma de distribución de los recursos obtenidos con el concurso y la fuerza productiva de todos, la especificidad de la formación de una cultura, el establecimiento de los signos, de los símbolos y de los valores que señalarán el tipo de relación de cada hombre en una sociedad dada y su ubicación en un “status” o clase determinada.

Es decir que, son los hombres los que “hacen su historia...total o parcialmente, en condiciones no elegidas por ellos y a través de una combinación de ceguera y lucidez” o sea, sin saber del todo porque, aunque elementos conscientes los convierten en críticos cambiantes de la realidad.

Pero muchos elementos –de hecho- escapan en determinada circunstancia, los resultados y productos de la acción de los hombres se alienan, escapan a su voluntad, conciencia y control, toman formas abstractas (dinero, capital, maquinarias organizativas, etc.), que parecen asumir existencia

independiente, se vuelven realidades soberanas y opresivas, se tornan contra los individuos y los arrastran a destinos inhumanos” *. Entonces...el devenir de la historia las convierte en realidades *en-sí-mismas* (casi siempre opresivas) que se vuelven sobre el mismo hombre que originalmente las creara, lo empujan a destinos inciertos y a situaciones de vida totalmente desvinculadas de la realidad que él, como hombre, DEBE, PUEDE y TIENE *derecho a asumir con plenitud*.

“Dentro de este marco caracterizador y condicionante, toda sociedad es, por esencia, móvil, heterogénea y contradictoria, y sostiene una tensión permanente entre las fuerzas y tendencias de conflicto y disgregación, y las fuerzas de cohesión e integración” *.

La sociedad así descrita, cambiante, dinámica, heterogénea, condicionante, que mantiene una constante tensión entre las fuerzas de cohesión e integración (y las de desintegración) es el marco donde debe darse el CAMBIO. Cambio, entonces que es sólo un aspecto o dimensión de un contexto más amplio y más complejo en el cual el trabajador social debe encontrar su forma de análisis, de interpretación y, esencialmente de ACCIÓN.

Seguir hablando del rol del trabajador social parecería una insistencia. Hemos

señalado constantemente la necesidad de una labor profesional basada firmemente en el binomio “reflexión-acción”, o sea PRAXIS. Los caminos para llegar a esa meta son más de uno y se enfrentan al trabajador social como posibilidades de opción que deberá hacer en forma voluntaria, consciente y personal. Puede ser, en última instancia, la conciencia de vivir urgidos por la coyuntura histórica que le toca interpretar (y que se le presenta en toda su dramática intensidad) y le exige ser profundizada por este camino.

El descubrimiento de las claves de las crisis, que nos revele el secreto del presente y nos ayude, no ya simplemente a comprenderlo, sino a intentar modificarlo, nos debe llevar en el futuro, a análisis profundos y totales de los aspectos parciales de todos los factores que inciden en los desajustes sociales que tanto nos preocupan. Pero no ya centrado en el individuo aislado (como si fuera único generador y única víctima de sus problemas) sino en la sociedad global. Es decir, no va con la concepción con que el hombre fue enfocado casi todas las disciplinas sobre el que se ejerció toda la acción, sino comprendiendo que él es, esencialmente, un miembro más de una sociedad local, regional, nacional e internacional que atraviesa, en su globalidad, crisis que influyen directamente en su ser histórico.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

CAPÍTULO V

J. F. LYOTARD: La Fenomenología
EUDEBA 1963. Documento de ARAXÁ:
Revista "Hoy en el Servicio Social, No. 13/14.

PAULO FREYRE: La Educación como
práctica de la libertad.

Artículos:

Signos de esperanza, reflexiones sobre
América Latina (Revista "Cristianismo y
Sociedad", Año VII, no. 19), KARL
LENKERSDORF.

Estado, dependencia externa y desarrollo
de América Latina (Revista "Cristianismo y
Sociedad", Año VII, no. 18), MARCOS
KAPLÁN.

Promoción humana y Servicio Social,
EZEQUIEL ANDER EGG.

Servicio Social y cambio de estructuras,
JUAN B. BARREIX.

Reportaje DESAL No. 4, Año 196.

Conferencias:

DE MANCHINI en el Colegio de
Asistentes Sociales de Buenos Aires.

Del Equipo de Investigación de Servicio
Social de la Universidad de la Rca.
Montevideo, Uruguay, presentado al 4º
Seminario Regional Latinoamericano.

TERCERA PARTE

LA FORMACIÓN PROFESIONAL

T. S. Juan B. Barreix

- CAP. VIII EL ESQUEMA CONCEPTUAL REFERENCIAL OPERATIVO
- CAP. VI INTRODUCCIÓN GENERAL
- CAP. VII INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE ECRO
- CAP. IX LA FORMACIÓN PROFESIONAL
- CAP. X NECESITAMOS FACULTADES DE TRABAJO SOCIAL QUE...
- CAP. XI SE NECESITAN TRABAJADORES SOCIALES QUE...

NOTA: Este capítulo contiene un resumen, con ligeras modificaciones, de los artículos publicados por el autor en los números 12 (Octubre de 1967), 13/14 (Febrero de 1968) y 15 (Setiembre de 1968) de la revista "Hoy en el Servicio Social".

CAPÍTULO VI

INTRODUCCIÓN GENERAL

En la primera parte dejamos establecido – creemos que en forma medianamente clara– los distintos lineamientos y tendencias que, históricamente, el Servicio Social fue adquiriendo para responder a las

circunstancias de cada momento. En la segunda parte hemos dado nuestro parecer acerca de diversos aspectos que hacen al Servicio Social, como disciplina universitaria, en la actualidad. De la parte dedicada a la historia podemos sacar dos grandes conclusiones que nos permiten retomar el hilo para desarrollar esta tercera. Ellas son:

1º) Hacia fines de la década del 50 (Metodologismo Aséptico) la profesión adquiere de súbito, un elevado nivel teórico, metodológico y teórico por la creación en nuestro medio de escuelas que, asesoradas en su surgimiento por las Comisiones Técnicas de Naciones Unidas, responden fielmente a los lineamientos que el Servicio Social había alcanzado en EE. UU. y por la incorporación de esos planes por parte de algunas escuelas pre-existentes menos resistentes al cambio. Esos nuevos planes venían –como ya se dijo- a suplantar una vieja tradición, originada en la Escuela Dr. Alejandro del Río, de Chile, de formación profesional para-médica y/o para-jurídica, cuando no encuadra claramente en la mentalidad de la ya bastante largamente superada Asistencia Social y hasta, en algunos casos, de las formas caritativas y filantrópicas anteriores al “pionerismo”.

2º) Hacia mediados de la década del 60 se comienzan a constatar dos cuestiones fundamentales:

- a) La imposibilidad de responder a los desafíos de una realidad de terreno dada (la latinoamericana) con esquemas teóricos, métodos y técnicas ideados para responder a realidades sustancialmente distintas (la estadounidense principalmente);
- b) La imposibilidad de hacerlo desde una perspectiva neutra que el “Metodologismo Aséptico” proponía como válida.

El “metodologismo aséptico” representaba para el viejo Servicio Social cambios fundamentales en lo que a *cantidad y calidad* de conocimientos a impartir para la enseñanza o formación profesional se refiere. Quienes nos formamos en las Escuelas o Institutos con planes de estudio inspirados en ese lineamiento y quienes hoy frecuentan las Escuelas que los mantienen en vigencia o (como también sucede) que recién los están aceptando o incorporando, tienen pleno conocimiento de la intensísima formación, muchas veces a tiempo completo, de tres o cuatro años de duración, con seis métodos profesionales (3 básicos y 3 propiciatorios), con más de treinta asignaturas de Curriculum y constantes y sistemáticas prácticas de terreno que cada uno de los métodos básicos, que en esas Escuelas se impartía e imparte.

Pero la segunda conclusión, con las dos constataciones mencionadas, sumó al

problema de la “formación profesional” que, según el metodologismo aséptico, se media en términos de “cantidad” y de “calidad” de conocimientos, otros de mucha mayor envergadura, profundidad y gravedad. Ya no se trata, desde entonces, de asegurar la graduación de buenos profesionales a partir del hecho simplista de muy buenos planes de estudio, sino que planteó de lleno otras dos mayúsculas exigencias que son:

- a) Investigar *nuestra* realidad para, sobre los hallazgos, edificar un cuerpo de teoría autóctona y métodos adecuados para responder a las exigencias que ESA realidad le antepone como desafío al Trabajo Social y, sobre esta teoría y métodos latinoamericanos basar la enseñanza;
- b) Producir, en la personalidad del futuro profesional, durante su paso por la Escuela, los cambios y desarrollos de potencialidades necesarios que lo capaciten para actuar desde una perspectiva de total compromiso.

Las cuestiones referidas a la “formación de profesionales de Trabajo Social” se convirtieron, desde entonces, en un problema muy serio, delicado y escurridizo, y pasó a constituir algo así como un reto a la capacidad creadora de quienes la pretenden conducir y/o hacer a conciencia.

Conscientes de este problema, no dudamos en aceptar el reto y, en los números 12, 13, 14 y 15 de la revista “Hoy en el Servicio Social”, en la serie titulada “Qué es el ECRO” nos dedicamos a este tema dando nuestro modesto aporte a esa cuestión, cuyo debate no debería tardar en producirse.

Las páginas siguientes de este tercer capítulo contienen (con algunos resúmenes y/o pequeñas modificaciones de forma) el contenido de esas publicaciones citadas que –no podemos ocultar nuestro orgullo- han servido de base para la estructuración de las cinco o seis Escuelas de Trabajo Social que, en toda Latinoamérica, constituyen en la actualidad la línea de avanzada en lo que a formación de Trabajadores Sociales se refiere.

CAPÍTULO VII

INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE ECRO

ECRO originalmente no es un nombre sino una sigla (E.C.R.O.) que nosotros transformamos en palabra. *Como sigla* es una creación del Dr. Enrique Pichón Riviére, quien la usa para designar lo que él denominaba *Esquema Conceptual Referencial Operativo*. No nos detendremos aquí en la figura del Dr. Pichón Riviére, ya conocida por nuestros lectores gracias a sus aportes de fundamental importancia a la psicología y psiquiatría modernas. Su fama, que trasciende las fronteras del país, nos exime de mayor comentario.

Nos limitaremos a mencionar su nombre, por todo cuanto escribimos del ECRO significa en alguna medida un homenaje hacia su figura y obra, y una toma abierta de ideología profesional. Es importante destacar que no es posible delimitar el alcance en que lo que aquí escribimos se ha beneficiado con la generosidad científica del Dr. Pichón Riviére. El núcleo central de lo que aquí expuesto lo constituyen sus enseñanzas. Lo demás, por lo menos en su mayor parte, se ha elaborado en base a esas mismas ideas

centrales. Pero, de cualquier manera, en la medida en que lo aprendido se ha incorporado indeleblemente en la personalidad profesional de quien lo usa y el conocimiento se ha re-creado en la mentalidad e ideología personal, la responsabilidad de lo aquí expuesto nos compete sólo a nosotros.

Esto es importante para el tema que estamos desarrollando porque, como dice el Dr. José Bleger: “la forma en que se capta y expresa una realidad está determinada por un previo contenido que sirvió de esquema referencial; la forma implica una ideología con la que se trabaja y que a su vez actúa sobre el contenido, sobre la realidad en la que se trabaja”¹.

Quizás sea oportuno aclarar aquí que al decir “ideología” profesional, estamos usando el término en su más amplia y profunda acepción. No en el sentido que muchas veces se le da de “escuela” o “lineamiento” determinado, separado y, hasta cierto punto, prescindente de otras concepciones; esta muy lejos de nuestra intención hacer diferenciaciones de tal tipo.

EL ESQUEMA CONCEPTUAL REFERENCIAL OPERATIVO

¹ BLEGER, José: “Psicoanálisis y Dialéctica Materialista”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1963, pág. 11.

El Dr. José Bleger nos introduce al concepto del E.C.R.O., diciendo: “es el conjunto de ideas, conocimientos y experiencias con las que el individuo piensa y actúa. Es, en otros términos, una cristalización organizada y estructurada de la personalidad, de un gran conjunto de experiencias, que refleja una cierta estructura del mundo extremo y por la cual el sujeto piensa y actúa sobre ese mundo”.

“...Este esquema conceptual puede ser “activado” o se organiza en función del objeto de estudio, tanto como puede ser estereotipado...”².

No obstante, para una explicación más profunda del contenido conceptual, es oportuno transcribir las propias palabras de P. Rivière que, refiriéndose al tipo de enseñanza que reciben los alumnos en su Escuela de Psicología Social Aplicada, dice:

“El E.C.R.O. es “punto focal” del aprendizaje general, permitiéndonos integrar a través del grupo las experiencias que permitirán la instrumentación (capacidad de conocimientos, habilidad, aptitudes) donde lo ya señalado por Freud y reforzado por Kurt Lewin, es que: toda indagación coincide con una operación. La praxis (síntesis de teoría y práctica), instrumento de transformación del

² Ibid., pág. 13.

mundo por el hombre, está en la base del método. Nuestro E.C.R.O. está constituido, sobre todo en su aspecto genético, histórico y estructural, por las ideas de Freud y Melanie Klein, cuyo método es doblemente experimental: a) es un esfuerzo para hacer práctica la experimentación sociológica, y b) tiende a una nueva forma de experimentación: “la investigación activa” (Action Research).”

En un trabajo sobre “*grupos operativos*” explica lo anterior diciendo:

“Teoría y práctica se integran en la praxis concreta, adquiriendo ésta su fuerza operativa en el campo mismo de trabajo, en forma de logros determinados, siguiendo una espiral dialéctica. Entonces el E.C.R.O. se transforma así en un instrumento de trabajo de cada miembro del grupo en su integración grupal planificada”. Y más adelante agrega: “Volviendo entonces al *plan y programa*, y *programa de núcleo básico* (se refiere ahora nuevamente a su sistema de enseñanza y al “punto focal” del aprendizaje general, mencionado anteriormente), estas dos dimensiones constituyen, a su vez, otra unidad inseparable, contexto en forma de constantes y variables del E.C.R.O. que se integran y complementan”.

Refiriéndose a los que, como alumnos, inician sus estudios bajo su dirección, el Dr. Pichón Riviére dice:

“Si me preguntaran a qué vienen aquí, yo les contestaría que ustedes vienen a comprar un aparato que se llama E.C.R.O., dentro del cual está incluido y comprometido cada uno de los operadores, con su estilo personal. Quiero decir que lo que aquí enseñamos y que constituye el núcleo básico, *son universales*. Nosotros enseñamos *a pensar* en términos psicosociales, lo que quiere decir que frente a una situación determinada, *lo aprendido sirve para plantearse, en el campo mismo de la tarea, las posibilidades o hipótesis del acontecer subyacente que la comunidad, el grupo o el sujeto nos plantean*. En la medida en que podamos hacer consciente esa fantasía (el contenido subyacente que está implícito pero no explícito), esa es nuestra tarea”, a lo que nosotros podríamos agregar que estaríamos haciendo una labor de **CONCIENTIZACIÓN** en los términos psicosociales del método de Pablo Freire.

Agrega posteriormente Pichón Riviére:

“La tarea que ustedes vienen a realizar aquí es la de aprender las constantes y posibles variables relacionadas con el E.C.R.O. Esto es fundamental porque de esta manera se puede estructurar la docencia y enseñar con mucha rapidez y profundidad, partiendo del par inseparable de *enseñar y aprender* centrado alrededor de la tarea, que incluye tanto los planes como programas de

núcleo básico, emergente significativo y necesario de nuestra época donde los cambios socioculturales, la acumulación del saber, el progreso de la técnica, los nuevos conocimientos sobre los procesos de desarrollo y aprendizaje junto a la necesidad de *resolver* los problemas de la formación e información de una creciente cantidad de alumnos y poder adecuar la acción, es decir el *carácter operativo* de los conocimientos, a los difíciles requerimientos del mundo en que vivimos, *nos plantean la tarea a cubrir*". "...En algunos países surgió esta necesidad, esta idea de los planes y programas de núcleo básico (entre estos países se está incluyendo el nuestro en lo que a formación de trabajadores sociales se refiere) como resultado de indagaciones profundas realizadas en el propio campo de la enseñanza: *la idea de que los planes y programas son el conjunto de experiencias que la escuela debe proporcionar a los alumnos para lograr su plena formación y capacitarlos para la acción operativa inteligentemente programada de los problemas fundamentales de la sociedad*".

Este componente del E.C.R.O. (acción operativa) como ya insinuamos, implica una concepción dinámica, global y motivacional del par "enseñanza-aprender" desde una perspectiva de relación dialéctica a nivel de absoluta horizontalidad, con un carácter

instrumental y situacional entre lo que se incluye la *realidad sociocultural*; la relación entre profesor y alumno (transferencia, identificación); de los alumnos entre sí (didáctica grupal); los contenidos (el esquema conceptual) y los métodos (didáctica interdisciplinaria, grupal, de núcleo básico).

Es decir, a manera de resumen, el objetivo final de la enseñanza, de la formación, es producir un ECRO dentro de cada uno, lo que significa desarrollar una estructura interna que incluya a la misma personalidad del sujeto con su especial estructuración dentro de ella que refleje, a su vez, una estructura peculiar del mundo externo y que sirva para que el profesional piense y actúe sobre ese mundo. En otras palabras, la tarea formativa es brindar al educando un *esquema conceptual* (una organización de universales del conocimiento) que *referidos* a un campo o segmento específico del conocimiento y de la realidad le permita, si lo dedicamos al Trabajo Social, la *operación CON* el hombre, *CON* el grupo y *CON* la comunidad.

Pero, sin entrar aún a referir y relacionar al ECRO con el Trabajo Social en forma específica, cabe agregar que lograr ese objetivo (producir un ECRO dentro de cada uno) requiere, en sus aspectos mínimos, una modificación y re-estructuración sustancial (una “transformación” en verdad) de los

métodos de enseñanza que, por supuesto, va mucho más allá de los simples cambios en los papeles. En sus aspectos más significativos implica, indefectiblemente, *una profunda transformación de nosotros mismos*: transformación de nuestras relaciones con los demás, de nuestras escalas de valores y de nuestras maneras de trabajar.

Es decir que toda esta cuestión del ECRO está cercanamente emparentada y tiene mucho que ver con todo lo referido al problema del CAMBIO, sea éste de actitudes, de conductas o de estructuras (mentales y sociales).

Sin perjuicio a que nos ocupemos posteriormente a este tema (el cambio) con mayor amplitud, no podemos dejar de destacar que el mismo reviste caracteres fundamentales en su importancia para los trabajadores sociales. Muchas veces hemos escuchado decir o hemos dicho nosotros mismos que el profesional de Trabajo Social “es agente de cambios”. Pensamos que las más de las veces decimos “agente de cambio” así porque sí, muy sueltamente, sin detenernos a pensar en la real cuantía de lo que estamos diciendo.

El CAMBIO es, a nuestro entender, una fuerza que –por tal- tiene direccionalidad. Diríamos, usando términos de la Física, que es una *acción* que genera una *reacción* (otra fuerza en sentido contrario que se le opone) y

que denominamos “resistencia al cambio”. No es tarea fácil romper la barrera de resistencia al cambio (ni en nosotros ni en los demás) si no se cuenta con las técnicas necesarias, tanto para el operar individual como grupal o comunitario, que nos permitan elaborar una táctica, una logística y una estrategia, para poder saltar el muro e introducirnos sin temor y con eficacia *en el contexto* del cambio. Ya dentro de él será menester planificar la acción de acuerdo a las estructuras y a las situaciones que se van produciendo en el aquí y ahora de cada momento en particular.

Ni lo uno ni lo otro será logable, es decir, ni entraremos en el cambio ni estaremos en condiciones de aportar nada para manejarlo una vez introducidos, si no estamos *capacitados* adecuadamente. La capacidad, en el sentido que la entendemos, es un resultado último (no definitivo) de un proceso dinámico de aprehensión de conocimientos, técnicas y habilidades y, sobre todo, de *aprender a pensar*. No es de ninguna manera una suma de esos elementos. Tampoco es exactamente un producto. *Resultado* es el término que, a nuestro entender, resulta más adecuado. CAPACIDAD, así entendida, es, en resumen, poseer un ECRO. Cubierto ese requisito es posible entender – y aún con ciertas reservas- *qué* es un “agente de cambio” y *cómo* serlo.

CAPÍTULO VIII

EL ESQUEMA CONCEPTUAL REFERENCIAL OPERATIVO EN EL TRABAJO SOCIAL

Fácil resulta inferir, de acuerdo con lo expresado en los últimos párrafos de la parte anterior, la importancia capital que reviste para el trabajador social la posibilidad de poseer un ECRO. No obstante, sin pretender agotar el tema en esta parte, creemos que el punto merece un examen apartado, con un poco más de amplitud.

Quienes tenemos la maravillosa oportunidad e incomparable responsabilidad de trabajar *CON el hombre* debemos tener constantemente presente que cuando “se investiga o se actúa terapéuticamente se están empleando no sólo una técnica sino además esquemas referenciales e implicaciones ideológicas”³, y que los llamados “principios” en que se basa la actividad del hombre de ciencia no son formas absolutas del funcionamiento de la mente: son móviles, cambiantes, al influjo mismo del desarrollo del conocimiento. “En la medida en que se hace mayor la distancia y el esquema referencial

³ Ibid., pág. 23.

no entra en el decurso dialéctico del proceso de la praxis, los esquemas referenciales se hacen rígidos y terminan por imponerse en la percepción y abstracción de los hechos”⁴.

Sabido es (y hasta parecería una redundancia estar repitiéndolo) que la praxis del trabajo social coloca a sus profesionales frente a individuos, grupos y comunidades (en todos los casos *personas*) ya sean estos casos potenciales o reales. También sabemos que su tarea requiere una tal intimidad con el hombre y sus circunstancias –un tal nivel de diálogo, diría P. Freire-, muy difícil de encontrar en otras disciplinas científicas. Esa relación de intimidad es un requisito previo indispensable para *operar* CON ellos cambios, transformaciones y modificaciones, y recorrer el camino hacia las tan mentadas metas de creciente bienestar individual y social, pleno desarrollo de sus potencialidades, asunción total de los roles decisivos de su propio bienestar, participación consciente en los factores de poder y en la toma de decisiones, etc.

Esto, dicho en otras palabras, significa que el *campo operacional* del trabajador social está constituido por *la persona*, el *ser humano* y *sus circunstancias*. Su objeto y, a la vez, sujeto de trabajo es –para mayor precisión- esa conjunción bio-psico-social

⁴ Ibid., pág. 23.

inseparable, inédita, eternamente peculiar y en cierta medida inasible. Frente a *él* y *con él*, sin la más mínima posibilidad de actuar en desmedro del profundo respeto por su semejante, el profesional de Trabajo Social debe manejar los delicados instrumentos operacionales (métodos y técnicas) que las Ciencias Sociales confían en sus manos y revertir, a través de su manejo, toda la idoneidad, la destreza, la capacidad y la certeza que reclaman esos seres humanos con los que toma contacto.

Fácil resulta imaginar que tal idoneidad no podrá surgir del empleo matemático de una fórmula pre-fijada o aprendida de memoria y factible de ser consultada en un manual o índice de reglas. Eso no puede ser, porque cada caso concreto (individuo, grupo o comunidad) reclamará indefectiblemente una forma de actuar inédita, exclusiva y peculiar como lo serán de inéditos, exclusivos y peculiares los individuos que, en cada oportunidad tenga por delante: seres humanos distintos a los vistos y estudiados a través de más nutridas casuísticas o a los que seguirá viendo a lo largo de toda su vida profesional. Aún más: seres humanos distintos a *ellos mismos* en situaciones diferentes.

Si en lo anterior estamos todos de acuerdo, también lo estaremos al resumir el concepto diciendo: la peculiaridad de la

persona humana no puede ser encerrada en una fórmula y que los conocimientos generales, comúnmente impartidos en nuestras escuelas, apenas si pueden ser más que simples auxiliares que pueden o no proyectar alguna luz sobre el campo de investigación o trabajo en que el individuo concreto, por su parte, puede ser hallado o no.

Ante tal circunstancia es hora de que nos convezcamos de que resultará estéril exponer al profesional a las pruebas sobre una realidad de terreno sin la adecuada preparación: nada podrá hacer frente a los problemas y situaciones constantemente renovadas, ni a favor de los demás ni a favor de él mismo, que no sea ganarse el “sueldito” para su sustento diario. El profesional convencido *de lo que hay que hacer* pero incapacitado para hacerlo (aunque él crea lo contrario), termina haciendo *lo que puede*, casi siempre muy distinto y hasta opuesto a *lo que debe*, ya que este último camino está para él desprovisto de toda esperanza. Podríamos llenar muchas hojas relatando ejemplos de lo dicho; ejemplos que, con toda seguridad, aparecerían a los lectores como extraídos de una mente desbordante de fantasías y que, de darles los elementos de prueba necesarios convertirían –a no dudarlo– a sus rostros en una mueca de horror.

Hemos llegado, así, al punto que, entre los varios a los que en otras oportunidades nos referiremos, interesa especialmente a este capítulo de la presente publicación: estamos ya metidos en el problema de la *formación* –entendida ésta en sentido netamente diferenciado de *información*- del profesional de Trabajo Social.

Retomando el tema y, especialmente, lo expresado en el anteúltimo párrafo, cabe preguntarnos entonces: ¿Cómo hace o cómo puede hacer el trabajador social para saber actuar correctamente y sin titubeos frente a cada una de las diferentes situaciones humanas si las mismas son y serán infinitamente distintas una de otra?

Es evidente que al interrogante no se le puede “formular” una respuesta “positivista” lo que para muchos profesionales (sucede aún en nuestros días) es un grave inconveniente. Tampoco conforma la respuesta que suelen darle algunos técnicos que, notoriamente más flexibles que los positivistas, sostienen que: los profesionales que, como en el caso de los trabajadores sociales, tienen la responsabilidad de operar en el hombre y con el hombre, lo único que tienen de seguro es la eterna inseguridad y el constante aprender cosas nuevas.

Indudablemente, una adecuada dosis de duda permanente es muy saludable y necesaria para el diario aprendizaje o para

acercarnos a la situación descrita por el Dr. P. Rivière, como: “una espiral dialéctica ascendente de permanente evolución”. Pero la dosis de duda no puede ser el extremo propuesto por quienes sostienen la respuesta citada en el párrafo anterior, ya que en tal caso toda nuestra actuación profesional sería un continuo “experimentar” no concordante con ninguno de los postulados filosóficos y principios operacionales de nuestra profesión. Por otra parte, entendemos que la dosis de duda, para que sea productiva, debe descansar indefectiblemente sobre algunas constantes que, sin lugar a dudas existen y que constituyen precisamente, los universales del ECRO.

Es así que nosotros damos *nuestra* respuesta a la pregunta: la damos en forma enfática y categórica pues estamos convencidos de su validez, pues tiene la maravillosa particularidad de servir: **LOS TRABAJADORES SOCIALES TIENEN QUE POSEER UN ECRO.** Es requisito fundamental que durante su formación como alumno cada futuro profesional de Trabajo Social introyecte un Esquema Conceptual Referencial Operativo, el que tiene que quedar indeleblemente aprehendido a toda su personalidad y al que ejercitará permanentemente a través de la praxis.

Lógicamente, ningún alumno en ninguna facultad de Trabajo Social, ni de aquí ni de

ninguna parte, van a adquirir o va a internalizar un ECRO en forma providencial: *se lo tiene que dar la escuela o facultad*. Su adquisición debe ser el resultado final y verdadero diploma (único que asegura óptimo desempeño) con que el educando culmine su pasaje de cuatro o cinco años de aprendizaje.

Si hay en la actualidad escuelas de Trabajo Social, o de Servicio Social, o de “Asistencia” Social –como aún se denominan algunas- (personalmente estoy seguro que la hay en grado mayoritario) que lanzan al trabajo de nuestra realidad de terreno a personas con un título bajo el brazo, pero sin un ECRO como parte inseparable de su personalidad profesional, esas escuelas están frustrando expectativas profesionales por un lado y sociales por el otro: están defraudando a sus alumnos al pretender “formar” profesionales que, luego de egresados y mientras les dure el impulso inicial, la creencia y la sana “hipertrofia” de recién egresados, lucharán, fracasarán y volverán a empezar de nuevo –una y otra vez-, hasta que en algún momento, más tarde o más temprano, caerán en el círculo vicioso de la inoperancia (del que nunca pudieron salir por otra parte) que es nada más y nada menos que la más rotunda negación de ese ECRO que nunca tuvieron (porque la escuela no se los dio) y de la espiral ascendente de que tan vehemente nos habla P. Riviére. Las escuelas

que hacen tal cosa están cometiendo, en nuestra opinión, un acto bastante cercano a las gradaciones de lo delictivo.

Esta triste conclusión, vale la pena decirlo, no es una conjetura surgida de nuestra imaginación. Hemos visto a diario muchos profesionales que mientras fueron “recién egresados” hablaban del Servicio Social y del Trabajo Social usando a veces la terminología más moderna, llenos de expectativas y hasta con cierta dosis de “omnipotencia” comentando en voz alta acerca del “cambio de estructuras” (aunque no es raro que confundan “cambio DE estructuras” con “cambios EN las estructuras”), del “desarrollo pleno del individuo”, del “insight del grupo y de la comunidad”, etc., y, algún tiempo después, más tarde en algunos casos más temprano en otros, hemos visto a muchos de esos profesionales “amoldados” (ajustados, adaptados) a las mismas circunstancias que antes querían cambiar y cumpliendo esos mismos roles de adaptadores, de ajustadores para con sus clientes (re-edición de la vieja Asistencia Social), cuando no renegando de la profesión, pues los postulados teóricos aprendidos de memoria en la escuelita de Servicio Social les resultaron inaplicables. Es entonces cuando, irremediabilmente, “hechan mano” a la posibilidad del “sueldito” que les permita vivir, convirtiéndose en meros apéndices de otros profesionales, simples

auxiliares de algún médico, de algún abogado, o de la policía (como también sucede últimamente), controladores de ausencias del personal de la fábrica, encargados de ficheros o repartidores de tarros de leche en polvo, colchones, zapatillas o remedios gratis en alguna institución de beneficencia o filantropía.

En alguna oportunidad retomaremos este punto para inferir con mayor profundidad las repercusiones que tales situaciones –junto con muchas otras que aquí ni siquiera mencionamos- causan a la profesión y deducir hasta qué punto son o no las mismas responsables absolutas del estado de subdesarrollo y minusvalía en que la misma se encuentra en la mayor parte de los países latinoamericanos. Por ahora sólo nos interesa señalar lo que evidentemente les pasó a esos profesionales es que les faltó el instrumento que les hubiera permitido vehiculizar los objetivos profesionales que tan bien, en algunos casos, sabían enunciar: *les faltó el ECRO*.

A pesar de que estamos, en este primer capítulo de la tercera parte en una primera aproximación o introducción al ECRO, hemos entrado ya a incursionar en el álgido problema de la enseñanza del Trabajo Social en cuanto a requisitos (humanos y técnicos) se refiere. Son aspectos de los que, sin lugar a dudas, aún queda la mayor parte de las cosas por

decir y casi todo el camino y la tarea por HACER, y que trataremos de seguir abordando en las próximas partes.

La tarea de ocuparse de la enseñanza y formación profesional para el Trabajo Social es, si se quiere afrontar con amplitud y profundidad, singularmente difícil. Pero es en gran medida parte de nuestra responsabilidad, ya sea como Grupo ECRO de Investigación y Docencia en Trabajo Social, como directivos de una Editorial especializada, como trabajadores sociales de terreno o como directores y/o profesores de Facultades de Trabajo Social, que son nuestras ocupaciones cotidianas. Ocuparnos de ella, justamente con los otros aspectos que incluimos en esta recopilación o de los que nos ocuparemos en el futuro, forma parte de los universales y variables del ECRO.

Es nuestro objetivo laborar por una decidida jerarquización de la profesión y, entendemos que toda acción profesional en tal sentido será inútil si se queda en el nivel de la biblioteca y de las especulaciones teóricas y no trasciende con instrumentos operacionales que vayan a actuar EN y CON el contexto mismo donde se dan las acciones humanas y los emergentes experimentales. Por eso, agregamos, el Trabajo Social y el trabajador social tienen la bendita oportunidad de constituir *una ciencia de terreno*, de no estar dentro de un gabinete manejando

papeles, sino que su campo operacional lo constituye la propia tarea *con el hombre, con los grupos y con las comunidades*. Pensamos que el Trabajo Social, por este puente maravilloso con la realidad es a través de la praxis (acción transformadora) uno de los más fecundos puntales para el surgimiento de individualidades con profundo sentido social y capacitados para el cambio de estructuras que nuestra realidad reclama con urgencia.

Pensamos en un Trabajo Social año 1971 y sucesivos, pues de nada valdrá remitirnos estrictamente al presente si no queremos caer en la trampa segura de ver perder vigencia mañana mismo a todo cuando hagamos hoy. Queremos, por eso, que cada profesional adquiera e internalice, como parte fundamental de su formación un ECRO.

Estamos convencidos de que esa es la única forma de asegurarnos un valor como profesionales que sirva para vehiculizar la tan deseada jerarquización del Trabajo Social. Estamos seguros de que en nuestra sociedad dinámica y cuyas estructuras caducas tenemos que contribuir a movilizar, “las categorías de pensamiento de que nos valemos comúnmente para entender, pronto pierden vigencia; la naturaleza de los problemas que confrontamos cambia constantemente y nuestros métodos para tratarlos puede tornarse inadecuados de la noche a la mañana. *Los que están*

*esclavizados al pasado son víctimas del miedo y de la frustración, y los hombres que en un momento fueron líderes creativos pueden descubrir de pronto que son incapaces de enfrentar los nuevos desafíos*⁵.

CAPÍTULO IX

LA FORMACIÓN PROFESIONAL

Hecha la introducción al concepto de ECRO en el capítulo anterior y señaladas sus vinculaciones con el problema de la “formación profesional”, objeto de esta parte, parece oportuno que nos dediquemos ahora con mayor especificidad al tema central.

No obstante, parece oportuno comenzar este capítulo, destinado a tratar tan importante tema para el Trabajo Social, dejando expresamente alarado que no nos vamos a ocupar, por lo menos en apreciable grado, del ya muy trillado tema de la cantidad de asignaturas que debe tener el plan de estudios para la formación profesional, ni del nombre de cada una, ni de la cantidad de

⁵ SHAULL, Richard: “El cambio revolucionario en una perspectiva teológica”. Cristianismo y Sociedad, año IV, no. 12, pág. 51.

horas de dedicación teórica y práctica, que son las cosas a que generalmente se circunscribe todo trabajo que intenta abordar el tema de la epígrafe.

Al tomar tal decisión urge aclarar que no por ello pretendemos quitar valor a esos aspectos: sin lugar a dudas son muy importantes, pero estamos convencidos de que en esta cuestión ya se ha andado y adelantado mucho durante el tiempo que va desde 1957 hasta la fecha (nos referimos a la República Argentina en particular, aunque el esquema, con diferencia de pocos años es válido para toda Latinoamérica).

Tampoco queremos caer en el extremo opuesto de opinar que esta cuestión (la de cantidad de asignaturas, del nombre de cada una, etc.) esté totalmente superada; nos consta que aún quedan muchas escuelas de Trabajo Social que NO CUBREN los requisitos mínimos exigibles en tal aspecto (problema que se agudiza especialmente en algunas escuelas privadas, donde la importancia que tienen las horas de dedicación de los alumnos de la teoría y práctica profesional se mide en relación inversamente proporcional a la cantidad de dinero que hay que gastar en sueldos de profesores y de supervisores docentes, y en algunas escuelas dependientes de Ministerios o Secretarías de Estado (de Bienestar, de Educación, etc.) sujetas a los avatares y

vaivenes políticos y a los más diversos criterios y/o intereses personales.

Pero, de cualquier manera, entendemos que este aspecto está bien esclarecido (por lo menos para quienes tienen interés de esclarecerse) y nada de real importancia queda ya por agregar. Incluso la Asociación Argentina de Escuelas de Servicio Social (no nos queremos perder la magnífica oportunidad de nombrarla como promotora de una acción de reales contornos positivos), ha “recomendado” ya hace algún tiempo a todas las escuelas del país la adopción de un “plan mínimo” de estudios que extiende la carrera a cuatro años, con alrededor de 25 asignaturas y prácticas supervisadas en los tres métodos básicos de Trabajo Social (un total –como mínimo– de 1.200 horas de teoría y otras tantas de práctica a lo largo de toda la carrera.

Si bien estamos seguros de que tal “currículum” no es aún lo óptimo ya que hubo en el país un Instituto (actualmente, y luego de una sinuosa existencia plagada de persecuciones por parte de los sectores más reaccionarios de la comunidad profesional, ya cerrado) con un plan de estudios de más de 30 asignaturas además de cuatro seminarios obligatorios, prácticas intensivas de terreno en los tres métodos básicos y una aplicación mínima de 1.800 horas para la teoría y otro tanto para la práctica, de cualquier manera,

las recomendaciones de la AAESS representan un buen avance.

Nos vamos a referir aquí, en cambio, a los “otros” aspectos y requisitos de la formación de trabajadores sociales, que son generalmente los menos mencionados y debatidos, pero que deben pesar, a nuestro entender, con tanta fuerza como el plan de estudios en la responsabilidad de la escuela de SS para el cumplimiento de su función específica, cual es la formación del verdadero profesional que la realidad socio-político-económica de nuestros países reclama. Nos referimos a los aspectos de la *“estructuración de la docencia”*.

LA ESTRUCTURACIÓN DE LA DOCENCIA PARA LA FORMACIÓN DE TRABAJADORES SOCIALES

Resulta oportuno recordar la frase del colega Natalio Kisnerman, cuando dice: "... la formación de trabajadores sociales en esta época en que nos toca vivir y asumir, de cambios socio-culturales acelerados, es un intrincado problema que debemos analizar para no caer nosotros en esa crisis de la que queremos rescatar al hombre". Sabido es, aquí o en cualquier parte, ya sea en nuestra profesión como en cualquier otra, que la estructuración de la docencia para la formación de determinado profesional se tiene que hacer, indefectiblemente, en función del tipo y características del profesional que *se tiene* que formar (no "que se desee formar").

Estas características, por su parte, están determinadas por las funciones que éste, luego de egresado, tendrá que desempeñar. Este principio, lógico e inamovible en sí mismo, alcanza para que todos estemos en claro acerca de que quienes dirigen escuelas (o colaboran en escuelas) donde se dan títulos profesionales a personas formadas de acuerdo a criterios e intereses particulares, o en la forma "*que se puede*" en lugar de la "*que se debe*" están demás en la tarea y, por otra parte, su acción resulta, como ya

expresamos en la primera parte, bastante cercana a las gradaciones de lo delictivo.

Esto, lo repetimos, es válido en cualquier profesión, pero es especialmente grave cuando atañe a la formación de profesionales de disciplinas sociales que, por tales (caso de Trabajo Social) tienen por objeto directo de trabajo *al ser humano y sus circunstancias*.

Ya escribimos, en diversos capítulos de esta publicación (y lo seguiremos haciendo en los próximos) acerca de las perspectivas futuras de nuestro mundo contemporáneo, de los roles que tales circunstancias demandan a ese Trabajo Social que actualmente se comienza a delinear con características propias, y de las capacidades y características que los trabajadores sociales deberán poseer para poder asumir esos roles con eficacia.

Mencionamos que de la calidad de sus desempeño dependía, única y exclusivamente, el futuro del Trabajo Social y a raíz de ello concluimos con insistencia que tal calidad sólo podrá ser esperada si aseguramos a todos y a cada uno de los profesionales la posibilidad de aprehensión, a través de su formación, de un Esquema Conceptual Referencial Operativo (ECRO) que le permita su incorporación activa en la sociedad para, desde allí, ser motivador, desencadenante y guía de acciones

ascendentes e integrales necesarias al cambio DE estructuras que la realidad clama.

Es, entonces, objetivo básico de la facultad de Trabajo Social producir ese profesional, con esas condiciones y características, que le permitan desempeñar con eficacia los roles que tienen reservados. Dicho de otra manera, es su misión lanzar de sus aulas a profesionales que, para ser verdaderamente tales, lleven –además del diploma bajo el brazo- un ECRO estampado en su personalidad.

Por eso es que entendemos –y que repetimos con tanto énfasis- que formar trabajadores sociales no es solamente cuestión de *cantidades* (de años de estudio, de dedicación de horas, etc.). Es, con tanta fuerza como eso (si no más), problema de *mentalidad y de ideología profesional* y es, asimismo, problema de *sistema* y de *estructuración de sistema* en lo que a didáctica se refiere.

Es esperable que el trabajador social revierta y reedite en la praxis todos los elementos y todas las circunstancias que vivenció y que recreó en su mentalidad mientras fue alumno (al menos si la enseñanza tuvo algún grado de intensidad y de profundidad, es decir, si llegó a sellar en algo la estructura personal del egresado).

Es posible afirmar que el ámbito de enseñanza, la estructura del sistema didáctico

y el sistema de comunicaciones que lo rige estampan en la personalidad del alumno un sello indeleble que lo acompañará a lo largo de toda su vida profesional y que lo distinguirá nítidamente en su trabajo de terreno.

Obviamente, hacer docencia en Trabajo Social (y aquí llegamos, por el camino inverso al pensamiento de Kisnerman del que habíamos partido) es cuestión difícil y delicada. Estas dificultades se miden –en gran parte- en términos de *capacidad* para hacerla, sea esa capacidad de visión global, de honestidad, de coordinación, de comprensión, de síntesis o de idoneidad en general.

Capacidad mucho más difícil de poseer (o de adquirir) si tenemos presente la circunstancia (ya mencionada anteriormente) de que paralelamente al proceso de estampar un ECRO en la personalidad del alumno tenemos que trabajar duro y sistemática para la construcción y constante realimentación de ese mismo ECRO que pregonamos. Tarea que plantea la necesidad de vincular, imprescindiblemente, la docencia a la investigación para la formación técnico-conceptual de un Trabajo Social perfectamente adecuado a los requerimientos concretos de NUESTRA realidad social.

Cuando se habla de “Trabajo Social adecuado a la realidad” se suele caer en la idea equivocada de formas de acción

profesional ultra-especializadas a nivel local o de pequeñas regiones. No nos referimos a ese tipo de adecuación atomizador, sino a uno más amplio y, a la vez, más profundo: no importan las diferencias de forma sino las similitudes de fondo.

Las primeras hacen que sea totalmente distinto un país de otro, o una provincia de su vecina dentro de un mismo país. Las similitudes de fondo, en cambio, hacen que seamos mucho más parecidos unos con los otros que lo que comúnmente creemos. Porque la problemática básica de Chile, de Uruguay, de Brasil, de América latina toda, en el fondo es la misma. Ese es el nivel de análisis a que tiene que actuar el Trabajo Social para ser perfectamente adecuado a los requerimientos concretos de nuestra realidad social. Porque la crisis de nuestros países y que reclama acciones concretas a los trabajadores sociales, como dice Herman Kruse “no es de coyuntura sino de estructura. Sólo es nacional en sus manifestaciones exteriores. Pero en el fondo, nuestra crisis...es hermana de la argentina, de la brasileña, de la chilena. El revestimiento externo varía de país en país, los sucesos políticos locales so diferentes, las idiosincrasias nacionales para encararlos

también, son distintos, pero el asunto es uno y el mismo para todos”⁶.

Esta circunstancia interesa especialmente cuando de formar trabajadores sociales se habla. Parecen especialmente adecuadas las palabras del profesor Di Carlo cuando expresa: “La clarificación de ese *denominador común profesional* se hace sumamente importante para esta profesión...No es posible olvidar que consciente o inconscientemente, todo grupo ideológico o de intereses, así como todo Estado o administración pública, tiende a concebir a la profesión, como debiendo estar al servicio de sus esquemas de la realidad, de sus ideas o programas”⁷.

Pero la profesión de Trabajador Social posee un espíritu y características metodológicas propias, que la definen más allá de los campos de aplicación de sus técnicas diferenciales, de condiciones particulares del marco socio-económico y de la cultura en que se desenvuelva.

⁶ KRUSE, Herman: “Crisis Nacional y Servicio Social” en Un Servicio Social comprometido con el Desarrollo, Ed. ECRO, 1968.

⁷ DI CARLO, Enrique: “Discurso de apertura del II Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social” en “Revista Universitaria de Servicio Social”, no.1, Uruguay, 1966.

Y este es, precisamente, uno de los grandes universales del Ecro en lo que a formación profesional se refiere y constituye, por lo tanto, el punto medular de este capítulo. Sobre este universal (que nos permite hablar del Trabajo Social en términos “LATINOAMERICANOS”) y algunos otros de este tipo es que la Facultad de Trabajo Social tiene que estructurar el contenido de su enseñanza. Porque es su función hacer *formación básica* como objetivo fundamental.

Que además de esta formación básica, cada Facultad agregue a sus programas puntos destinados a aspectos particulares o especiales con arreglo a necesidades zonales o regionales es cuestión aparte que no tiene porqué contraponerse –en principio- ni afectar ningún aspecto de la formación básica.

Es totalmente cierto que el Trabajo Social jamás se practica en forma “genérica”, pero tan cierto como eso es que difícilmente se podrá aplicar en forma específica o diferenciada si previamente no se han internalizado, vivenciado y ejercitado en el futuro profesional sus universales. Y la búsqueda y ejercicio de ese *denominador común*, que comprende, engloba y estructura la aplicación de la metodología por encima de toda adaptación o acomodo a circunstancias accidentales es la *prioridad uno* de la facultad en sus planes y programas de enseñanza.

Y esa característica reclama cambios profundos en la estructuración de la docencia que son, por supuesto, mucho más importantes que la simple agregación de asignaturas o de horas de dedicación.

Nuevamente, nos tenemos que referir aquí al magnífico trabajo del colega Kisnerman ("Hoy en el S.S." no. 9) y orientar a él a los lectores que deseen encontrar una fundamentación detallada de estos aspectos.

Pero interesa de paso, señalar nuestra coincidencia cuando el autor citado señala el difícil problema que constituyen aquellas personas (responsables de la conducción de escuelas) que están firme e íntimamente *convencidas* de que están haciendo todo lo más moderno y actualizado en cuanto a formación de profesionales se refiere, por el simple hecho de cumplir con un patrón básico de enseñanza referido exclusivamente a cantidad de asignaturas y de horas de dedicación teórico-prácticas, sin contar con toda esa otra serie de factores, muchas veces no posibles de transmitir en una fórmula escrita, que pesan decisivamente para el éxito de la función formativa de la escuela.

CAPÍTULO X

NECESITAMOS FACULTADES DE TRABAJO SOCIAL QUE. . .

- 1) *Necesitamos Facultades de Trabajo Social que estructuren su labor docente a través de "grupos operativos"*

Es, a nuestro entender, de fundamental importancia que docentes y alumnos re-creen y re-elaboren en su mentalidad los conocimientos adquiridos, ya sean estos principios teórico-metodológicos o emergentes de la práctica de terreno, para que de ese interjuego surja, a la vez que la plasticidad mental necesaria para el análisis, diagnóstico y la planificación de la acción, el "modus operandi" básico del quehacer profesional. Esto es, que el Ecro se movilice, realmente y entre en el interjuego dialéctico de la realidad.

A tal fin, el trabajo en grupo constituye un medio adecuado y la técnica de "grupo operativo" abre horizontes de extraordinarias posibilidades.

Al hablar de "grupo operativo" se hace necesario precisar que nos referimos a una metodología y una técnica específica, tal como la señala y explica el Dr. Pichón Rivière

y que no tiene casi nada que ver con acepciones de uso corriente por las que se denomina "operativo" a cualquier grupo que actúe dinámicamente y que sea productivo.

2) *Necesitamos Facultades de Trabajo Social que mantengan un régimen de "Didáctica Dinámica"*

La "didáctica dinámica" es, indudablemente, otra de las características básicas sobre las que se debe estructurar la docencia.

Al igual que al hablar de "grupos operativos" es necesario alertar acerca de la interpretación fácil que suele dársele a los términos.

Entendido el concepto en su más auténtica y genuina acepción, es un método pedagógico perfectamente sustentado en bases científicas que permite un aprendizaje retroalimentado (en Feed-back) mediante el cual el aprendizaje gana en tiempo y en profundidad. En líneas generales, constituye lo que Pablo Freiré denomina "Concepción Problematizadora" de la Educación" en contraposición a la concepción tradicional que él denomina "Concepción Bancaria (o ingenua) de la educación".

Los objetivos de la misma (perfectamente definidos tanto por el autor citado como por algunos otros) y las técnicas concretas que su

aplicación requiere nos llevan, insoslayablemente, al ya comentado problema de la idoneidad para hacerla.

La *didáctica dinámica* es, en su enunciación más simple, *un método de enseñanza-aprendizaje*. Como concepto, es mucho más amplio que el de "grupo operativo" ya que esta técnica (la de "grupo operativo") se utiliza en un régimen de "didáctica dinámica" junto con otras varias técnicas que, en conjunto, dan al sistema de enseñanza una serie de especiales características, entre las que, en apretado resumen, caben mencionar, a manera de ejemplos, las siguientes:

a) Una amplia y cómodamente fluyente comunicación *dentro y entre* todos los niveles de la estructura docente (directores, profesores, supervisores y alumnos), la que es permanente y en todos los sentidos, fácil y rápida.

La verticalidad orgánica necesaria no se impone ni se siente; se da por propia gravitación y como consecuencia de un proceso de maduración constante del educando y sin presiones ni esfuerzos.

b) Un nivel de diálogo asiduo, permanente y profundo (resultante en parte del sistema de comunicaciones) y que se refleja constantemente a través de la participación por parte de todos y cada uno de los niveles en la problemática y los emergentes de los

demás (v. g., amplia participación por parte del alumnado en los problemas de conducción de la Facultad y de los directivos en la problemática del alumnado a través del diálogo y debate continuo y cara a cara).

c) Una interrelación concreta y bien explicitada entre todas las asignaturas (metodológicas y profesionales) y de éstas, a su vez, con la actividad práctica de los alumnos, en torno a un núcleo básico central o ECRO de la enseñanza.

Es requisito previo para este logro una integración y mutua compenetración a nivel de cuerpo docente (director, profesores y supervisores) y de sus programas de enseñanza. La integración de los niveles de teoría y práctica debe garantizar el doble juego de la aplicación de los conocimientos teóricos impartidos en el aula a la situación concreta que la práctica reclama y un constante análisis de los emergentes de terreno a la luz de la teoría impartida. Consecuentemente, tiene que ser permanente y visible la dinámica de acomodación y reacomodación entre ambos niveles.

d) La relación profesor-alumno, supervisor-alumno, director-alumnos, etc., es la de enseñanza-aprendizaje recíproco a nivel horizontal y democrático.

En un régimen de "didáctica dinámica" todos enseñan y todos aprenden o, dicho de

otra manera, nadie es poseedor de la verdad absoluta de aquello que se está estudiando. Como consecuencia, no hay sujetos pasivos del aprendizaje, sino que todos se tornan participantes activos y comprometidos de una empresa de aprendizaje que a todos les concierne. El sistema se sustenta en la creciente y madura responsabilidad que cada uno adquiere.

e) Al desaparecer los "sujetos pasivos" del aprendizaje, el conocimiento impartido se potencializa y profundiza a través del libre inter-juego de opiniones, elaboraciones y conclusiones particulares. El trabajo en grupos operativos permite, por su parte, que esta potencialización y profundización se amplíe adquiriendo una nueva dimensión que es la que el Dr. Pichón Riviére grafica por medio de una espiral creciente de aprendizaje.

f) La primera resultante del proceso —a condición de que esté bien llevado— es una muy visiblemente creciente *motivación* en todos los niveles en cuanto a dedicación de las actividades profesionales (específicas o generales) se refiere y de una rápidamente decreciente necesidad de uso de controles verticales para asegurar el cumplimiento de las obligaciones particulares. Es reflejo fiel de una "maduración" de la personalidad y de un "insight" permanente.

g) Ese mismo proceso de maduración se manifiesta a nivel docente cuando los profesores dejan de concurrir a dar "clases magistrales" y lo hacen para *participar* de un constante intercambio de ideas y de un permanente debate de conocimientos.

h) Los logros, los conflictos y las dificultades de los diversos niveles trascienden libremente y sin deformaciones a los demás niveles y se resuelven en un ambiente de "*comunidad didáctica*".

i) Esta quintaesencia del logro en esa experiencia compartida (la COMUNIDAD DIDÁCTICA) es que se transforma la escuela, reproduce, indefectiblemente, en escala reducida a la macro-comunidad y a los emergentes de esa macro-comunidad en la que el ahora alumno, luego de egresado, deberá ejercitar su rol. Esto es un logro fundamental si tenemos en cuenta que, como ya mencionamos, el trabajador social, indefectiblemente y en forma más o menos encubierta, reedita en la praxis los emergentes que vivenció, aprehendió y ejercitó a lo largo de su formación.

Esto es, en apretado y muy incompleto resumen, lo que tiene que lograr la Facultad y a lo que nos referimos antes cuando expresamos que había otros elementos que hacían a la formación profesional, tan importantes como la cantidad de asignaturas

y horas de aplicación y acerca de los que generalmente no se habla ni se escribe.

Otra característica de un régimen de "didáctica dinámica" y que interesa señalar por separado, pues nos habla de por sí misma de la madurez que requiere el sistema de parte de sus directivos, es la que se refiere a la "evaluación de resultados" y "corrección de fallas": cuando aparecen anomalías en los resultados (no se logra formar el trabajador social buscado o no se logran estampar en la personalidad del alumno las características que su rol profesional, luego de egresado, le demandará) se comienza a revisar el sistema, en busca de la falla, partiendo del nivel más alto (el directivo) y se desciende paulatinamente a los demás niveles hasta encontrarla.

Se presupone que el "nivel alumnos" es el más seguro de no tener fallas, porque se considera que el joven que ingresa (y para lo cual aprobó los requisitos de ingreso) es una "tabla rasa" (en lo profesional) en la que la Facultad tiene la responsabilidad de "tallar" un trabajador social. Si la "tabla" sale "mal tallada" (y siempre recordando que cuando a su ingreso la evaluamos, la admitimos como "de buena calidad") sin lugar a dudas ha fallado el artista, es decir, la Facultad como estructura formativa.

3) *Necesitamos Facultades de Trabajo Social que coloquen e integren su acción docente a los niveles de "investigación" y "servicios"*

Investigación, docencia y servicios (o extensión) son, en tercer lugar, tres planos relacionados sobre los que la Facultad debe estructurar su acción.

Ya se ha hablado y escrito bastante acerca de la necesidad de investigar (para luego teorizar, formular metodológicamente y enseñar) un Trabajo Social que responda a nuestras necesidades específicas de terreno, de manera que permita la *operación* con los individuos, grupos y comunidades concretas de nuestro medio.

Sin que sea nuestra intención referirnos aquí a un tema tan amplio y delicado cual es el de la "investigación en Trabajo Social" y del que hay muy buen material publicado (especialmente por los colegas Dupont y Holtz) y mucho más en elaboración, interesa tomar el pensamiento de la citada autora V. Holtz cuando señala que: *"es indiscutible que existe una dependencia mutua entre el desarrollo y la práctica profesional y que, por lo tanto, la investigación en servicio social es una condición 'sine qua non' de nuestro crecimiento profesional"*.

Pues bien, partiendo del principio de que todo cuanto se haga en Trabajo Social debe

llevar indisolublemente ligado un "para qué" del cual el Hombre y su bienestar es el directo destinatario, entendemos que la investigación en T.S. debe abarcar dos aspectos fundamentales, a saber:

- a) Los diversos campos de aplicación del Trabajo Social en cualquiera de sus métodos, con el objeto de extraer conocimientos profundos en lo que a aspectos socio-culturales de nuestra realidad se refiere; y
- b) La docencia del Trabajo Social, que nos permitirá evaluar hasta qué punto se están preparando trabajadores sociales que, luego de egresados, estén capacitados para desenvolverse operativamente en las circunstancias indagadas.

El primero de los dos aspectos presupone el concepto de "Trabajo". Es decir, el "para qué" de la investigación no es el conocimiento directo que surge de la misma, sino determinar *qué hay que hacer* (rol profesional) en la situación concreta estudiada, lo que presupone, a su vez, *qué es lo que el trabajador social tiene que saber hacer* (habilidades, destrezas, aptitudes, métodos y técnicas).

El segundo aspecto señalado implica el "*cómo se hace*" o, para mayor exactitud, cómo se forma el profesional debidamente capacitado para hacer *lo que hay que hacer*.

El mayor o menor éxito en la consecución del profesional que la realidad de terreno reclama, podrá ser evaluado, por último (cerrando así el círculo), a través de servicios directos brindados a la comunidad, en los cuales el alumno, en una situación *real* pero científicamente controlada, ensayará su futuro rol profesional.

En resumen y para ver con mayor claridad la dinámica interna de la trilogía "investigación-docencia-servicios", se puede decir que:

A través de servicios profesionales concretos se investiga el medio social, las necesidades y las posibles formas de acción que las mismas reclaman. Consecuentemente, se investigan ajustes en el contenido de la docencia (programas) destinados a formar trabajadores sociales habilitados para ejercer la forma de acción que la realidad reclama. A través de los servicios (y aquí se cierra el sistema retroalimentado) y de la práctica que en ellos desarrollan los alumnos, se evalúan los resultados logrados con la anterior reformulación del contenido de la enseñanza y se infieren las necesidades de nuevos reajustes y reformulaciones en la misma (... y así sucesivamente).

Resulta así que esta tercera característica de la Facultad de Trabajo Social que pretendemos, es la más amplia de todas y

que incluye dentro de sí a las dos detalladas anteriormente ("enseñanza a través de grupos operativos" en un régimen de "didáctica dinámica").

Una estructura docente así montada —a esto lo aseguramos— es la única capacitada para formar al tipo de profesional que se tiene y se debe lanzar al trabajo de campo.

Ahora bien: ¿Cuál es el tipo de trabajador social que nuestra realidad reclama? ¿Cuáles son las características que, hasta el momento, se ha comprobado que los mismos deben poseer?

De esto nos ocupamos brevemente a continuación...

CAPÍTULO XI

SE NECESITAN TRABAJADORES SOCIALES QUE...

1) Se necesitan trabajadores sociales capacitados para (y dispuestos a) anteponer decididamente el concepto de "transformación" al de "ajuste" a que nos acostumbraron nuestros antepasados profesionales. *Transformación* radical de las circunstancias que empañan la felicidad o que frenan la libre y cabal realización humana como primer paso y ajuste (recién entonces) dialéctico del hombre a la nueva brecha abierta en el campo de las más justas y equitativas posibilidades en la nueva línea de acción que las circunstancias latinoamericanas reclaman.

2) Se necesitan, consecuentemente, trabajadores sociales dispuestos a batirse hasta el fin contra la disimulada (o, muchas veces, abierta) autocracia implantada por el orden de un "statu quo" anquilosado, inoperante y profundamente incapacitado para resolver la injusta situación en que se debaten, generalmente, nuestros pueblos.

3) Se necesitan trabajadores sociales poseedores de una acabada cosmovisión, de una clara conciencia de contemporaneidad y

200

capacitados para ser vectores de creación de esa misma conciencia en los sectores mayoritarios de nuestras poblaciones, comúnmente marginados de las posibilidades de presencia activa en el escenario del acontecer humano.

4) Se necesitan trabajadores sociales decididos a ganarse el sustento en cualquier actividad no profesional (o a caer en el mismo hambre y miseria que afecta a las tres cuartas partes de sus semejantes) antes que, tentados por un sueldo regular, *vender* su destreza técnica a intereses reñidos con los objetivos profesionales.

5) Se necesitan trabajadores sociales comprometidos vocacional y activamente (místicamente comprometidos, si se quiere) con el Trabajo Social y capacitados, consecuentemente, para hallar *dentro* de su profesión los arquetipos adecuados y terminar así definitivamente con nuestra marcada y patológica tendencia a la búsqueda de arquetipos extra-profesionales.

6) Se necesitan trabajadores sociales afinadamente preparados para la tarea en equipo interdisciplinario, atendiendo a la circunstancia tan bien señalada por Barlett, de que: "la práctica simultánea de varias disciplinas implica un modo de pensar, de

sostener ideas relacionadas; una forma de hacer, de agregar la propia contribución a la de otros, para que algo mayor surja de la combinación. Es un entretrejerse de todas las fases de la actividad profesional”.

7) Se necesitan trabajadores sociales firmemente decididos a no admitir que la dirección de la tarea (o del aprendizaje) profesional esté librada a manos extraprofesionales. Tal como lo estarían, por ejemplo, los médicos (o los estudiantes de medicina) a impedir que un arquitecto fuera decano de la Facultad de Medicina o viceversa. No queremos entrar aquí a formular juicio acerca de la honestidad profesional de quien se presta (o aún busca) asumir la dirección de la formación (o de la actividad) de profesionales de disciplinas distintas a la suya, pues es tema amplio, delicado y adecuado para un enfoque por separado en otra oportunidad que será cuando hablemos de la “alienación profesional” hacia el final de la presente publicación.

8) Se necesitan trabajadores sociales acostumbrados y capacitados para deslindar aquello que es fundamental de lo que es accesorio, ya sea dentro de su quehacer profesional propiamente dicho como en los procesos sociales de nuestras comunidades

en general. Es la forma de terminar con nuestra tendencia a apabullarnos ante lo trascendente y a gratificarnos con el episodio aislado y anecdótico.

9) Se necesitan trabajadores sociales irrefrenablemente dispuestos a romper con el "legado genético" del virtuoso incomprometimiento que, no por virtuoso, es menos lastrante.

10) Se necesitan trabajadores sociales con la imagen internalizada de un arquetipo profesional impersonal y dinámico, que está cada día más adelante y que los dos impulse a la acción con la fuerza de un mito.

11) Se necesitan trabajadores sociales interesados en la vida de los demás porque les interesa la vida humana, es decir, el *hombre*; trabajadores sociales sabedores de "donde están" como tarea previa a querer indicar dónde están o deben estar los demás.

12) Se necesitan trabajadores sociales *incapacitados* con la fuerza de una mutilación, de contemporizar con la miseria, con el analfabetismo, con la marginalidad y con los prejuicios raciales, políticos y religiosos; incapaces de ser cómplices silenciosos de las persecuciones de diverso orden de que no

pocas veces nuestros pueblos latinoamericanos son víctimas.

13) Se necesitan trabajadores sociales capacitados para abrir y señalar un rumbo cierto a la profesionalidad del trabajo social a través de la acción comprometida y decididamente programada en el aquí y ahora de cada situación en particular.

14) Se necesitan trabajadores sociales optimistas, porque el optimismo es ingrediente inseparable de quien posee un ECRO. Porque el ECRO lo componen "universales" a los cuales no afecta una situación particular y pasajera; trabajadores sociales que no conozcan ni el pesimismo ni el abatimiento, aun cuando no consigan "meterle en la cabeza" a un "x" profesional (a un determinado arquitecto, por ejemplo) el valor de nuestro rol.

15) Se necesitan trabajadores sociales creativos, porque sólo quien crea no se frustra.

16) Se necesitan trabajadores sociales que además de "ser" se "sientan" profesionales (profesiográficamente cimentados) profundamente inclinados al diálogo, al debate de ideas, a la constante re-actualización y a la *agremiación* que será, en

última instancia, el instrumento de fuerza capaz de lograr de nosotros la voz audible necesaria para ubicar al Trabajo Social en el status que le corresponde.

Trabajadores sociales, en suma, conscientes del mundo en que vivimos, de las circunstancias humanas y de ellos mismos como hombres en sus propias circunstancias, y con el equilibrio, el aplomo y la madurez psíquica necesaria para manejarse adecuadamente en ese mundo.

LAS FACULTADES DE TRABAJO SOCIAL tienen la responsabilidad de formar este tipo de TRABAJADORES SOCIALES.

CUARTA PARTE

CAP. XII: *¿Qué somos? ¿Qué hacemos?*
T.S. Norberto R. Alayón

CAP. XIII: *La Alienación de los Trabajadores
Sociales Latinoamericanos.*
T.S. Juan B. Barreix

CAP. XIV: *Política y Trabajo Social*
T.S. Norberto R. Alayón

CAP. XV: *Algunas reflexiones sobre “el
Mundo en que vivimos”*
A.S. Ethel Cassineri

NOTAS: El Capítulo XIII es la reproducción con ligeras variantes del artículo publicado por el autor en la Revista “Hoy en el Servicio Social”, No. 16-17, con el título “ECRO/4- La alienación de los profesionales de Servicio Social en los contextos sociales en transición”.

El capítulo XIV constituye la transcripción casi textual del artículo publicado por el autor con el título “Agencias de Trabajo Social y Partidos Políticos”, en la Revista “Hoy en el Servicio Social”, No. 10-11 y un Anexo elaborado especialmente para esta publicación.

CAPÍTULO XII

¿QUE SOMOS? ¿QUE HACEMOS?

T. S. Norberto R. Alayón

"Por qué vivimos en una villa: Casi todos tuvimos que dejar el pueblo de nuestra niñez, nuestros padres, hermanos y amigos, porque allá nos moríamos de hambre. Los patrones querían ganar cada vez más y entonces nos pagaban cada vez menos. Los más ricos compraban grandes máquinas que dejaban en la vía a 200 ó 300 obreros y con el ahorro de esos sueldos al poco tiempo compraban otra máquina más grande y volvían a echar más obreros."

"El gobernador o el intendente, que eran algunos de esos ricos o estaban de acuerdo con ellos, hacían que las cosas sigan así, porque les convenía. Y si decíamos algo nos mandaban a la policía pagada por ellos. Se unen todos contra nosotros."

"Así pasó con la patronal inglesa de la Forestal en el Chaco y Norte de Santa Fe. Nos nacaron el jugo y mataron a muchos de nosotros y cuando les dio la gana se fueron a hacer mejor negocio al África, sin importarles que dejaban pueblos enteros sin trabajo y las tierras llenas de raizones."

"En Corrientes, Entre Ríos, algunos señoritos llenos de antipatriotas, son dueños de toda la provincia y hacen lo que les parece con los peones de sus estancias. En el sur de Corrientes trabajábamos en el tabaco, pero el gobierno hizo entrar a los yanquis y alemanes, que nos pagaban lo que se les ocurría por la cosecha de todo el año y si no les gustaba se nos pudría."

"Otros veníamos de Tucumán donde se van cerrando ingenios y el gobierno promete fuentes de trabajo que no aparecen."

"Entre el Chaco y Norte de Santa Fe también terminaron con el algodón, una de las mayores fuentes de ingresos, pues las fibras que fabrican las empresas extranjeras lo reemplazó y muchos de nosotros preferíamos quemarlo a tener que venderlo por migajas."

"En Rosario no teníamos, para comprar o alquilar, por eso nos hicimos un rancho en la villa, pero también aquí ya nos están ahorcando: el frigorífico paga \$110 la hora que apenas le alcanzan a un soltero. En el puerto sólo nos dan trabajo 7 u 8 días al mes. En otras fábricas nos suspenden o despiden apenas nos quejamos de algo."

"Y de noche nos molestan con las razzias policiales para acobardarnos de vivir en la villa, porque el gobierno no quiere que los ranchos afeen la ciudad, y necesita el lugar que nosotros hemos ampliado y relleno para los más ricos. ¿A dónde vamos?"

"¿Qué pasó en las villas de Buenos Aires? A los compañeros de las villas erradicadas no sólo no les preguntaban si querían ir a otro lado, sino que les obligaban a salir con ametralladoras y los llevaban a unas casuchas chiquitas y peores que los ranchos; vigilados como asesinos, entre alambres de púas. Con la construcción de esas casuchas se hacen el negocio las empresas constructoras. Los dólares los presta el BID (Banco Internacional de Desarrollo) con grandes intereses. Todos son interesados, no les importa nada de nosotros. No aman al pueblo aunque tengan cara de buenos. Ahora Onganía manda 700 millones para hacer lo mismo en Rosario."

"¡No pedimos eso sino que hagan justicia!"

"¿Qué hace la dictadura con nuestro pueblo? La dictadura que quiere golpear con su plan de desalojo a nuestro pueblo, a los vecinos de las villas, es la misma que castiga con salarios de hambre a los obreros, con desalojos rurales a los campesinos, con la limitación para continuar sus carreras a los estudiantes, con los privilegios de los supermercados a los comerciantes, y con la acción de los monopolios a los empresarios nacionales. La dictadura proyanqui de Onganía golpea a todo el pueblo argentino con la represión asesina y con la entrega de nuestra economía a los yanquis."

"Por todo eso el pueblo argentino debe unirse para enfrentar a la dictadura y derrotarla. Para que esta lucha triunfe, es necesario que l,i encabecen los obreros. Y para encabezarla, los obreros argentinos están empezando a sacarse de encima a los dirigentes que quieren frenarlos, los dirigentes sindicales que forman la comisión de los 20 y que levantaron los paros del 1 y 2 de octubre, conversando con Onganía a espaldas de los obreros, y los dirigentes sindicales como los del vidrio, metalúrgicos y de la carne que forman parte de la CGT reunificada de Rosario, son enemigos de nuestro pueblo. Cuando adoptan medidas de lucha lo hacen solamente obligados por los obreros y para negociarla al día siguiente. Su propósito es entenderse con la dictadura y si esto no resulta posible, favorecer un golpe de estado que cambie a Onganía por otro títere que sea el mismo perro, con distinto collar. No puede haber unidad de los obreros y el pueblo con los que lo traicionan. La unidad se debe realizar sin ellos y contra ellos. Por eso la Comisión Coordinadora del Movimiento de Villas apoya y a su vez reclama apoyo de las organizaciones estudiantiles y obreras, que se oponen a la dictadura y luchan por un gobierno popular y rechaza toda unidad con los dirigentes vendeobreros y vendepatrias. Mucho menos puede aceptar su dirección con la cual hoy venden al movimiento obrero y

con la cual mañana venderán al movimiento de villas."

"¿Cómo podemos organizarnos y luchar? Debemos unirnos todos los compañeros de las villas para no dejar que nos pisoteen, en Comisiones que se formen con los compañeros más combativos y generosos que están dispuestos a llevar adelante la tarea de mejorar nuestros barrios para oponerse al desalojo y que trabajen estrechamente unidos con el fin de ponerse al servicio de los vecinos."

"La Comisión deberá procurar que todos se preocupen por los problemas de su barrio y participen en su solución. Obras que tiene que encarar la Comisión:

1. Mejorar las condiciones de vida: Instalación de agua y luz; Asistencia Médica; Educación.
2. Defenderse contra el atropello de las razzias.
3. Solidarizarse con los detenidos y sus familias.
4. CUIDAR QUE NINGÚN COMPAÑERO FIRME PAPELES TENDIDOS POR GENTE DEL GOBIERNO, POR EJEMPLO: ASISTENTES SOCIALES."

"En algunos barrios ya se han encabezado con éxito estas tareas, por ejemplo la de asistencia médica, cuya falta es un grave problema que azota nuestras villas, que hace peligrar nuestras vidas y las de

nuestros hijos; construcción de dispensarios gratuitos mediante cuotas mensuales, permite solventar los gastos y resolver el problema. Lo mismo con las demás tareas, como ser la instalación de luz, de agua corriente, asistencia educacional, recreativa, cultural: el movimiento de villas necesita despertar la solidaridad más activa de los profesionales, técnicos, artistas, maestros, estudiantes."

"Además todas las Comisiones deberán reunirse cada tanto como el año pasado:

1. Para hacer respetar nuestras personas y nuestros derechos, por ejemplo: el derecho a un salario justo con el cual podamos vivir dignamente (40 % de aumento).
2. Para enterarnos de los problemas de otras villas y ayudarlos.
3. Para luchar juntos contra el plan de erradicación y todos los demás planes antipopulares de la Dictadura de Onganía."*

Comisión Coordinadora de las Villas de Rosario.

Nos hallábamos leyendo el precedente Comunicado de la Comisión Coordinadora de las Villas de Rosario con una sensación de rutina, cansancio y opresión a la vez por las

* Publicado en la Revista "Cristianismo y Revolución", pág. 59; Abril 1970. Bs. As.

tan importantes y angustiantes verdades denunciadas reiteradamente, y asimismo sistemáticamente desoídas y aplastadas por los tentáculos de un *statu-quo* insensible y parásito, tal como animalito ensañado que succiona y se nutre con la sangre de otros para poder subsistir.

No obstante pensábamos en el transcurrir de la lectura sobre la utilidad de ese material y la posibilidad de difundirlo. Qué bien nos vendría a muchos de nosotros, ya profesionales de ese Servicio Social controvertido y necesariamente *controvertible*, el repasar esos apuntes y tratar de situarnos en la palabra, en el sentimiento, en el dolor, en la frustración reiterada, de quienes lo suscriben y fundamentalmente de quienes lo sufren diariamente en carne propia y en la de sus hijos. Porque el "progreso" del mundo nos hace pensar que esos hijos deberían tener los mismos derechos que "nuestros" hijos, ¿verdad?, ¿o no? Conteste aquí el el *statu-quo*. O mejor, pensemos y deduzcamos todos y cada uno de nosotros cuál sería la respuesta oral del orden imperante si lo pudiéramos convertir en este momento en un simple ser humano; claro que lo de humano sería difícil (no se tome esto como tendencioso o valorativo sino simplemente centrado en la dificultad del traspaso mental de la persona Institucional a la persona real).

Y nosotros, hombres y trabajadores sociales a la vez, ¿qué pensamos profundamente? Porque nosotros trabajamos en las Villas y debemos tener bien clara la opinión sobre "nuestro objeto" de trabajo. Porque el método así lo exigiría y además y fundamentalmente, porque ese "objeto" nos permite muchas veces gratificarnos con la acción de "dar", tener un empleo seguro, obtener el pan diario para nuestros hijos, colaborar en la cuota del automóvil o del departamento; en fin, tratar de ir "viviendo" la vida lo mejor posible, cuidando también en lo posible de no hacer mal a nadie, o eventualmente hacer el menor daño posible; porque al fin y al cabo también somos humanos, y no de piedra.

Comprometámonos entonces a pensar. Además no es tan triste pensar sobre los males o las desgracias "ajenas", porque generalmente siempre al final nos queda (¡y por suerte!) ese saborcito viscoso y placentero que nos reconforta y nos recuerda que nosotros y nuestra familia, gracias a Dios, no tenemos esos "males".

Porque también hay que pensar y justo es que nos lo reconozcan, que lo que uno consiguió y tiene fue fruto de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo y de nuestra continua preocupación y ansias de progreso. Y en realidad esas Villas están llenas de gente que no es como nosotros y no se preocupa: no

trabajan porque no quieren; son vagos de nacimiento y no quieren cambiar y ni lo intentan; se emborrachan todo el día y mandan a "trabajar" a la mujer (en la profesión más vieja del mundo, porque es lo único que les gusta y que saben, aunque son tan sucias...) para que los mantenga; viven a costa del Estado, es decir de nosotros, porque se instalan en terrenos fiscales, no pagan nada y luego no los pueden sacar; a los hijos también los hacen trabajar y no quieren enviarlos a la Escuela, a pesar del denodado y continuo esfuerzo de las autoridades para que esos niños concurren; cuando alguna vez trabajan, en seguida se meten en el gremio, piden aumentos injustificados y se hacen "peronachos" fanáticos e insoportables; peso que consiguen se lo gastan, se olvidan de que "el ahorro es la base de la fortuna"; también son sucios y desarreglados, claro que el agua a veces no la tienen tan cerca, pero el que es limpio es limpio; no tienen moralidad: las chicas se la pasan bailando y salen con cualquiera y por lógica consecuencia, es decir por inconducta y por la liberación de sus instintos más bajos, en seguida se convierten en madres solteras que luego descuidan o abandonan a sus hijos; vive toda la familia (o como se llame) en una misma pieza y en un estado de promiscuidad total y las relaciones de las parejas son escandalosas: y qué decir del incesto y del estupro; la mayoría son

"rateros" y/o delincuentes avezados, y todas las Villas están llenas de "aguantaderos" donde los pobres policías (es decir los destacados servidores públicos que velan y se arriesgan por la seguridad de todos nosotros) no pueden entrar e inclusive los asesinan brutalmente; siempre que pueden aprovechan para hacer fiestas y orgías donde terminan agarrándose a cuchilladas; se la pasan fumando marihuana y tomando ácido lisérgico (¡Ah no, esos son otros!).

EN REALIDAD CON TODOS ESOS DEFECTOS COMO VAN A PROGRESAR. Ni siquiera se justifica que uno se esfuerce y se desviva por ayudarlos. Inclusive, a veces, los que ya están definitivamente "perdidos", rechazan nuestra ayuda, no quieren aceptar nada de nosotros y se vuelven agresivos y agitadores del resto de la comunidad. La verdad es que llega un momento en que uno ya no los entiende; ellos no comprenden que nuestro deseo cristiano es ayudarlos, y finalmente uno termina por desanimarse y convencerse que son irre recuperables y que no vale la pena sacrificarse por ellos.

Hay personas que piensan que la única solución de las Villas es arrasarl as con topadoras con gente adentro y todo; otros dicen que es mejor rociarlas con nafta desde un avión y luego prenderles fuego (cuidando por supuesto que las llamas no se extiendan hacia la ciudad, porque entonces sí que sería

una catástrofe). Otros —menos drásticos— estiman que ante las dos "soluciones" citadas anteriormente, se podrían sacar a todos los niños menores de 8 años y con ellos hacer una profunda tarea de "asistencia" social para ver si se pueden recuperar.

La verdad es que los que piensan eso son unos bárbaros; pero hay que comprenderlos. No olvidemos que nosotros, que realmente los "conocemos bien y a fondo", todavía tenemos dudas de si se "merecen" que los ayudemos o no.

Ahora bien, volviendo un poco atrás, este "asunto" del *statu-quo*, ¿cómo era? ¿Todos en cierta medida colaboramos en armarlo y mantenerlo? Deben ser sólo los dirigentes, porque uno qué tiene que ver en todo esto si no se mete en nada, ni quiere líos raros, ni cuestiones de política. ¡Ahora estoy seguro!; yo con esto no tengo nada que ver, son cosas de otros; yo sólo quiero vivir tranquilo, sin problemas y en paz, porque en verdad la vida es una sola y después... uno no sabe.

Pero estos "señores" del Comunicado ¡cuántas cosas dicen y cómo critican! En realidad yo creo que la mayoría de esas denuncias son injustificadas y subjetivas, y seguro que están asesorados y "manejados" por extremistas. ¡Claro!, son los riesgos de la libertad y la democracia, y entonces cualquiera "se puede dar el lujo" de criticar y denunciar a los más decentes y probos sin

considerar ni reconocer el "profundo" sacrificio que éstos hacen para salvaguardar a nuestra querida patria, para lograr un bienestar integral y compartido por todos, y especialmente protegerla de ideologías foráneas y disolventes que socavan la unidad nacional y nuestros acendrados principios cristianos. ¡Son unos pobres desagradecidos!; pero la "historia" lo dirá. Además todos sabemos que el "peor enemigo de la democracia es la democracia misma".

Continuábamos leyendo el Comunicado y, ¡oh sorpresa!, nos encontramos con el siguiente párrafo: "cuidar que ningún compañero firme papeles tendidos por gente del gobierno, por ejemplo: Asistentes Sociales". Pero, ¿qué tenemos que ver nosotros con esto? ¡Si no hacemos nada (perdón, hacemos, pero no hacemos, nada "malo")!

¡Qué complicada y confusa es esta situación! Nosotros con el gobierno no tenemos nada que ver; aplicamos nuestra "metodología" y a otra cosa (lo único es que el gobierno nos paga, pero eso no tiene importancia y con seguridad no anula ni afecta nuestra "objetividad científica").

Es inconcebible que nos critiquen de esa forma. Nuestro rol es claro: nosotros "ayudamos" a toda la gente sin discriminaciones de ninguna índole y sin que nos "importe" (de importar, no de dinero)

quién nos paga. Y además, con los sueldos que nos pagan, ¿qué quieren?; ¿que hagamos maravillas?

Lo de la "presión" del *statu-quo* ya dijimos que no lo entendemos muy bien; pero sí afirmamos enfáticamente que no nos sentimos ni estamos presionados, ni condicionados, ni cosificados por "EL", como nos lo quieren hacer creer (no sólo a nosotros) algunos confusos y esclarecidos individuos "libres".

El Servicio Social aplica los principios de "amor al prójimo" como ninguna otra profesión, y todavía se quejan. Pero, ¿qué esperan de nosotros? ¡Oh Dios! ¿Ahora nos tenemos que preguntar QUE SOMOS Y QUE HACEMOS? ¿Pero es que están todos locos y no nos quieren dejar trabajar en paz?

El colega Barreix dice que se necesitan Trabajadores Sociales *incapacitados*, con la fuerza de una mutilación, para contemporizar con la miseria, con el analfabetismo, con la desintegración y con los prejuicios raciales, políticos y religiosos; incapaces de ser cómplices silenciosos de las persecuciones de diverso orden de que no pocas veces nuestros pueblos latinoamericanos son víctimas. Y agrega, que se necesitan Trabajadores Sociales dispuestos a batirse hasta el fin contra la disimulada autocracia implantada por el orden de un *statu-quo* anquilosado, inoperante y profundamente incapacitado para resolver la injusta situación

en que se debaten, generalmente, nuestros pueblos.

¿PERO ESTA GENTE QUE CREE Y QUE QUIERE? ¿Piensan que el Servicio Social es marxismo, que es guerrilla? ¡No, no!. . . que se vayan a Cuba o a China, y que nos dejen trabajar tranquilos en el "desarrollo" de nuestros bien queridos pueblos. ¿Además "creer"?; éstos no deben creer en nada ni en nadie; seguro que son perdidamente ateos. De esta forma vamos a terminar en que a nuestros "pobres clientes pobres" les tendremos que entregar en vez del tarro de leche en el Centro de Salud, o la radiografía gratis en el Hospital, un fusil ametralladora a cada uno. ¡Pero esto es el "acabóse"! — ¡Yo no sé cuándo las autoridades se decidirán alguna vez a tomar medidas! — ¡Así no se puede seguir!; porque esta gentucha se aprovecha de nuestro estilo de vida democrático, occidental y *sobre todo cristiano*, para infiltrarse entre nosotros y así desorientarnos e impedir que ayudemos a los "necesitados".

La sátira, cuando está bien hecha (no como en este caso), puede hacernos reír o llorar. El llanto o la risa son manifestaciones efímeras y es por ello que ansiamos que las rápidas y modestas opiniones vertidas en esta especie de crónica nos sean simplemente útiles para la REFLEXIÓN. Reflexión profunda y concienzuda que nos lleve en uno u otro

caso a ratificar o rectificar nuestro modo de actuar y vivir, tanto en lo profesional como en lo personal.

Decimos "ratificar o rectificar" porque creemos (y queremos) que toda cuestión se aleje de la mera y hasta "oligofrénica" aceptación de todo lo que postulan aquellos que poseen el hábito de prescribir y recetar. La opción ha de ser *individual* necesariamente en un primer paso, para luego sí agruparse con aquellos con quien se coincide.

Pero, y aquí entendemos que está lo vital, la opción y la posterior praxis deben ser reflexivamente profundas, cruelmente sinceras y valientemente aplicadas. Y ESTO ES LO QUE CASI SIEMPRE NO HACEMOS.

A la vez observaríamos dos actitudes: a) la de quienes no se replantean nada, o muy poco o bien con la superficialidad más increíble, y entonces creen vivir en un "hermoso" mundo o bien no tan "hermoso" pero que ellos no pueden (ni deben) hacer nada para su modificación, y b) aquellos que sí se replantean cosas profundas y harto valederas, pero que por diversas causales se quedan simplemente en la etapa "decidora", y a veces ni aún en eso. En esta segunda actitud, con sus variadísimos matices, se observa muy nítidamente el "extremismo verbal y la masturbación revolucionaria".

En otro grupo, por desgracia muy reducido aún, están los que reflexionan, piensan y actúan valientemente, en una perspectiva de cambio “en serio” en pos de una vida más digna de ser vivida por todos y para todos.

¿NOSOTROS DONDE ESTAMOS SI
ESTAMOS.

Posadas, mayo de 1970.

CAPÍTULO XIII

LA ALIENACIÓN DE LOS TRABAJADORES SOCIALES LATINOAMERICANOS *

T. S. Juan B. Barreix

I- INTRODUCCIÓN

No es casual que hayamos dejado este tema para la última parte y capítulos finales de esta publicación, como tampoco es un "injerto no pensado" el capítulo anterior en que el colega Alayón, a partir de un ejemplo cualquiera tomado entre los cientos que podrían llenar varios libros referidos a "lo que se piensa" de los profesionales de Servicio Social y a lo que "los profesionales de Servicio Social *hacen* muy a menudo", se plantea objetivamente —con la profundidad simple y (a veces) cruelmente jocosa de la

* Este trabajo constituyó la base de la ponencia presentada por el autor al Cuarto Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social (Chile, Enero de 1969) para el tema "Alienación y Praxis del Servicio Social" y que, con ligeras variantes se publicó en el No. 16/17 (Abril-Mayo de 1969) de la revista "Hoy en el Servicio Social". Lo que aquí presentamos es un resumen del contenido del mismo, algunos agregados posteriores.

sátira— las angustiantes preguntas “¿Qué somos? ¿Qué hacemos?”

La primera parte fue la historia -interpretada dialécticamente- de las diversas formas de acción social que tuvieron auge el siglo XVIII (Beneficencia, Caridad, Filantropía, Asistencia Social, Servicio Social) hasta nuestros días en que, en Latinoamérica, se comienza a forjar e intenta dar sus primeros pasos esa nueva forma de acción social capaz de ser vehículo de respuestas concretas a la —a veces— desamparada y desesperante situación que la realidad del mundo en que vivimos presenta y que denominamos "*Trabajo Social*".

La segunda parte pretendió hacer un modesto aporte para un acercamiento a una reflexión filosófica, técnica y metodológica sobre ese quehacer que, como el mismo título de la publicación lo indica comienza a pronunciar tímidamente las primeras letras (a, b, c...) de un lenguaje nuevo que espera verse constantemente renovado y prontamente superado.

Dedicamos la tercera aproximación de lleno cuestiones que hacen a la "formación profesional" pero desde una perspectiva distinta a la que comúnmente se circunscribe todo tratamiento de la cuestión: la perspectiva de una "concepción crítica o problematizadora" de la tarea docente de las facultades de Trabajo Social, capaz de

introyectar en cada futuro profesional el ECRO necesario para instrumentarlo para acciones eficaces de terreno.

Pero... ¿cuál es la realidad concreta en que la profesión se encuentra en nuestro "aquí y ahora"? ¿Por qué esa exclamación profunda — y quizás compartida por cientos de colegas a lo largo y ancho de Latinoamérica— ¿"qué somos, qué hacemos"? ¿Por qué, a poco que nos pongamos a indagar la realidad de lo que acontece en el desempeño diario de terreno de nuestros colegas y a fichar los hallazgos, podemos tener un nutrido archivo de asco, vergüenza y horror, referido a que los asistentes y trabajadores sociales hacen en muchos lugares, a lo que se les manda hacer y a lo que se piensa de ellos?

Tratar de desentrañar las razones profundas de los "porqués" enumerados y los muchos otros que laten dentro de cada uno de nosotros, es el objetivo que intentaremos alcanzar en las próximas páginas. Analizar comprensivamente el proceso por que ha venido pasando y pasa el "recién nacido" Trabajo Social (y del cual nosotros, como actores, no podemos eludir la responsabilidad) es necesidad inmediata pero es tarea difícil: se trata de estudiar el problema de la "alienación profesional" (en el sentido sociológico de los términos), —estado del cual ninguno escapamos— y de las

escuelas que de ese estado de alienación se derivan en nuestro contexto latinoamericano.

Este tema —si atendemos a la magnitud de su importancia debería haberse abordado, quizás, al principio de esta publicación. Pero hubiera resultado inentendible para quienes carecieran del encuadre teórico e histórico volcado en las partes anteriores.

Es nuestro intento, por lo tanto y de aquí en más, elaborar y enunciar un cuadro de referencia que posibilite una labor de análisis de las situaciones alienantes que se dan en el Trabajo Social (como disciplina en proceso de institucionalización) en la realidad social subdesarrollada y en transición de los países latinoamericanos.

En cuanto a los países aquí considerados (los latinoamericanos en general y quizás casi sin ninguna excepción) y que denominamos "en transición" ofrecen como característica sobresaliente, básica para todo el análisis posterior, un manifiestamente marcado divorcio entre "...una modernización relativamente avanzada y una industrialización incipiente que lleva a la formación de pautas de tipo *pseudomórficas*. Estas suponen una creciente diversificación social y la aparición de nuevos roles a los que no se les asigna una funcionalidad específica dirigida a la satisfacción de demandas sociales concretas". En esta situación se encuentra, precisamente, el Trabajo Social

modernamente entendido, o sea como disciplina de nivel universitario y de intervención directa a nivel de estructuras socio-político-económicas.

En el Trabajo Social el pseudomorfismo, en su manifestación más directa, se traduce en una marcada tendencia a la importación masiva e indiscriminada de principios teóricos, metodológicos y prácticos elaborados en países desarrollados, en los que la profesión, generalmente, se halla ya institucionalizada y donde esos modelos son vehículos de respuestas concretas para necesidades sociales sustancialmente distintas a las de los países en que se las pretende aplicar¹.

En cuanto al medio social en que la nueva profesión pretende institucionalizarse, por su parte, ocurre que éste posee expectativas muy difusas del rol profesional, o contradictorias, o aberrantemente distorsionadas. Como consecuencia, el Trabajo Social (y sus profesionales) no encuentran ni el lugar institucional ni el rol reservado que les permita su inserción en el medio, lo que lleva a los trabajadores sociales a invertir obsesivamente ingentes esfuerzos

¹ Para una ampliación de los aspectos relacionados con esta situación de la incongruencia ver: TOMIKO TANAMI, "Servicio Social y Desarrollo", "Hoy en el S. S.", no. 15.

por lograrla, descuidando notoriamente la atención de las situaciones anómalas del núcleo social a que debería atender profesionalmente.

El medio social pseudomórfico y el proceso de institucionalización del Trabajo Social operan, invariablemente, en forma conjunta. Señalamos esto porque puede no ocurrir así en otras disciplinas sociales. Así, por ejemplo, el Derecho es una profesión altamente institucionalizada en muchos contextos marcadamente pseudomórficos de América latina, mientras que, a la inversa, un nuevo movimiento social surgido en Francia, denominado “animation” y propiciado por un rol profesional específico, atraviesa por todos los inconvenientes y características de su proceso de institucionalización en un contexto definitivamente NO pseudomórfico.

Pero cuando ambas cosas (el medio social pseudomórfico y el proceso de institucionalización de una disciplina) operan juntos —cual es el caso, como mencionamos, del Trabajo Social aparece, invariablemente, el fenómeno de la *alienación profesional*. Este es, precisamente, la médula del análisis que seguirá.

Partiendo desde aquí para la elaboración, haremos dos etapas:

1º) Análisis de los marcos objetivos, desde diversos enfoques, de la estructuración interna de la profesión, tratando de mostrar la

forma en que se configuran, en tales marcos, elementos propios de la realidad social subdesarrollada y pseudomórfica en que la profesión está inmersa y elementos resultantes del proceso de institucionalización del Trabajo Social como disciplina de nivel universitario.

2º) Se analizarán los resultados subjetivos (es decir lo que pasa en cada trabajador social concreto en esa situación) lo que significa entrar “de lleno” en el problema de cada uno de nosotros como *individuo profesionalmente alienado*.

Dados esos dos pasos tendremos echadas las bases para el epílogo del capítulo, que consistirá en explicar y detallar el tipo de estructuración de “comunidad profesional” emergente de la forma en que cada uno de nosotros (individual o grupalmente) como trabajador social concreto, responde (o pseudo-resuelve) la situación de alienación profesional.

Como utilidad extra y/o paralela, este último paso nos permitirá explicar los porqués de ciertos y determinados cursos de acción y también, el grado de eficiencia resultante del sistema profesional.

Siguiendo a Suárez, Aurelio y Rigal², denominaremos a estos tres pasos: a) Cuadro situacional objetivo; b) Cuadro subjetivo de

² Op. cit.

carácter alienante; y, c) Modos de resolución de la alienación.

LA ALIENACIÓN DE LOS TRABAJADORES SOCIALES LATINOAMERICANOS

I. CUADRO SITUACIONAL OBJETIVO

- a) Congruencia de la identificación y participación e los T. S. con los sistemas interno y externo.
- b) Legitimidad de la estructura de poder
 - Plomerismo
 - Repliegue interno
 - Verdaderos profesionales
- c) Consenso acerca de los criterios de estratificación intra-profesional.
- d) Concordancia entre el tipo de entrenamiento v las necesidades sociales.

II. CUADRO SITUACIONAL SUBJETIVO

- a) Sensación de impotencia.
- b) Sensación de incomprensión.
- c) Sentimiento de carencia de normas.
- d) Sentimiento de autoexclusión
 - Abandono del rol profesional

III. MODOS DE RESOLUCIÓN DE LA ALIENACIÓN

- a) Individualmente
 - Migración profesional
 - Ritualismo profesional
 - Activismo profesional
 - Politización profesional
 - Innovación profesional
- b) Grupalmente
 - Sub-comunidades endodirigidas
 - Sub-comunidades ideologizadas

II – CUADRO SITUACIONAL OBJETIVO

Continuando con la clasificación hecha por los autores mencionados anteriormente, las situaciones a considerar en esta parte son:

- a) Congruencia de la identificación y participación de los trabajadores sociales con los sistemas interno y externo.
- b) Legitimidad de las estructuras de poder.
- c) Consenso acerca de los criterios de estratificación intra-profesional.
- d) Concordancia entre el tipo de entrenamiento y las necesidades sociales.
- e) Capacidad de la estructura profesional para absorber el flujo informativo.
- f) Estructuración de las expectativas del rol.

a) *Congruencia de identificación y participación de los trabajadores sociales con los sistemas interno y externo*

En la comunidad profesional se dan dos sistemas de interacción básicos que pueden ser elementos de orientación de los trabajadores sociales y que pueden denominarse “sistema profesional” (interno) y “sistema empírico referencial” (externo).

Entendemos por sistema profesional a aquel que surge como consecuencia de la acción recíproca (interacción) de los

trabajadores sociales entre sí, a raíz y en referencia al cumplimiento de las actividades propias de la profesión, como pueden ser la detección, la motivación y la formación de nuevos trabajadores sociales, la enunciación de nuevos principios teóricos a partir de las expectativas prácticas de cada uno, las que son transmitidas en forma directa e inmediata al grupo de colegas más próximo y a todos aquellos otros relacionados con el proceso de reconceptualización e institucionalización del Trabajo Social y que condicionan a la creación y al desarrollo de la estructura interna necesaria para el buen ejercicio de la actividad profesional.

En cuanto al sistema empírico referencial (o sistema externo), que es menos estructurado, se conforma en torno a la tarea concreta de los trabajadores sociales frente a los casos, grupos, comunidades o poblaciones.

Lo característico de este sistema externo y que más interesa a los fines de este trabajo, es la toma de contacto de los trabajadores sociales con un público lego que solicita sus servicios para la satisfacción de determinadas necesidades que padecen y que requieren, de parte del profesional, conocimientos, habilidades y destrezas técnicas específicas o su inserción en instituciones del “statu-quo” que no sin justificación ven en estos

profesionales la amenaza poco grata de procesos de cambio.

La identificación y/o la participación por parte de los trabajadores sociales con estos dos sistemas (interno y externo) puede darse en forma simultánea separada o simultánea. Los dos sistemas y las dos variables (participación e identificación) permiten o posibilitan diversos modos de relación profesional.

Estos tipos de relación pueden ser altamente congruentes siempre y cuando la identificación con uno de los sistemas coincida con el modo de participación. Pero en lo que al Trabajo Social respecta, en su carácter de profesión en proceso de institucionalización en medios sociales subdesarrollados pseudonórficos, esta coincidencia por lo general no se da. Y no sólo que no se da, sino que las situaciones de incongruencia se hacen notablemente extremas (v. g. los trabajadores sociales que quieren desarrollar una acción transformadora —coincidente con los lineamientos actuales del Trabajo Social— no encuentran instituciones de clase —asociaciones, sindicatos— que los respalden en su tarea. Todo lo contrario, son mal vistos por las existentes — y hasta expulsados— por estar dirigidas las mismas por los representantes de las fuerzas reaccionarias de la profesión, cómplices del

statu-quo. Por el contrario, los profesionales que se agrupan en instituciones de clase (sistema interno) que propugnan la asunción de los verdaderos roles profesionales, son coartados en sus posibilidades de trabajo en las instituciones —sistema externo— (para las que estos colegas representan un peligro). Como consecuencia de no estar creado, implantado (y delimitado) el nuevo rol profesional se cierran las posibilidades de trabajo, lo que conduce directamente al tremendo problema que significa el que los trabajadores sociales quedan aislados de toda participación en aquellas estructuras hacía las que apuntan teóricamente (centro de toma de decisiones a nivel de política social del Estado, participación en los niveles de planeamiento, etc.) y esos lugares son copados por los agentes de la actividad pre-profesional (la Asistencia Social en nuestro caso) que aún quedan en circulación o que se siguen formando en las escuelas retrógradas que, en estos estadios de la profesión, son muchas.

b) *Legitimidad de las estructuras de poder de la comunidad profesional*

La trayectoria que sufre el Trabajo Social en la tarea de lograr su institucionalización en el cuadro (y al nivel) de las demás disciplinas sociales parece no apartarse visiblemente del

camino seguido (o en tránsito) por cualquiera de las demás disciplinas en igual contexto. Las diversas formas de estructuración correspondientes a las distintas etapas del proceso, observan una casi total similitud.

Es así que, de acuerdo con Everet Hughes³, en cada una de estas etapas la comunidad profesional genera sus propios modelos de estructura de poder. La estructura de poder correspondiente a una determinada etapa pierde paulatinamente su legitimidad en la medida en que el proceso de institucionalización avanza de esa etapa a la siguiente (con las consecuencias a nivel individual y grupal que ahora veremos). Las estructuras de poder correspondientes a las diversas etapas pueden ser descritas —de acuerdo con el mencionado autor— de la manera siguiente:

La primera etapa, correspondiente al estado inicial de máximo subdesarrollo de la profesión, puede ser denominado *estadio de los pioneros* y para el caso de nuestro país puede ser ubicada en el año 1957/58, al igual que para Brasil y Uruguay. Con poca diferencia de años el fenómeno se repite en

³ HUGHES, EVERETT: "Mena and their work", citado por SUÁREZ, AURELIO Y RIGAL: "La alienación profesional en los contextos transicionales", publicado en el no. 4 de la Revista Latinoamericana de Sociología.

prácticamente toda Latinoamérica, excepto Cuba y Puerto Rico (y no recordamos sí algún otro). El "pionerismo" del Trabajo Social Latinoamericano no tiene que confundirse con el "pionerismo" de la Asistencia Social (ver cuadro de análisis dialéctico de la historia en la 1ª parte) anterior a Mary Richmond. El "pionerismo" al que aquí nos estamos refiriendo se produce a raíz y como consecuencia de la incorporación masiva de los lineamientos del "Metodologismo Asíptico" que vino a enfrentar a las formas de acción "asistencialistas" (Asistencia Social) que, a fines de la década del 50 se mantenían en vigencia en estas latitudes. Esto tiene que quedar bien en claro para la comprensión posterior del análisis.

En este estadio inicial el Trabajo Social surge "...por el ímpetu de individuos que provienen de otras estructuras profesionales — probablemente son marginales de las mismas— que proponen nuevos marcos de conocimiento, a los que han accedido por su contacto con estructuras sociales en que tales marcos se han desarrollado..." (Si ejemplificamos esto para el caso de Argentina, estos individuos son los que tramitaron la venida al país de los técnicos de Naciones Unidas (en nuestro caso particular la experta de N/U. Valentina Maidagán de Ugarte) y los que posteriormente asumieron la

dirección de esas Escuelas o Institutos creadas bajo el asesoramiento de aquella y respondiendo a los lineamientos del "Metodologismo Aséptico").

Estos pioneros, en su momento, son evaluados muy positiva o muy negativamente a raíz de su tarea innovadora (según la evaluación sea hecha por grupos receptivos o refractarios al cambio, respectivamente) aunque unos y otros reconocen (los primeros por propia convicción y los segundos porque a la larga no tienen otra alternativa que rendirse ante la evidencia de los hechos) que se trata de individuos cuya información y nivel de entrenamiento asistemáticos los hace conocedores "de las orientaciones generales o de las dimensiones en que se origina la nueva profesión, así como de las perspectivas de su desarrollo futuro".

La etapa de vigencia de estos pioneros — que, como después veremos— termina en la medida en que verdaderos trabajadores sociales se incorporan a la estructura de la comunidad profesional, alcanza su verdadera dimensión cuando el trabajo social, como disciplina profesional distinta a lo que hasta ese momento se hacía (aún, algunas veces, bajo tal denominación) logra un cariz de organicidad (con la inauguración, por ejemplo, de un centro de formación de estos nuevos profesionales que pasa a funcionar como

centro de nivel universitario con algún grado relativo de autonomía y en el que mismos (los pioneros) pasan a detentar los papeles fundamentales de la conducción y/o de la docencia del mismo).

Parece oportuno destacar la necesidad de este paso para el futuro de la nueva disciplina, ya que es, precisamente, a través de esos papeles, cómo se logran los primeros objetivos de difusión de los significados y alcances de la profesión.

Por razones obvias, es característico de esta primera etapa la carencia de instituciones dedicadas a la elaboración de conocimientos y de formas de acción profesional adecuadas a la realidad concreta del medio social en que la disciplina pretende institucionalizarse.

Predomina, consecuentemente, un tipo de formación académica basada en la enseñanza (e infructuosos intentos de aplicación) de fundamentos teóricos y de modelos prácticos elaborados *en y para* otras latitudes con problemáticas sustancialmente distintas, cuya importación se realiza —como ya mencionamos— en forma masiva e indiscriminada.

—La segunda etapa, que denominaremos "de repliegue interno" surge, como ya sugerimos, cuando la "estructura del sistema interno se diferencia lo suficiente

como para que a ella se incorpore una nueva generación de profesionales de mayor nivel de entrenamiento y con concepciones de la cosa profesional sustancialmente distintas — hasta opuestas— a las sostenidas por los que hasta ese momento se denominaban los profesionales de la disciplina". Estos "recién integrados" a la comunidad profesional son, por lo general, los profesionales más comprometidos de las primeras promociones de egresados de las escuelas o institutos dirigidas por los "pioneros" citados antes.

A este período lo denominamos "*de repliegue interno*" porque el Trabajo Social entra en una fase de autoevaluación y pone el acento en la tarea de estructuración formal de la carrera (por ejemplo, intentando la sanción de instrumentos legales que reglamenten el ejercicio de la misma) a nivel universitario; en la crítica revisionista de la labor desarrollada por los pioneros y, en creciente medida, en la elaboración teórica y enunciación de principios metodológicos y prácticos adecuados a la realidad social concreta del medio en que se desenvuelve (aunque esta elaboración no se da en su verdadera dimensión —por limitaciones que después veremos— surge, al menos, una especie de conciencia de su necesidad). Si trasladamos esta etapa al cuadro dialéctico de la "historia del Trabajo Social" (primera parte) podemos

situarla —para nuestro caso— como origen de la postura denominada "Generación 65".

Mientras lo anterior sucede, hasta muy entrada la etapa la mayoría de los integrantes de la comunidad profesional no logra esclarecerse acerca de lo que está sucediendo. La iniciación de la *lucha por el reemplazo* es el primer rasgo de la misma claramente distinguible: los maestros (pioneros) son superados por los discípulos (trabajadores sociales recién egresados) en cuanto a caudal de conocimientos, a manejo de instrumental analítico de la profesión y vocación integradora dentro de la comunidad profesional, manifestándose los agudos síntomas de *incongruencia de status* y de *ambivalencia*.

—La tercera etapa se inicia cuando ese sistema interno replegado sobre sí mismo y que detallamos en los párrafos anteriores adquiere, a través de un proceso de maduración, una consolidada estructura diferenciada y una visión amplia y a la vez profunda de la cuestión profesional y de su problemática relevante, que le permite entrar de lleno y a requerimiento —explícito o no— de la estructura social y de las situaciones a veces calamitosas a que ella da lugar) a la elaboración y enunciación de un nivel de ciencia social aplicada que sea respuesta decidida a las exigencias de la realidad

concreta. La aparición de las primeras producciones intelectuales de colegas tales como Seno Cornely, Herman Kruse, Renee Dupont, etc. son los ejemplos que marcan la entrada en esta faz.

Atento a lo anterior, esta etapa puede denominarse *de ciencia aplicada* y su signo más evidente lo constituye el crecimiento de la importancia del rol *profesional* (o de terreno) en detrimento del *rol científico* (o de laboratorio u oficina).

La aparición de este signo es presagio de la inminente llegada (inmediatamente posterior) de la etapa (ansiada etapa) en que el Trabajo Social comienza a lograr un creciente grado de institucionalización o sea, que comienza a existir un reconocimiento social de su rol profesional y de su campo de aplicación, aún cuando paralelamente (y quizás como consecuencia) surja una marcada tendencia por parte de profesionales de otras disciplinas (psicólogos y sociólogos principalmente) y hasta de auxiliares de otras disciplinas (como las Visitadoras Sociales) a querer abarcar funciones propias de éste.

Aquí es cuando surgen los que podemos denominar "*verdaderos profesionales*" de *Trabajo Social*.

Son profesionales, así entendida la cuestión, "quienes asumen *la responsabilidad social* que la disciplina implica, o sea, quienes

a partir de sus conocimientos obtenidos en la estructura académica de la disciplina, *trascienden la misma y se comprometen con la sociedad a la cual pertenecen. . .*. Esto implica ingentes dosis de sacrificios en nombre de la autenticidad profesional, cuya consecuencia más directa puede consistir en que el trabajador social sea "eliminado" de su lugar de trabajo o se autoelimine en mérito a la honestidad (personal y profesional) con las consiguientes repercusiones negativas en su economía particular. Si ubicamos esto en el cuadro dialéctico de la "Historia del Trabajo Social" (primera parte de esta recopilación) corresponde a la época de pleno auge de la "generación 65": o sea cuando los Seminarios Regionales ya son una realidad, la Escuela Universitaria de Servicio Social del Uruguay ha publicado su Plan de Estudios nuevo y la revista "Hoy en el Servicio Social" (tercer signo y símbolo de la "Generación 65") se comienza a abrir paso, a pesar de las persecuciones, difamaciones y rotulaciones de todo tipo, en algunos países de Latinoamérica.

Y decimos, precisamente, que en esta etapa tiene vigencia el concepto de *eficacia profesional* porque el enfrentar los problemas reales de la profesión en toda su extensión y profundidad no es un hecho simplista que se asegura con la posesión de un buen nivel de

entrenamiento (como puede ser el del "Metodologismo Aséptico") sino que reclama grandes capacidades adicionales que de ninguna manera están incluidas en los programas de formación profesional, por buenos y elevados que estos sean.

Pero, antes de terminar esta parte, (y sin perjuicio de que en otra oportunidad retomemos con más amplitud el punto) nos interesa retrotraernos un poco para analizar más el momento de pasaje de la primera a la segunda etapa que, como dejamos entrever, es el de máximo conflicto. El conflicto se presenta —como expresamos— en términos de "lucha por el reemplazo" en las estructuras de poder de la comunidad profesional, de los pioneros (agentes extraprofesionales o de la vieja "Asistencia Social" que han hecho cursillos de "actualización") por verdaderos profesionales de la disciplina con formación profesional específica.

La legitimidad de poder detentado por los pioneros comienza a perder vigencia. Y la pérdida de legitimidad (siempre siguiendo a Suárez, Aurelio y Rigal) obedece, en esencia, a dos factores ya mencionados al pasar:

a) En la faz intra-profesional a causa del surgimiento de generaciones de trabajadores sociales con buen nivel de entrenamiento y actualización, produciéndose una lógica y legítima incongruencia de status que los lleva

a cuestionar las estructuras de poder vigentes.

b) En la faz extra-profesional: en la medida en que el medio social se concientiza, aparecen las necesidades que reclaman los roles profesionales que los viejos agentes de la actividad pre-profesional y los mismos pioneros no tienen capacidad de cubrir adecuadamente. En nuestro caso, los que demanda la contribución eficaz para ayudar a vehiculizar procesos de *cambio DE estructuras* (verdadero Trabajo Social latinoamericano).

Paralelamente a esto comienza a surgir la conciencia (primero de parte de los trabajadores sociales —no todos ni mucho menos— y luego de hasta funcionarios de buena fe) de que los cargos más importantes de la conducción de la actividad profesional deben llenarse con arreglo a capacidades profesionales antes que a antecedentes de curriculum.

En torno a estos factores mencionados (y algunos más de importancia secundaria) se enerva la lucha por el reemplazo y, dada la autenticidad con que actúan los verdaderos profesionales y la universalidad de criterios sostenidos, el reemplazo final se asegura —para un poco antes o un poco después— su victoria final.

Es importante destacar que no resulta nada raro que la generación de pioneros (y, desde ya, los viejos agentes de la actividad pre-profesional) ante la imposibilidad de competir abiertamente en el nivel científico y técnico con los que denominamos “verdaderos profesionales”, recurran o “hechen mano”, como último recurso en un intento de revalidar su posición, a la conversión (consiente o inconsciente) de ese conflicto en conflicto ideológico, lo que les permite apoyarse en las estructuras de poder del “statu-quo” –anquilosado e inoperante, y que se ve acosado por igual problemática de reemplazo- y de las que obtienen su apoyo.

c) *Consenso acerca de los criterios de estratificación intraprofesional.*

Se llega, así, a un estado en que una de las características más notables del Trabajo Social, como disciplina en proceso de re-conceptualización e institucionalización en los contextos pseudomórficos de América latina, es la coexistencia de una disparidad de criterios de estratificación intraprofesional. Su manifestación más característica la constituye la muy frecuente devaluación del status de los trabajadores sociales hecha por los propios colegas (ayudada por las “opiniones” de los desplazados: “pioneros” y agentes de la “Asistencia Social”) lo que se observa a cada

momento ya sea en las conversaciones comunes como en la crítica afinada hecha en la producción intelectual de los mismos (artículos, conferencias, etc.).

Esta diversidad de criterios evaluativos es, ante todo, parte de un determinado estadio del proceso de institucionalización y, como tal, cumple una función de relativa importancia ya que contribuye a cuestionar con mayor fuerza al status otorgado –hasta entonces- con arreglo a la vinculación más o menos cercana de los trabajadores sociales con los pioneros e implantar, en su lugar, criterios de validación profesional basados en la capacidad y entrenamiento.

Ese trance se realiza en forma muy difícil porque la búsqueda de los integrantes de las primeras promociones de trabajadores sociales se ve entorpecida o bloqueada por las “reglas de juego” particularistas que los pioneros (que aún detentan, aunque muy cuestionado y resquebrajado, el poder) han establecido.

Esta situación realimenta, precisamente, la necesidad de idear nuevos criterios de evaluación de la capacidad profesional, los que son elaborados por diversos sub-grupos de la comunidad profesional incomunicados entre sí.

Los criterios de evaluación que cada grupo tiende a validar e imponer se elaboran

por lo general, con arreglo a los atributos adquiridos que los miembros de cada uno detenta. Es así como aparecen criterios basados en la jerarquía de títulos obtenidos en universidades extranjeras, número de publicaciones, postura ideológico-profesional, capacidad de compromiso, creatividad, etc.

Esta situación produce un fenómeno curioso: el status y el poder de los pioneros pierde irreversiblemente vigencia en la medida de que el proceso avanza, pero por el otro lado, ninguno de los integrantes de las primeras generaciones de profesionales logra sustituirlos a raíz de la atomización de criterios evaluativos que prima entre ellos y que ya vimos.

Esta situación dura cuanto dura la lucha por el reemplazo y termina cuando alguno de los subgrupos (o uno nuevo surgido del nucleamiento de varios de ellos) logra llegar a las posiciones de poder e imponer algún criterio o esquema conceptual referencial (ECRO). Todo eso y retomamos las palabras de Suárez, Aurelio y Rigal) “lleva a un estado de anomia e inseguridad personal debido a que el self looking glass”⁴ del profesional

⁴ Por el concepto de “self looking glass” hacemos referencia a la autoimagen generada en el proceso interaccional, a través de evaluaciones que los “otros significativos” realizan del incumbente de un rol.

suele ser cóncavo y convexo al mismo tiempo, obteniendo evaluaciones sumamente contradictorias de sus actuación profesional que influyen en la producción intelectual haciéndola baja y de tipo no creativo”⁵.

d) *Concordancia entre el tipo de entrenamiento y las necesidades sociales.*

Los cambios de todo el orden que ocurren en los países en transición (denomínense “en vías –o en proceso- de desarrollo” o, directamente, subdesarrollados”) generan un gran tipo de incongruencias entre las diversas piezas o engranajes de la estructura social global. Esto origina los fuertes estados de tensión (manifiesta o latente) tan característicos de las comunidades latinoamericanas de nuestro tiempo y que dan, precisamente, lugar a que se puedan alentar esperanzas de que el sistema estalle, víctima de sus propias contradicciones internas y el necesario cambio DE estructuras encuentre su rápida canalización.

Los medios sociales en transición soportan conflictos propios de su entrada (o intento de entrada) al mundo de la

⁵ GALTUN, JOHANNES, 1965: “Los factores socio-culturales y el desarrollo de la Sociología en América Latina” (citado por SUÁREZ, AURELIO Y RIGAL, op cit.).

modernidad mientras que los instrumentos con que cuentan para resolverlos (de tipo tradicional) son totalmente ineficaces ante las nuevas circunstancias. Todo esto acaba por permitir aflorar una conciencia (primero en unos pocos, pero que rápidamente se extiende a diversos grupos) de que para atender a la situación de desquicio en que la mayoría de nuestros contemporáneos se encuentran hace falta hechar mano a los nuevos esquemas de acción que proveen tanto el trabajo Social (debidamente entendido) como las demás disciplinas sociales en trance de institucionalización.

Pero sucede que cuando esto ocurre es, paradójicamente, el momento en que la nueva disciplina se encuentra en la ya mencionada y explicada etapa de “repliegue interno” durante la cual –como dijimos- la misma centra la preocupación de sus profesionales en a resolución de sus problemas internos y, consecuentemente, está menos posibilitada de atender necesidades sociales concretas, que constituyen la esencia de su labor de ser. Y las posibilidades de aplicación de las técnicas profesionales (a nivel de ciencia aplicada) propias de los estadios más avanzados de institucionalización, se malogran en gran parte, dando lugar a la interrupción, en el campo específico del Trabajo Social, de todo una serie de

personajes que mostrando una diversidad de títulos y diplomas (promotores de la comunidad, educadores de la comunidad, etc. etc) pretenden desempeñarse en funciones cuya atención adecuada está muy por encima de sus improvisadas formaciones académicas. Contribuyen a la conformación de esta caricatura del desempeño profesional los viejos agentes de la pre-profesional “Asistencia Social” que aún quedan en circulación y los que se siguen formando en las muchas escuelas cuyo manejo aún detentan y que están convertidas, así, en semilleros que perpetúan la imagen pseudo-profesional. Y no podemos dejar de mencionar –dentro de esta gama de matices del anti-Trabajo Social- a los “co-optados” entendiéndose por tales a los que, habiéndose formado de manera aceptablemente adecuada y siendo conscientes de los roles que el Trabajo Social debe desempeñar como puntal de los procesos de “Cambio DE Estructuras” que nuestras circunstancias claman, venden toda su destreza y capacidad profesional por un buen sueldo (a veces pagado en dólares estadounidenses) a las fuerzas sostenedoras del “statu-quo” latinoamericano responsable de la opresión, marginalidad, hambre, miseria, analfabetismo y enfermedad de las tres cuartas partes (si no más) de su población.

A esta pérdida de oportunidad por parte del Trabajo Social también contribuye, de hecho y además de las causas ya señaladas, la ya descrita característica de una profesión sustentada en esquemas teórico-prácticos importados de otras latitudes con fines (como lo vimos en los capítulos destinados a la historia) de ser opio para un pueblo que ya no da más y profundamente inútiles (de no mediar *adecuadas* adaptaciones) para responder a las necesidades de los contextos pseudomórficos latinoamericanos.

La repercusión de esta trama de situaciones sobre cada trabajador social concreto es lo que determina la aparición del agudo síndrome de *anomia profesional*, tan bien descrito por Tomiko Tanami⁶, producto del desfase existente entre las necesidades sociales concretas y lo que la comunidad profesional está realmente capacitada a dar.

Sin lugar a dudas, esta situación sería fatal para la profesión, a corto y seguro plazo, de no mediar la aparición espontánea de grupos trabajadores sociales que se lanzan decidida y comprometidamente (a precio de grandes sacrificios o, para emplear las palabras de Tanami, “acusaciones de todo orden”) a la tarea de investigar, teorizar, ensayar y enseñar un ECRO profesional.

⁶ TANAMI, TOMIKO: op. cit.

e) *Capacidad de la estructura profesional para absorber el flujo informativo.*

No es parte de nuestro pensamiento, en ningún momento, que los conocimientos elaborados en otros contextos sean totalmente inútiles para el nuestro. Muy por el contrario, una relativamente gran cantidad de ellos, previa adecuada y rigurosa adaptación, son de magnífica utilidad.

Pero sucede que la importación masiva e indiscriminada de los mismos, lo que de por sí no es conveniente, se ve agravada en extremo por una manifiesta incapacidad por parte nuestra, de seleccionar, integrar y asimilar ese cúmulo de conocimientos que nos llega de golpe.

La etapa del proceso de institucionalización en que cuando esto sucede se halla la profesión, hace que la pirámide de edades de sus profesionales sea de base muy ancha (muchos profesionales muy jóvenes que, aunque relativamente bien formados, carecen de experiencia) y de cima muy fina y trunca (casi ningún profesional que reúna a la par que caudal de experiencia, buena formación profesional y adecuadas destrezas práctico-metodológicas). De existir estos últimos, serían los indicados para asumir la tarea de selección, adaptación, asimilación e integración de modelos

importados. Es decir, que faltan, en otros términos, los líderes integradores porque la profesión no tiene aún los períodos propios de disciplinas ya institucionalizadas en que los recién egresados pasan sucesivamente por roles intermedios bajo la dirección de profesionales altamente diestros como ocurre, por ejemplo, en la medicina.

Esta avalancha de caudal informativo puede derivar, por otra parte, debido a la necesidad que cada trabajador social siente de lograr la síntesis y la búsqueda de significado, a que distintos sub-grupos “absoluticen” y se adhieran intensamente, pero en forma transitoria y continuamente cambiante, a escuelas teorías, auditores, áreas de interés, en búsqueda de ese significado y síntesis integradora. Todo ello puede conducir a un tipo de alienación (que después veremos con más detalle) por incompreensión del significado de la disciplina”.

f) *Estructuración de las expectativas del rol.*

El Trabajo Social tropieza, en su proceso de re-conceptualización e institucionalización, con un elemento que reviste fundamental importancia por su incidencia directa (entre otras) sobre la autoimagen que el profesional tiene de su rol: las expectativas difusas o, más generalmente, aberrantemente

distorsionadas que los contrarroles (funcionarios, directores políticos de planes y programas, instituciones de bienestar, etc.) y el público en general tiene acerca del rol profesional del trabajador social o, aún, el desconocimiento total del mismo (v.g. “las asistentes sociales son esas señoritas que reparten cosas a los pobres”).

Este tipo de imágenes difusas y distorsionadas, influyen notablemente sobre la imagen que el propio profesional tiene de sí mismo y, aún más, sobre la estima por su propio quehacer, llevándolo a una incomprensión de su propio rol, ya que como expresamos antes, éste descansa en gran medida sobre la opinión que “los otros significativos” es decir, los directos destinatarios de nuestras acciones profesionales (ver ejemplo descrito por Alayón en la introducción de esta parte). Las influencias de esta situación para el logro de la “identidad profesional” se hallan notablemente bien desarrolladas con la colega Eva Giberti en el Editorial del No. 9 de “Hoy en el Servicio Social” y a él remitimos a nuestros lectores.

III-CUADRO SITUACIONAL SUBJETIVO DE CARÁCTER ALIENANTE

El complejo de situaciones objetivas de carácter alienante –que hemos descripto anteriormente- repercute en la personalidad del trabajador social desencadenando en cada uno un modo particular de orientación en su inserción, tanto en la estructura social en general como con sus propios colegas.

Estas diversas formas de respuesta son, en todos los casos, expresiones de un estado anímico propio de una falta de integración con el medio y es, en definitiva, la que condiciona *las diversas formas de alienación*.

Siguiendo a Seeman⁷ estos distintos modos de alienación se corresponden con las siguientes dimensiones de este fenómeno:

- a) *Sensación de impotencia*: es la que experimenta el trabajador social sobre su propia conducta que no logra determinar los resultados que busca.
- b) *Sensación de incompreensión*: se refiere a la desagradable expectativa que experimenta el profesional al sentir que no podrá comprender el sentido de las situaciones en que se halla comprometido.
- c) *Sentimiento de carencia de normas*: está referido a la expectativa del

⁷ SEEMAN, MELVIN: "On the meaning og alienation". American Sociological Review. (Citado por SUÁREZ, AURELIO Y RIGAL, op. cit.).

trabajador social de que no existe principio alguno, aprobado socialmente, que normatice su acción en la tarea de consecución de sus fines profesionales.

- d) *Sensación de auto-estrañamiento*: es la que siente el profesional de no encontrar su propia identificación en las actividades que realiza.

La primera dimensión citada (de impotencia) y la sensación de aislamiento, citada anteriormente, aparecen según prevalezca en la personalidad del trabajador social *una respuesta* activa y de unión grupal con los colegas que les ocurre lo mismo, o *una pasiva* (aislamiento) que opera como mecanismo de defensa en el sentido de que procura mantener su propia definición el sentido y alcance de la disciplina por el camino de preservarla del enfrentamiento con otras que la puedan modificar o destruir.

Ambas respuestas son mecanismos de defensa con respecto a la segunda dimensión citada (la “sensación de incompreensión”). La activa, por el hecho de postergar el tratamiento del significado último de la profesión en espera de una oportunidad de acceso a los medios de poder de la misma, y la segunda (pasiva) porque da a su propia

respuesta carácter de correcta pero sin exponerla a una confrontación con otras.

La tercera dimensión de carácter alienante (el “sentimiento de carencia de normas”) se identifica con la carencia de medios reales porque implica la ausencia de normas de trabajo, productos de capacidades profesionales, entendidas como *capacidades entrenadas*. Se explica así porque la carencia de medios reales implica un atenuante del sentimiento de incapacidad de entender las situaciones en que se halla envuelto. Ello se debe a quien carece de normas de trabajo, puede adjudicar a tal situación la carencia de significado de su actividad.

En último término, la “sensación de auto-extrañamiento” se refiere a la imposibilidad del trabajador social de construir su auto-imagen. El profesional carece de criterios para construir una visión coherente de sí mismo porque, como dijimos, las etapas tempranas de institucionalización de la carrera dan por resultado grandes incongruencias de status. La disparidad de criterios de evaluación (también vista) y el cuestionamiento de las estructuras de poder vigentes contribuyen directamente a acentuar la situación.

Y con esto terminamos nuestro intento de hacer una lista esquematizada del complejo de situaciones que se da en el Trabajo Social

como disciplina en proceso de institucionalización en los contextos sociales subdesarrollados de Latinoamérica y la forma cómo el pseudomorfismo de los mismos, repercute y se manifiesta (directa o indirectamente) en cada uno de nosotros como profesionales de la disciplina.

Lo hecho nos permite acercarnos a una comprensión ordenada de la parte siguiente destinada a enumerar las formas en que cada uno de nosotros (individual o grupalmente) da “resolución” a la situación alienante.

IV–MODOS DE RESOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN DE ALIENACIÓN

Los grandes estados de tensión que las diversas situaciones de alienación desatan en los trabajadores sociales movilizan mecanismos destinados a canalizar de alguna manera la situación y “superar” las incongruencias. Tal resolución, puede hacerse a dos niveles:

- a) *Individualmente*: modo personal en que el trabajador social –por sí mismo– trata de resolver la situación.
- b) *Grupalmente*: modos socialmente organizados de conseguir idéntico fin.
 - a) *Resolución de la alienación a nivel individual.*

Hay distintos modos, de los cuales citaremos los más importantes por lo comunes:

--*Abandono del rol profesional*: es la forma de “eliminar” las tensiones *escapando* al “elemento angustiante”.

--*Migración profesional*: No se abandona, como en el caso anterior, el rol profesional sino el contexto social pseudomórfico para continuar su ejercicio en contextos donde la disciplina se encuentra en un grado más avanzado de institucionalización.

--*Ritualismo profesional*: consiste en un exceso de adherencia a procedimientos y técnicas propias de la disciplina (purismo metodológico) lo que permite obtener gratificaciones por medio de la “sacralización de normas”.

--*Activismo profesional*: se parece mucho al anterior en sus resultados y en la circunstancia de que tampoco se abandona el rol profesional “*no dejándose tiempo*” para ello a través de una sobrecarga de tareas en las que el trabajador social se compromete y que se suelen realizar en forma bastante apartada de los principios éticos y metodológicos de la profesión. Es la acción sin reflexión y, por lo tanto, negación de la praxis.

--*Politización profesional*: aquí el trabajador social comienza por “visualizar” a

la estructura de poder como ilegítima. Como consecuencia, se pliega abiertamente a la lucha por el reemplazo, convirtiendo paulatinamente a ese medio en un fin único y gratificándose con el perfeccionamiento manipulativo que va logrando.

--*Innovación profesional*: comprende, por último, a quienes “hechan mano” al más positivo de los mecanismos de superación de las tensiones generadas en la situación alienante. Significa una toma de distancia del “activismo *alienado*” pero no significa, de ninguna manera, un escapismo.

Lo que pretenden estos trabajadores sociales es, más bien, la elaboración de un instrumento de orientación y de acción (Ecro profesional) que resulte adecuado para convertir al Trabajo Social en vehículo de respuestas concretas a la realidad social y a través de las cuales el rol profesional adquiera el significado buscado.

b) *Resolución de la alienación a nivel grupal.*

Las grandes dosis de tensión generadas en el sistema profesional alienado despiertan también, sin perjuicio de las formas individuales ya enumeradas, tipos de conductas colectivas que se institucionalizan dentro de la profesión adoptando la forma de *sub-comunidades profesionales*

endodirigidas. Estos grupos soslayan, característicamente, las demandas del medio social y centran toda su atención en el interés de la profesión y en la solución de su problemática interna antes de que en los de la sociedad global. Se trata de una especie de marginación respecto a la sociedad y de una adopción, por parte del grupo profesional, de una subcultura con fines propios, con alto grado de autonomía.

Estos grupos surgen cuando los trabajadores sociales no logran esclarecerse ni acerca del significado de lo que sucede en el ámbito profesional, no sobre el significado de su propia actividad dentro del contexto pseudomórfico, cuyas posibilidades de comprensión se les escapan de las manos o los trascienden. Y como la búsqueda del significado del rol es un imperativo básico del profesional y al no lograrlo por medio de un proceso dialéctico con la realidad circundante, tienden a desarrollar racionalizaciones por las que hacen depositarias del significado a fórmulas míticas, en un típico proceso de creación de pseudo-significados.

Esto, a la par de permitirle un alivio en el sentimiento de anomia y frustración individuales, aparta (protección escapista) al sistema endodirigido de esas demandas sociales que no acierta o no se anima a satisfacer.

Otro elemento, muy ligado al anterior, también propiciatorio de la formación de esos subgrupos dentro de la comunidad profesional total, es la circunstancia de que la profesión se maneja, en esas etapas de su institucionalización y como ya explicamos, con esquemas teórico-prácticos referidos a otras realidades.

Otro modo de resolución de la situación de alienación a nivel grupal y muy parecido al de las “comunidades endodirigidas”, es el de las “*comunidades ideologizadas*”. En estas, la situación no se supera con racionalizaciones del tipo de las mencionadas sino mediante la adhesión incondicional a determinadas ideologías que hacen referencias a “lo social” y las que, para el grupo, adquieren ribetes sacrales o de panacea de todos los males.

En este caso las tensiones se superan mediante la elaboración de modos de acción profesional que implican un análisis interpretativo de las tensiones estructurales. Mientras que en la comunidad endodirigida el material básico para las racionalizaciones es buscado dentro mismo de los límites de la comunidad profesional, en el caso de la comunidad ideologizada las racionalizaciones para el nucleamiento son provistas por marcos de valoración exógenos o ajenos a la comunidad profesional. Pero, en definitiva, ambas cumplen idénticas funciones de

autoprotección y significan formas de soslayar la problemática relevante que la profesión debería atender.

V-CONSIDERACIONES FINALES

Nos ha movido a la realización y publicación de este cuadro, la creciente necesidad de contar con un instrumento de interpretación o, más ajustadamente, de comprensión de la problemática que enfrenta el recién nacido Trabajo Social en nuestro medio.

Cuando elaboramos este trabajo no sabíamos hasta qué punto el esquema se ajustaría con plenitud a la situación de otros países latinoamericanos que no fueran la República Argentina. Pero una gira realizada recientemente por varias de las principales facultades de Trabajo Social de Latinoamérica nos permitió recoger el testimonio de que el mismo responde –en algunos casos con ligeras variantes de forma- a una realidad y a un proceso compartido.

Por último –y para retomar una vez más el pensamiento de Suárez, Aurelio y Rigal, de quienes tomamos el esquema de análisis- se hace necesario reiterar una vez más que mientras el sistema profesional no logre una clara conciencia de la situación alienada y alienante a la que los trabajadores sociales se

ven expuestos por el libre interjuego de los procesos que se han descrito a lo largo del capítulo y en la medida en que no se elaboren nuevos cursos de acción, será dificultoso que puedan contribuir con sus aportes al estallido de los procesos de concientización necesarios para el desencadenamiento de acciones de cambio DE estructuras, en los momentos en que la sociedad más necesita de ellos.

CAPITULO XIV

POLITICA Y TRABAJO SOCIAL

T. S. Norberto R. Alayón

Evidentemente este es un tema que requiere de mucho estudio y dedicación y que inclusive escapa a las posibilidades del autor; a pesar de lo intentaremos esbozar algunas ideas básicas para luego analizarlas y desarrollarlas con mayor profundidad en otra oportunidad.

Al parecer sería innecesario afirmar una vez más la urgente necesidad de contar en nuestro país con muchos y eficientes profesionales que interpreten al Trabajo Social como una disciplina de indiscutible seriedad científica, y con el profundo convencimiento de que se trata del instrumento necesario para el logro del bienestar social de individuos, grupos y comunidades.

¿SERVICIO SOCIAL COMO FIN O COMO MEDIO?

Analizaremos en principio esta dualidad, puesto que constituye uno de los pilares

fundamentales de la filosofía del Servicio Social.

Académicamente se pregona con insistencia sobre la utilización del Servicio Social como un fin en sí mismo y *nunca como medio de otros fines*; en la práctica suele a menudo no concretarse este postulado. Por el contrario, el Servicio Social es convertido, consciente o inconscientemente, en mero instrumento de divergentes y variadas creencias, que lo utilizan únicamente como medio para arribar al logro de sus fines específicos.

Cabe señalar que lógicamente ese inadecuado proceder —que tergiversa el único y verdadero sentido del Servicio Social— determina un incipiente desprestigio de esta disciplina, que se proyecta en un marco de mayor frustración hacia los profesionales que representan y ponen en práctica las técnicas y los métodos de la misma, es decir de los asistentes o trabajadores sociales.

La forma confusionista y perjudicial en que se pretende utilizar al Servicio Social, se debe — a nuestro entender— a dos razones fundamentales que mencionaremos a continuación:

1º) A que los asistentes o trabajadores sociales, únicos y legítimos profesionales del Servicio Social, transigen y aún, a veces, suelen colaborar en forma directa

con los grupos de personas o instituciones que utilizan (o meramente invocan su utilización) al Servicio Social como método que posibilitaría efectivamente la difusión de sus ideas, con la pretendida aspiración de que los “asistidos” internalicen los postulados religiosos, políticos o filosóficos que muy sutilmente o no, suelen predicar.

Debemos aclarar, para evitar posibles confusiones, que la afirmación precedente no expresa categóricamente que todos los grupos de personas o instituciones que se proyectan a los grupos o comunidades marginadas y/o subdesarrolladas pretenden indefectiblemente mal utilizar al Servicio Social, para lograr sus fines específicos. No, por suerte no siempre es así, pero sí se lo suele observar con cierta frecuencia.

2º) La segunda razón proviene de la mala formación que recibe los futuros asistentes o trabajadores sociales¹, los cuales al egresar no siempre ven con claridad el empleo que deben dar al Servicio Social en el contexto de las

¹ Ver artículo de NATALIO KISNERMAN: “Nuevas orientaciones para la formación de profesionales de Servicio Social”, No. 9. Buenos Aires, Febrero-Marzo 1967.

restantes disciplinas político-económico-sociales.

Como no han internalizado debidamente, durante su formación profesional, el decisivo y fundamental rol que le cabe desempeñar al Servicio Social, como instrumento por demás útil en todo proceso de desarrollo integral de individuos, grupos y comunidades, posibilitan, o aún más, permiten el avasallamiento de la peculiar y revolucionaria (en la más profunda concepción del vocablo) filosofía propia del Servicio Social, que no admite desde ningún punto de vista, "inclinaciones" hacia tal o cual tendencia, como así tampoco discriminaciones de ninguna índole.

SERVICIO SOCIAL Y PARTIDOS POLITICOS SU ESTRECHA RELACION

Anteriormente habíamos señalado la importancia de contar en nuestro medio con vigorosas instituciones donde el rol desempeñado por los trabajadores sociales posibilite una nueva y correcta aplicación del Trabajo Social modernamente concebido. Lógicamente, también anhelamos la existencia de esclarecidos y representativos partidos políticos, de probado interés

nacional, *único* interés que puede y debe guiarlos para que por medio de acciones mancomunadas y democráticas, posibiliten el ingreso masivo a los mismos de los distintos núcleos de la civilidad, a efectos de incorporarlos y comprometerlos con la etapa del proceso histórico, nacional o mundial, que les cabe vivir.

Del compromiso individual por parte de cada uno de los habitantes y ciudadanos de un país con la realidad, dificultades e inconvenientes de cualquier tipo y magnitud del quehacer nacional, en el cual todos participamos de una forma u otra –durante el lapso que transcurre entre nuestro nacimiento y muerte- surge la perfección de las comunidades, la perfección de las relaciones sociales, el desarrollo científico, técnico, cultural, económico, etc., en un marco de placentera convivencia por parte de todos los hombres, que agranda y plasma definitivamente el sentido de vivir plenamente, la acción de gozar y saborear el verdadero sentimiento de amor al prójimo. En síntesis, *la perfección de la vida misma* en un marco de correcta confraternidad con todos los hombres del mundo.

Parecería que en estos momentos deseáramos presentar el contenido del presente artículo en un tono romántico y poético, y hasta si se quiere idealista. No es

así, no se trata de una mera aspiración de dudosa creación, sino que es el planteamiento de la *forma de obtener el logro de esos postulados* que, en última instancia, constituyen parte de la propia filosofía del Servicio Social por medio de una consciente y activa participación de todos y cada uno de los habitantes para perfeccionar, en la medida de nuestras posibilidades, el momento histórico que nos toca vivir.

Cabe destacar que no consideramos la activa militancia de los individuos en los partidos políticos, sindicatos, cooperativas, etc. como la única manera de lograr un más rápido y mayor desarrollo.

Entendemos que existen o pueden existir otras, como por ejemplo el compromiso individual de los ciudadanos para con la sociedad, sin asociarse con otros individuos, aunque consideramos que esta segunda variante, es decir activa participación en colaboración estrecha con otros hombres, es la más apropiada, la que proporciona a los miembros participantes profundas y vitales vivencias de grupo, la posibilita una mayor y más rápida maduración, la que demuestra la mayor efectividad proveniente de la unión de los hombres. En definitiva: la forma más lógica de trabajo en pos del progreso, dadas las circunstancias que, como seres gregarios, poseen los hombres.

Ahora bien: ¿Cómo entendemos nosotros la estrecha vinculación existente entre el Servicio Social y los partidos políticos?

Simplemente, consideramos a la acción del Servicio Social como el paso previo de los individuos hacia su incorporación a los partidos políticos, la que a su vez constituirá una forma concreta de participación consciente de los mismos en el proceso de cambio de sus respectivos países.

Se puede percibir fácilmente y coincidir en principio en eso, que no todos, o más exactamente, la mayoría de los individuos no están desgraciadamente preparados ni mucho menos motivados para ingresar a los partidos políticos. Esto se debe, lamentablemente, a variadas e inclusive muy imbricadas causas, tales como: falta de una adecuada instrucción cívica en el adolescente; como consecuencia de lo anterior, desconocimiento, a veces casi total, de procedimientos electorales, formas de gobierno, atribuciones de los poderes públicos, normas jurídicas y proyectos de los parlamentarios, etc.; desprestigio de la política en general, como modo de acción que pudiera representar algo sumamente útil para la comunidad; desconfianza en la honorabilidad de los políticos cualquiera sea su procedencia partidaria, etc.

Todas estas causas disminuyen notoriamente la posibilidad de que los ciudadanos se sientan estimulados para comprender aunque más no sea, las más elementales acciones políticas, dando muestras en innumerable cantidad de casos – aún en intelectuales y profesionales de no escasa versación- de una supina ignorancia sobre la materia, que tan fundamentalmente importante es para el desarrollo de las naciones.

Consideramos que el desprestigio de la política, como acción socializante y desarrollista, está basado en parte en una masificada “racionalización”, que a maneras de típico mecanismo de defensa desarrollan los ciudadanos de un país tratando de ocultar su incapacidad, su pasividad, su conformismo y su falta de compromiso con la realidad del medio circundante.

Como resultado de esa racionalización abordamos a las sociedades individualizantes y por demás competitivas, donde la preocupación fundamental y tal vez única de sus habitantes es la de cuidar y preservar sus propios intereses, desligándose en forma total –y hasta a veces ahondando en su perjuicio- de los intereses del resto de sus connacionales.

Deseamos aclarar que no desconocemos la corrupción de la política y sus actores; sólo

que consideramos que ante este desgraciado hecho debemos todos colaborar activamente, con lo mejor de nosotros, para tratar de neutralizarlo y a la vez purificarlo, y no como es común, enquistarnos, no asumir nuestra responsabilidad de ciudadanos y delegar esa “ingrata” tarea en aquellos masoquistas, románticos o idealistas que todavía creen en “lo bueno”, los cuales en no pocas oportunidades, después de tantas frustraciones penetran también en la variante de la corrupción.

Hasta aquí nuestra actitud de defensa en cuanto a la importancia de la política como rectora de las restantes disciplinas y la activa incorporación de los ciudadanos a los partidos políticos.

Pasamos ahora a lo referente a la utilización del Servicio Social como paso previo y totalmente necesario hacia la toma de conciencia, por parte de los individuos subdesarrollados, material y mentalmente, de la fundamental gravitación de la política en el curso de los principales acontecimientos del país. La acción socializante y educativa del Servicio Social involucra también la motivación de las personas hacia su inmediata incorporación a asociaciones de evidente y fundamental utilidad social, como son (o deberían ser) los partidos políticos, los sindicatos, las cooperativas, etc.

Al ingresar los heterogéneos habitantes y ciudadanos a dichas asociaciones, inmediatamente se incorporan al proceso de evolución que atraviesa la propia institución y lo que es más importante, *colabora él* (el hombre que ingresa) en la medida de sus capacidades, en la búsqueda de esa evolución.

Y cuando lo logre, tarde o temprano, habrá participado directamente en ese proceso, será también parte de él el éxito logrado y ese individuo ya realizado, ya logrado como hombre por su acción comunitaria, percibirá en ese momento, en ese preciso instante, con profunda claridad la gran utilidad material y espiritual que depara el laborar indisolublemente unido a otros hombres, iguales a él, con sus mismos o parecidos problemas, en la búsqueda del bienestar colectivo, el cual a la vez asegurará el porvenir de sus propios hijos y de toda la nación, y por qué no, aún con exagerado idealismo, de todo el mundo.

Claro está que el individuo que ingresa a alguna de las mencionadas asociaciones y que posiblemente lo hace por primera vez, deberá luchar, deberá esforzarse sintiéndose en algún momento abatido por la difusa concreción del progreso; pero a medida que transcurre el tiempo, que el hombre va afianzando y se ahonda su sentimiento de

identificación con los fines de la institución estará seguro, aunque vislumbre complicado el futuro progreso, que lo logrará, tendrá confianza en su capacidad creadora, podrá asumir cualquier otra responsabilidad en cualquier otra asociación (lógicamente acorde a su capacidad); podrá hacerlo, porque estará definitiva e indefectiblemente ligado y comprometido con la realidad de su mundo circundante.

Le cabe a los profesionales de Servicio Social, a los asistentes o trabajadores sociales, *motivar* correctamente a los individuos con quienes trabaja para que se incorporen a dichas organizaciones sin olvidarse de la premisa fundamental, propia de la filosofía del Servicio Social, de no influir –y mucho menos aún inculcar– con su personal posición y aún militancia en determinada organización, en la que deberá ser una cabal y libre decisión tomada por el o los individuos que se intenta promover.

Difícil le resultará a los asistentes o trabajadores sociales esta tarea, hasta tanto no se logre a nivel de principio fundamental de la profesión una aceptación general de estos postulados. De todas maneras, la objetividad que les impone la rigurosa seriedad del propio Servicio Social, y la mística y la profunda convicción que ha de ser inherente a todo profesional, los ayudará a

colaborar efectivamente en la tarea de lograr un desarrollo armónico, integral y realmente humano e los individuos, grupos y comunidades.

Marzo de 1967.

ANEXO PARA EL “ABC”

I – INTRODUCCIÓN

En el mes de marzo de 1967 escribimos el anterior capítulo, que fuera publicado por la revista “Hoy en el Servicio Social”, No. 10-11, de junio del mismo año. La transcripción es prácticamente textual y no quisimos introducir nuevos aportes que modificaran lo expresado en esa oportunidad, a pesar de que varios conceptos necesitarían revisión; dejamos tal tarea para los lectores.

Muchas cosas han ocurrido sin duda alguna en el mundo y en el Trabajo Social en estos 3 años que han transcurrido desde la fecha de esa publicación.

Pródiga en todo tipo de acontecimientos nacionales, continentales y mundiales se ha mostrado la ya finalizada década del 60 del corriente siglo XX.

Hemos llegado a la Luna, pero aún no hemos llegado a nosotros.

En agosto de 1969, ante el requerimiento de una revista especializada, decíamos que no podemos disociar la llegada a la Luna de lo que ocurre diariamente en el mundo. No podemos ni debemos entonces dejar de pensar en Biafra, en Checoslovaquia, en

China, en Alemania, en Israel-Egipto, en Honduras-El Salvador, en Venezuela-Guyana, en Guyana-Surinam, en Nigeria, en Santo Domingo, en Irlanda, etc.

No podemos dejar de pensar en los regímenes de Nixon, Mao, Wilson, Breznev y Kosigin, Castro, etc., por mencionar sólo los más recordados en este momento. No podemos olvidar que hay mucha gente que sufre en este “humano” mundo. No podemos olvidar las inmensas cantidades de seres humanos que padecen hambre y no sólo de pan. Obsta destacar estas “humanidades”, que todos de una manera u otra queremos negar u olvidar.

No debemos dejar de recordar a Jan Palach, a Santiago Pampillón, a los Monjes inmolados, a Ernesto Guevara, a Camilo Torres. A todos los Pampillón y Torres que mueren día a día; a todos los Pampillón y Torres que morirán; a todos los Pampillón y Torres que, con distintas características y cualidades humanas, seguimos subsistiendo –aún a veces irremediamente muertos- en medio de una estructura que nos agobia, nos consume y nos absorbe.

Esta alienante estructura –que no es privativa de uno u otro país sino que está generalizada en todo el mundo, aunque con disímiles características- es la más difícil de destruir. Y es la más difícil porque la hemos

construido nosotros –los hombres- y para erradicarla debemos autodestruirnos, o para ser eufemistas, autocambiarnos profundamente.

Desgraciadamente nos cuesta mucho convencernos de que estamos “enfermos”, y sin ese convencimiento es casi seguro que no nos “curaremos”.

Finalizábamos diciendo, que sólo cuando el hombre logre para sí amor, paz y libertad, logrará arribar a otros planetas con inconfundibles signos de evolución profunda, y no con un vacío éxito técnico cimentado en el sufrimiento, en la ausencia de esperanza, en el hambre y en la muerte de millones de hermanos del mundo entero.

Muchas voces de protesta se han alzado contra este estado de cosas. Muchas voces de protesta han caído. ¡Que otras gargantas con renovados ímpetus y anhelos hagan oír su inquebrantable voz en pro del mejoramiento del mundo!

Un compositor e intérprete venezolano, Alí Primera, exalta en sus canciones la necesidad de cambio, consideradas por muchos, sin duda, como subversivas y atentatorias contra el “statu-quo”. No es el único por cierto, pero nos parecen apropiados a los fines de esta modesta nota los siguientes párrafos extractados de algunas de sus composiciones: “Humanidad, humanidad;

hay motivos de alegría, pero de tristeza hay muchos más”. “¡No, no!, no basta rezar; hacen falta muchas cosas para conseguir la paz”. “Y rezan de buena fe y rezan de corazón, pero también reza el piloto cuando monta en el avión para ir a bombardear a los niños de Vietnam”. “Reza el rico, reza el amo y te maltratan al peón”. Deseamos, por favor, que no se asocie el párrafo de Vietnam con ninguna ideología política; no sólo en Vietnam se mueren los niños.

El pensar popular, simple y profundo, muchas veces golpea en las puertas de nuestro pretendido intelectulismo. Muchas veces se desangran sus nudillos sin que las puertas se abran. Muchos nos sentimos más tranquilos y seguros con la puerta cerrada, olvidándonos que las puertas aún con buenas cerraduras indefectiblemente habrán de ser violentamente derrumbadas, si no las abrimos a tiempo.

El destacado profesor Ander- Egg hace referencia a los expertos que “aman más sus documentos e investigaciones que hablan del hambre y la miseria, que a los hombres que sufren ese hambre y esa miseria”¹.

¹ ANDER-EGG, EZEQUIEL: “Promoción Humana y Servicio Social – Responsabilidades de los Cristianos”, pág. 15. Instituto Venezolano de Acción Comunitaria. Venezuela, 1967.

Claro que muchos se podrán preguntar –y tal vez con razón- ¿qué tiene que ver todo lo anterior con el tema de política y Trabajo Social? Nosotros humildemente pensamos que tiene mucho que ver y está estrechamente relacionado, aunque no descartamos la posibilidad de que inconscientemente nos hayamos evadido un poco del tema, porque en nuestro país (la República Argentina) en este momento no existen Partidos Políticos.

A lo señalado por Ander-Egg –y entrando ya a la especificidad del tema- sobre la percepción de los profesionales de Servicio Social como “químicamente puros, incoloros, indoloros e insípidos”², deseamos agregar o expresado por el profesor uruguayo de Ciencia Política, Julio Barreiro, sobre la despolitización de los técnicos.

“La despolitización de las masas es buscada por todos los caminos, y aunque se la confunda con el vacío ideológico, concurre a los fines perseguidos por los desarrollistas. Dentro de este proceso el aspecto quizá más triste es el de la peligrosa alienación de los intelectuales especialmente entre las nuevas generaciones. La aparición del técnico y de

² ANDER-EGG, EZEQUIEL: “Servicio Social para una nueva época”. Buenos Aires. Edit. Humanitas, 1967, pág. 73.

las nuevas ciencias es el signo más evidente. Técnicos en “relaciones públicas” o en “productividad” o en “dirección de empresas” o en “desarrollo” o en “relaciones humanas”, etc., etc., son especies de esta nueva alienación. El intelectual comienza por someterse a una necesaria despolitización, para “seguir viviendo”, preferiblemente a nivel de “manager”; sus opiniones políticas –si es que las llega a tener- las expresa en reuniones íntimas; y entra en el juego con la alegría que puede traerle una propiedad en Punta del Este o un coche americano a su disposición. Lo demás “no lo arregla nadie...” Y, sin embargo, señalar los males del desarrollismo así concebido, no significa desconocer el valor de la tecnología para el triunfo de las ideologías de cambio³.

Deseamos consignar algunas opiniones vertidas en el año 1966 en una monografía de graduación (que no fue aprobada), y que consideramos pueden tener aún algo de vigencia, pese al tiempo transcurrido y al carácter de alumno que en ese momento tenía quien las redactó.

Expresábamos que dada la crítica situación que en todo orden viene sobrellevando nuestro país (Argentina),

³ BARREIRO, JULIO: “Ideología y cambios sociales”. Montevideo, Uruguay. Ed. Alfa, 1966, pág. 132.

resulta imprescindible –y con características de urgencia- la aplicación dentro de la política nacional de la científica disciplina conocida con el nombre de Servicio Social. La importancia de su utilización radica en que éste (el S.S.) por medio de sus métodos específicos tiende efectivamente a provocar un maduro desarrollo psico-social de los individuos, a demostrar la fuerza revolucionaria que emana de la utilización de la democracia en cualquier aspecto o acción social; a despertar o intensificar en los hombres el placer y el bienestar mental que proporciona todas aquellas acciones –pequeñas o grandes- cargadas de un profundo sentimiento de comunidad (hoy ya casi olvidado cuando no tergiversado), que logran ennoblecerlos a sí mismos; a propiciar condiciones favorables que permitan vivir en vez de subsistir, etc.

En los políticos gobernantes resulta vital, por su directa gravitación en el desarrollo del país, que posean y apliquen –en total congruencia con el grado de idoneidad requerido a sus funciones- los principios filosóficos del Servicio Social, que si bien no son propios ni exclusivos, constituyen la base de dicha profesión.

El Servicio Social, científicamente concebido, debe formar parte inseparable en la política de cualquier nación, y éstas a su

vez, no pueden prescindir de tan valiosa colaboración en la planificación y puesta en marcha de toda política integral, cuyo fin debe ser la evolución armónica y progresiva del ser humano como tal.

La política como “arte de gobernar” debe munirse de todos aquellos elementos de que disponen las distintas disciplinas, para poder cumplir adecuadamente su cometido; y es el Servicio Social precisamente una de esas disciplinas que a través de una acción netamente pragmática tiende a acelerar el proceso de cambio por medio del desarrollo integral y profundo de individuos, grupos y comunidades.

Tal vez sea necesario clarificar que cuando hablamos de Servicio Social, nos referimos a aquella disciplina que se ha separado definitivamente de las acciones puramente asistenciales y/o benéficas; que ya no desea más provocar el desarrollo de los individuos, grupos y comunidades asumiendo actitudes paternalistas, sean éstas de fácil percepción o no; que vio, y verá continuamente la necesidad de incorporar más y más elementos científicos de todas las disciplinas, para complementar su polifacética labor y permitir así un efectivo rendimiento.

“Concientizar a las grandes masas, a las cuales la frustración política y la burocracia gremial han impedido y siguen impidiendo ser

los protagonistas del proceso de cambio que el país (se refiere a Argentina) vive, es una tarea específica del Servicio Social profesional, porque él tiene las técnicas, los grandes métodos, la formas de hacerlo”⁴.

Lo manifestado precedentemente por el profesor Luis Roggi explica perfectamente los efectos nocivos de la aplicación de una inadecuada política, debiendo intervenir el Servicio Social tratando de solucionar el problema que se ha creado, o comparativamente tratar de tapar la peligrosa brecha que ha abierto la utilización de una incorrecta o rudimentaria política. Este gravísimo error hubiese sido omitido de haber existido el conocimiento de la utilidad que puede deparar el Servicio Social, ya que lo hubieran empleado anteriormente, con otras variantes, y no tener luego que recurrir a él para recuperar o subsanar lo que antes se desestimó.

Sin negar la influencia de otras variables en la situación comentada, este ejemplo nos permite observar claramente el porqué el Servicio Social y la Política debe laborar inseparablemente para lograr sus objetivos,

⁴ ROGGI, LUIS O.: “Servicio Social y Planificación Social en Argentina 64”, en Revista “Hoy en el Servicio Social”, No. 1. Buenos Aires – Barreix-Carrasco y Cía. Diciembre 1964-Enero 1965, pág. 4.

es decir "...el desarrollo y la transformación de la sociedad humana".

II – PARTICIPACION DEL SERVICIO SOCIALEN LA POLITICA DE UNA NACION

“Nuestra sociedad está estructurada sobre una base elástica; lo que quiere decir que ninguna prueba objetiva, sino las fuerzas irracionales de concurrencia y de lucha social, deciden el lugar y la función del individuo en sociedad. El poder en la vida nacional e internacional es realizado a través de la lucha, en sí mismo irracional, en que la casualidad juega una parte importante. Estas fuerzas irracionales de la sociedad forman aquella esfera de la vida social que permanece desorganizada e irracionalizada, y en la que el comportamiento y la política han llegado a ser necesarias. Las dos fuentes principales de irracionalismo en la estructura social (la concurrencia anárquica y el dominio por medio de la fuerza) constituyen el reino de la vida que se halla todavía desorganizado y

donde la política se muestra como necesaria”⁵.

Aparentemente lo anterior se refiere exclusivamente a “política”, enunciando el autor los elementos irracionales que intervienen en la estructura social, ante la falta de aplicación de una organizada política. Precisamente aquí, cuando se quiera adoptar una adecuada política, irrumpe el Servicio Social con toda su técnica, con todos sus métodos.

Cuando se pretenda afirmar esa “base elástica” deberá intervenir el Servicio Social – conjuntamente con otras disciplinas- para orientar y determinar cuál deberá ser la “función del individuo en sociedad”; para posibilitar una armónica transición de esos individuos, grupos y comunidades que vivieron la totalidad de su vida prácticamente bajo una anarquía política, social, económica y moral y librados a las contingencias azarosas que les deparase el destino de cada uno; para transformar la irracionalidad de las acciones políticas, en acciones científicamente concebidas y planificadas, que agilizarán notablemente el proceso de cambio de nuestra anacrónica sociedad.

⁵ CÁRDENAS, GONZALO H.: Ficha del Centro de Estudiantes Trabajadores Sociales del Instituto de Servicio Social (Cap. Federal), 1965, pág. 6.

No podemos, ya en la actualidad, desestimar más los factores sociales y humanos, puesto que constituyen la base virtual de la evolución integral y justa de la humanidad.

Estamos acostumbrados a que nuestros gobiernos nos abrumen con variados planes de desarrollo en las distintas esferas, generalmente inconexos y de dudosa concreción por diversas causales. Debemos explicarles, los profesionales de Servicio Social, ya que conocemos todo lo difícil, arduo y desgarrante (aunque también gratificante) que es trabajar con el elemento humano; que conocemos lo imbricadas, complejas e inseparables que son las distintas instituciones que componen la estructura social; que conocemos las conductas desidiosas y altamente negativas de los miembros de toda sociedad, cuando ésta no les brinda un mínimo de seguridad, cuando ésta se maneja con un esquema de "laissez faire, laissez passer"; que conocemos todo aquello que como disciplina integral y polivalente nos enseña el Servicio Social, debemos explicarles que también los planes de desarrollo deben ser integrales, que deben abarcar todas las esferas; que no se pueden circunscribir a lo económico dejando de lado lo educativo y lo sanitario, o lo político y lo familiar. Los planes de desarrollo deben ser

inexorablemente encarados en nuestra América latina con método científico, que permita que el mismo sea armónico e integral; y es aquí donde el Servicio Social deberá participar activamente, desempeñando un rol sumamente importante y difícil en el logro de dichos objetivos.

Paulatinamente, y a medida que sus profesionales se propongan seriamente a lograrlo, el Servicio Social ampliará su campo de acción, se desprestigiarán por la utilidad demostrada sus métodos específicos; incorporará el sólido nivel científico que le exige la época actual, cambiará sus modalidades de acción, se incorporarán nuevas técnicas; y entonces en ese maduro momento, ya nadie dudará –ni aún los más legos- de la relación Política-Servicio Social ni de la influencia de éste sobre aquella, como así tampoco de la imprescindible interrelación entre ambas actividades.

Marcel Prelot expresa: “La política ocupa prácticamente la cúspide de la jerarquía, porque su objeto, la Ciudad-estado, engloba toda la organización social”. Luego agrega: “la política domina teóricamente a las otras ciencias, porque regula todas las actividades humanas”⁶. Harold J. Laski afirma: “El Estado

⁶ PRELOT, MARCEL: “La Ciencia Política”, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, pág. 18.

es, de esta suerte, un modo de regular la conducta humana”⁷.

Prescindiendo de analizar si son estrictamente ciertas las afirmaciones precedentes de ambos autores, se destaca a simple vista la gran importancia que tiene el Estado y/o la Política en la evolución armónica e integral de los pueblos. ¿No es lógico pensar, entonces, que para lograr esa evolución, la Política necesita imprescindiblemente de un Servicio Social polivalente, adecuado a nuestra realidad y científicamente concebido, y como tal instrumentado?

La acción del Servicio Social, como disciplina técnico-científica, deber ser irradiada a todos los niveles de la sociedad, es decir enfocada hacia la estructura social en su totalidad. Ya veremos el día en que prácticamente todas las instituciones emplearán el Servicio Social (no los “Servicios Sociales”) para arribar al logro de sus objetivos en forma más cabal, profunda y fundamentalmente humana.

¿Cómo es posible entonces que no nos aboquemos a introducir, en sus variadas formas, y lo más urgentemente posible al

⁷ LASKI, HAROLD J.: “Introducción a la Política”, Buenos Aires. Ediciones Siglo Veinte (Colección Panorama / 1), 1960, pág. 7.

Servicio Social en la macro estructura política de los Estados? Debe a la vez el Servicio Social mostrarse y autopromocionarse (aunque no demagógicamente) en su capacidad de acelerar el incipiente proceso de bienestar social y humano, por el que están atravesando los distintos países.

Finalmente cabe aclarar que no se propicia la incorporación del Servicio Social a la Política nacional, provisional o municipal, como la “panacea” que no solucionará inmediatamente todos los males existentes, sino que se considera de importancia vital para tecnificar, humanizar y asegurar por medio de sus métodos una efectiva aplicación de las acciones políticas.

III - INTERNALIZACIÓN POR PARTE DE LOS POLITICOS GOBERNANTES DE LOS PRINCIPIOS FILOSÓFICOS DEL SERVICIO SOCIAL

El Servicio Social es un proceso revolucionario, el cual imbuido de una profunda justicia social y humana, tiende a acelerar o bien recién iniciar –por medio de métodos y técnicas específicas- la evolución integral y fecunda de los pueblos.

Para poder poner en práctica en forma efectiva el contenido de lo expuesto

anteriormente, el profesional de Servicio Social tiene que adquirir antes que cualquier conocimiento o técnica, la calidad de ser HOMBRE. Suele denominarse así a aquella especie animal que se diferencia en forma notable de los demás seres que habitan el mundo, por su elevada capacidad de raciocinio e inteligencia; aunque eso sólo no bastaría para atribuirle semejante título.

El ser humano debe utilizar inteligentemente esas inmensas potencialidades que le brinda su propia naturaleza, aunque por lo común suele desaprovecharlas. ¿Cómo es posible que nuestras entrañas no vibren ante las desgarrantes injusticias que se cometen día a día con otros pueblos del mundo todo, cuyos integrantes son –a pesar de las diferencias raciales y/o religiosas- exactamente iguales a nosotros, tienden a realizar las mismas acciones y tienen los mismos derechos, obligaciones y deberes ante la vida?

Gran cantidad de comunidades, pequeñas y grandes, están inmersas en un subdesarrollo moral, material y humano. El resto de los hombres contemplamos impávidos o casi impávidos esa situación infrahumana en la que subsisten aquellos a quienes paradójicamente llamamos “nuestros hermanos”. Arrojamus lejos, muy lejos, la idea de que nosotros podamos ser –directa o

indirectamente- los causantes de la desgracia ajena, ya sea porque la provocamos de una forma u otra o bien porque ni siquiera intentamos, muchas veces pudiendo, solucionar los problemas de otros seres humanos.

Esta “máquina” compleja y monstruosa, que nos condiciona y nos determina, de la que dependemos directamente y de la cual a la vez formamos parte; esta “máquina” que denominaremos Mundo está indudablemente construida por hombres (aquellos que describimos anteriormente), pero no, por cierto, por los verdaderos HOMBRES, que creemos el instrumento imprescindible para llevar a la práctica el Servicio Social en concordancia a las terribles exigencias de la realidad actual.

Un Servicio social que se crea y se recrea tratando de despertar ese olvidado o nunca conocido sentimiento de comunidad que debe obnubilar de gozo el cerebro de cada ser humano; tratando de desenmarañar la realidad de la vida; tratando de iguala a todos los habitantes del mundo; tratando de inculcar en todos y cada uno de los hombres el verdadero y único sentido de la justicia y la libertad creadora.

De ahí que ese proceso sea eminentemente revolucionario. De ahí que muchos –consciente o inconscientemente- se

opongan a él y a sus implicancias de igualdad y fraternidad. De ahí que los profesionales de Servicio Social deben ser antes que nada HOMBRES.

Ahora bien, ¿qué relación tiene lo expresado anteriormente con los políticos?

La relación existente es de vital importancia, puesto que los políticos, por su directa gravitación en el desarrollo de un país, también habrán de ser –al igual que los profesionales de Servicio Social- antes que nada HOMBRES, única forma de que puedan provocar un real desarrollo integral y humano de los pueblos.

Lo anterior no excluye, por supuesto, la necesidades de que los restantes componentes de la sociedad también posean esas aptitudes, pero mal las podrán poseer o bien se les atrofiarán, si sus gobernantes no las inculcan y promocionan, ni se constituyen en ejemplo digno de imitación.

Pero los políticos, ¿poseen esas aptitudes que nosotros resumimos en la palabra HOMBRE?

En 1948 alguien manifestó: “Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie; y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria,

disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias”⁸. Han transcurrido ya casi 18 años (a la fecha de escribirse estos apuntes) desde la época en que fue pronunciado. Es de suponer que en 18 años ese postulado debería haber concretado o hallarse en los últimos pasos de su concreción, ¿o fue la afirmación de un filósofo o un idealista desajustado de la realidad?

Dicha afirmación constituye el segundo párrafo del Preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948.

Constituye, lo anterior, un ejemplo simple pero esclarecedor de cómo los dirigentes y los gobiernos “discursean” constantemente sobre libertad, sobre democracia, sobre derechos humanos, sobre bienestar social, sobre dignidad y patriotismo, etc., etc., y posteriormente no lo cumplen.

Valentina Maidagán de Ugarte refiriéndose a la relación existente entre Relaciones Humanas y Servicio Social cita un párrafo (que se adecua al tema del presente trabajo) de Francis Baud en el que expresa lo siguiente: “Desde hace dos mil años se predica a los hombres: >>Amaos los unos con

⁸ NACIONES UNIDAS: Declaración Universal de Derechos Humanos, 1948.

los otros<<. El día en que decidamos poner en práctica este consejo, ya no será necesario hablar de las relaciones humanas: los hombres habrán cesado de vivir como lobos”⁹.

Ha llegado el impostergable momento en que los políticos deben tomar conciencia de la enorme responsabilidad de su función, puesto que son, y como tal deben actuar (y no sólo decirlo), los representantes “del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Les cabe a los políticos, y desde ya a los trabajadores sociales, hacer una profunda reflexión sobre estos aspectos, que suelen provocar hilaridad cuando se los menciona, debido a que su utilización se ha generalizado y se toma por ende como algo común. No pueden, ni deben continuar con la desidiosa situación actual, la cual visiblemente produce una profunda frustración humana en todos los sectores de la comunidad.

En dicha reflexión se debe analizar los métodos y las técnicas empleadas (si son útiles, si son justas), y sobre todo la postura personal y profesional ante la realidad de la vida. Esta revisión de su acción es vital en lo político, porque también es sumamente

⁹ BAUD, FRANCIS, citado por VALENTINA MAIDAGÁN DE UGARTE, en Revista “Hoy en el Servicio Social”, No. 3. Buenos Aires, pág. 16.

importante su influencia en la evolución de la sociedad.

La humildad, sin duda, es también uno de los elementos máspreciados e imprescindibles en este batallar de la Política y el Servicio Social. Debemos adecuarnos, sin por ello sentirnos disminuidos, a lo manifestado por el filósofo argentino Alejandro Korn: “Si dentro de la nueva generación pudiera distinguir al predestinado, sonriente me inclinaría a ajustarle el cordón de las sandalias para que emprenda la marcha victoriosa”.

Entendemos que los políticos, al igual que los trabajadores sociales, deben hallarse estrictamente encuadrados en la conceptualización que a los fines del presente trabajo, se designó como HOMBRES. Será la mejor y única manera de iniciar la construcción de un mundo mejor, por cuanto el cambio de actitud habrá de lograrse individualmente para luego proyectarse comunitariamente.

IV – MILITANCIA POLITICA DE LOS TRABAJADORES SOCIALES

Definiendo a la Política como “el arte de gobernar y dar leyes conducentes a asegurar la buena marcha del Estado y la tranquilidad y

el bienestar de los ciudadanos”, se puede observar lo siguiente:

Por un lado necesita el político poseer aquella capacidad inherente al cargo que desempeña, puesto que no puede “asegurar la buena marcha del Estado” careciendo de idoneidad; y a la vez necesita poseer en grado sumo esos principios éticos y humanos y realizar acciones por demás justas a la vez que humildes, para ser reconocido como HOMBRE, y entonces recién político, lograr por medio de una inteligente acción el desarrollo armónico de las comunidades y por ende “el bienestar de los ciudadanos”.

Ante esta elaboración de lo que debería ser un verdadero político, nadie se sentiría incómodo de militar políticamente, ni mucho menos de que fuese reconocido como tal. O más aún, se abstendrían de utilizar (como es corriente y hasta a veces justo) el vocablo Política o político como antítesis de lo correcto y lo bueno.

¿Cuál es la posición más cómoda de ciudadano común e inclusive de los intelectuales ante el acontecer defectuoso, turbio y nocivo de la política diaria, de una determinada comunidad, de una provincia o de una nación? Se suele observar que los ciudadanos tienden a retrotraerse, a marginarse de ese fundamental tema, a

mostrarse indiferentes, a usar la “política del no te metás”.

Esto es sumamente peligroso y determina –según su magnitud- el plazo fijo de la involución de los pueblos. Recordemos al pasar, que es objetivo fundamental del Servicio Social lograr precisamente lo contrario, es decir la evolución de las comunidades.

Ahora bien, esas conductas son asumidas por una abrumadora mayoría de individuos, y lo que es peor las transmiten e insertan en sus propios hijos, quienes continúan con la aparente interminable “cadena”. ¿Cómo cortamos esa cadena? Esa es la ardua, difícil, desalentadora y a la vez valiente tarea que les cabe realizar a los verdaderos políticos y a los trabajadores sociales, como agentes de cambio, como así también a aquellos ciudadanos corrientes que habiendo vivenciado el problema, vislumbran en esa acción, la solución al mismo.

Parece inalcanzable, o sólo de idealistas, esa pretendida acción de querer concientizar al pueblo en cuanto a la posible existencia de una verdadera y justa política; en cuanto a la necesidad de una honesta y útil militancia política por parte de todos los ciudadanos; en cuanto a la postura de que todo es perfectible y que debemos esforzarnos en volcar, sin temor, todas nuestras potencialidades para

lograrlo, y no esperar a que otros –bien o mal– lo hagan. Sólo luchando, en una concepción profunda del vocablo, se logrará el advenimiento de un mundo justo, humano y feliz, que permitirá a nuestros descendientes vivir plenamente en vez de subsistir. “Muy pocos dicen: quiero ser como Dante; todos exclaman: ¡quién fuera como Dante, como Shakespeare, como Sarmiento!”¹¹; frase ésta del poeta argentino Almafuerde que sintetiza con precisión lo expuesto en párrafos anteriores.

¿No les cabe entonces a los trabajadores sociales, como hombres y profesionales de Servicio Social, participar activamente en este proceso de politización (sin demagogia, ni proselitismo) de todos los ciudadanos?

¿No les cabe entonces a los trabajadores sociales, como reales agentes de cambio, militar políticamente en sus respectivos partidos, a fin de acelerar en lo técnico y en lo humano, ese múltiple y complejo proceso de evolución del que se hablara precedentemente?

En absoluto sería incompatible esa militancia política (como no lo es tampoco para ninguna otra profesión) con sus específicas funciones profesionales, ya que

¹¹ ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios): “Obras Completas”. Buenos Aires. Edit. Claridad, pág. 48.

los roles se separarían totalmente; es decir continuaría la clarificación en cuanto a la importancia y necesidad de la politización de todos los individuos, pero nunca utilizar su capacidad, sus técnicas y sus métodos para promocionar adeptos de su facción política o para engrosar las filas del partido al cual él pertenece.

No deben los profesionales de Servicio Social desestimar o negar este vital enfoque para su profesión. En esta concepción de ver totalmente interrelacionado el Servicio Social con la Política en todas sus facetas, se deberá combatir principalmente el tabú existente sobre el tema, y se deberá a la vez investigar científicamente las implicancias de dicha utilización. Ello tal vez posibilite la aparición de una nueva etapa, con sus correspondientes nuevos enfoques, para este Servicio Social dinámico, polivalente y aún no prestigiado.

Es evidente que en las expresiones y conceptos anteriores se observa la existencia de ciertos juicios de valor no fehacientemente comprobados, como así también algunas afirmaciones “emocionales”, propias de la agresividad o del idealismo juvenil. Observamos, asimismo, la desactualización de algunas opiniones, optándose igualmente por su inclusión –aún a riesgo de desmerecer la escasa calidad del trabajo- por cuanto

consideramos que las modificaciones parciales y posteriores (y se necesitarían varias) truncarían la continuidad e hilación de lo escrito en esa oportunidad. Los criterios meramente “desarrollistas” y aún algunos de ajuste al medio, no deben ser considerados como válidos por el lector actual.

Coincidimos con lo manifestado en las “Conclusiones” de esos apuntes, en lo referente a que se trata de un tema escasamente comentado y ello en cierta medida nos alentó a incluir tales opiniones en el presente trabajo.

Nos parece un aspecto vital para el Trabajo Social el poder lograr su anclaje político, y reiteramos entonces que vemos todo lo consignado, como los primeros y dudosos pasos sobre un tema que muy sinceramente esperamos sirva de estímulo para nuevos aportes de otros trabajadores sociales, ya sea en la complementación, confirmación o refutación de todas y cada una de las opiniones vertidas.

V – CONSIDERACIONES FINALES

Transcribiremos a continuación las Conclusiones del Seminario Regional Latinoamericano sobre Problemas de la

Juventud, realizado en Buenos Aires en el mes de mayo del corriente año 1970, y en donde participaron representantes de Bolivia, Perú, Uruguay y Argentina.

“Los sectores más representativos de nuestra juventud se distinguen por su identificación con la realidad en que viven y su compromiso con la misma. Reconocen como valores fundamentales el respeto a la dignidad de la persona humana y su derecho a autodeterminarse, la verdad, la justicia, el amor y la paz.

Es connatural a la juventud de todos los tiempos la rebeldía; la de nuestros días se rebela especialmente contra la injusticia.

En nuestra sociedad la injusticia está institucionalizada en las estructuras vigentes que impiden al hombre su plena realización, individual y social. Por ello reclaman un cambio profundo e integral de las mismas, que haga posible la construcción de una nueva sociedad.

La juventud considera que este cambio es impostergable, y desea que se logre por medios no violentos. Pero la incapacidad o inoperancia, la indiferencia u oposición de los adultos que tienen poder de decisión e impiden el cambio, bloquean la posibilidad de alcanzarlo por medios pacíficos. Así, éstos se constituyen en factores desencadenantes de violencia y en responsables de la misma. Y

mientras esta violencia se reprime como ilegítima, la injusticia institucionalizada, que es una forma de violencia, es legalmente tolerada.

Los jóvenes que son un grupo representativo dentro de este proceso de cambio esperan de los adultos que comparten sus ideales, una urgente y activa definición, que asuman su rol específico y les ofrezcan modelos con los que puedan solidarizarse.

No podemos dejar de señalar que hay importantes sectores juveniles aparentemente ajenos a este compromiso. Son aquellos que al estar limitados en su libertad, especialmente por factores económicos, se ven obligados a adoptar una actitud conformista que desaparece en determinadas circunstancias liberando una incontrolable violencia.

Y también aquellos que, por la situación de desamparo casi total en que viven, expuestos a enfermedades endémicas, con posibilidades prácticamente nulas de educación, sin trabajo, o injustamente retribuidos en la comercialización de los frutos de la tierra, se hallan disminuidos en su capacidad para enfrentar la vida. Y muchas veces, obligados a emigrar y absorbidos por las grandes ciudades que completan el proceso de su despersonalización, carecen también de la capacidad para reaccionar”.

Un grupo de jóvenes latinoamericanos clausura un Seminario sobre Problemas de la Juventud con tan lacerantes y tremendamente veraces conclusiones. Hasta parece increíble que en un sistema netamente “occidentiano y cristal” se pueden expresar tales opiniones. No nos quejamos, pues, de las incongruencias y de las grietas que presenta el orden imperante; dediquémonos sí con habilidad y valentía a utilizarlas y explotarlas en pro de un mundo mejor.

Para esas conclusiones necesitamos urgentemente reconceptualizar el Trabajo Social Latinoamericano. Si nos mostramos reticentes, indecisos y/o cobardes, retardaremos injustamente el cambio que tanto necesitamos; e indirectamente colaboraremos también en la muerte de niños por hambre, en la muerte de hombres que sin llegar a saber por qué deben perecer en la guerra. Colaboraremos, sin duda, en nuestra propia muerte.

Necesitamos todos y en forma mancomunada elevar nuestro frustrado sentido de humanidad; interpretar con certeza nuestra cruel realidad; y seleccionar, en consecuencia, las acciones más viables —de acuerdo a cada situación en particular— tendientes a nuestro perfeccionamiento y logro como verdaderos hombres, y no comparativamente como ratas de basural que

deambulan y clavan insistentemente sus dientes sobre una sociedad ya putrefacta.

Luchar por ello (contra nosotros mismos primero) y posibilitar a otras personas para que se aboquen a lo mismo, nos vislumbrará el advenimiento –cercano o remoto- de ese nuevo mundo que queremos. De ese nuevo mundo que no sabemos con total claridad cómo lo queremos; pero que sí indefectiblemente sabemos que no tendrá que ser como el actual.

CAPÍTULO XV

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

A. S. Ethel G. Cassineri

I - INTRODUCCION

Hemos dejado para el final, el comienzo de una reflexión: la reflexión sobre “el mundo en que vivimos”.

Un autor “lógico” habría comenzado el libre con la reflexión y lo habría terminado con lo que nosotros hemos colocado antes de este capítulo. Quizás los dos términos (“autor” y “lógico”) sean expresiones demasiado pretensiosas para ser aplicadas a nosotros (aunque esto no quiere decir que no figure en nuestras aspiraciones llegar –algún día- a serlo: “autores” y “lógicos”).

Pero como de toda situación o estado –por imperfecto que el mismo sea- siempre es posible sacar alguna utilidad (instancia didáctica del aprendizaje dinámico) vamos a tratar de volver –en lo que sea posible- un poco útil nuestra “ilogicidad” de “pretendidos autores”.

Si hubiéramos comenzado esta recopilación con las reflexiones de este su

último capítulo, los restantes habrían constituido “nuestras” interpretaciones y “nuestras” respuestas a esas reflexiones. Por ese camino, habríamos terminado el libro con un capítulo alegre, autogratificante (para nosotros y para el Trabajo Social latinoamericano).

Al haber invertido el orden comenzamos con capítulo y capítulos de abundante –y, hasta quizás, en algunos párrafos muy bien escrito- palabrerío acerca de nuestro quehacer profesional y ahora...llegamos a sus últimas páginas con estas –para nosotros- punzantes reflexiones sobre este no menos punzante “mundo en que vivimos”.

Para qué sirve lo anterior sí, mientras tanto, continúa con acentuada vigencia lo que escribimos en las páginas siguientes esa nuestra realidad actual, cotidiana, inmediata, concreta. ¿Para qué sirve lo anterior si no sirve para que *lo que ES*, deje de SER? Si no sirve para eso no servirá nada nada...

II – EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

El mundo en que vivimos nos sugiere inquietantes preguntas (que con frecuencia nos golpean con toda la fuerza de la impotencia) y que podemos hallarlas, desgraciadamente, en los titulares de cualquier periódico, en la tarea diaria, en la

sencilla postura de callarnos y de ponernos a pensar.

Pero, por de pronto, encontramos con harta facilidad un *mundo natural* que *usamos* para vivir y en el que *acontecen* todos esos actos (actos y obras humanas) que no comprendemos, que no justificamos y ante los cuales nos sentimos impotentes, confusos y lacerados, aunque esto último es de segunda importancia.

No nos referiremos a aspectos que todos tenemos muy presentes en el panorama del *acontecer* y del *devenir* del mundo tales como la explosión demográfica, las revoluciones técnicas y científicas y sus consecuencias, el problema del hambre, la revolución de las expectativas crecientes...

Todo ello conforma *la visión del mundo en que vivimos*. Pero nos interrogaremos aquí sólo en función de otro objetivo: YO-TU-NOSOTROS frente a ELLOS.

“Para el hombre, el mundo tiene dos aspectos en conformidad con la dualidad de las palabras fundamentales que pronuncia: “YO-TU”, que no significan cosas sino que señalan relaciones; que no indican algo que puede existir independientemente de ellas, sino que una vez pronunciadas, una vez dichas, dan lugar a la existencia” (Martín Buber: “Yo-Tú”).

Existencia en el mundo de un hombre que –como ha dicho alguien- “aparece aletargado al dolor y al sufrimiento de millones de sus congéneres y que, aunque pueda ‘volar’ no se ha movido un milímetro hacia la comprensión crítica de esa situación” y lo que es peor, ha perdido en algún lugar y hace mucho tiempo lo que debería ser la “razón” de su existencia: *la capacidad de AMAR*.

Y que no se tome esto como valoración “a priori”, sino que cada uno lo indague dentro suyo.

Saber, contactarlo, tenerlo presente en todo momento y no actuar en consecuencia, aparte de ser una actitud “inmoral y cobarde” (como la define el Dr. Ezequiel Ander-Egg) plantea la pregunta lacerante: ¿Indiferencia?, ¿cobardía?, ¿conformismo?, ¿letargo?...Y se hace muy difícil...Y hasta inhibe la propia actitud, por sentir que se está repitiendo algo visto, vivido y valorado hasta el hartazgo. La realidad de un mundo desajustado, dado vuelta, de espalda a los reales valores. Valores que, al mencionarlos, debemos aclarar, que nos estamos refiriendo a los inherentes al SER del hombre, no a los creados y super-impuestos.

Todos lo sabemos, todos lo conocemos y...¿acaso pretendemos íntimamente que ya, a esta altura, puedan sacudirnos las narraciones de horrores? Difícilmente; es muy

dudoso que por ese camino podamos llegar a la comprensión. Más bien creemos que es hora de que empecemos a *mirarnos*, a *admirarnos* y a *espantarnos*. Y si acaso barreras, prejuicios, defensas, obnubilan nuestro razonamiento no llegaremos a ninguna parte, porque estaremos muy bien *atrincherados* y *adiestrados* para continuar siendo utilísimos agentes del sostenimiento del “todo quede como está”.

“¿Cómo conocer el esplendor y la plenitud de la juventud, si nuestras energías se consumen combatiendo los errores y las falsedades de padres y antepasados? ¿Es que la juventud tiene que derrochar sus fuerzas abriendo las garras de la muerte? ¿Su única misión en el mundo es rebelarse, destruir, asesinar? ¿Su único destino es ser ofrecida en holocausto? ¿Y los sueños de la juventud?... ¿Han de ser siempre considerados desatinos? ¿Han de estar siempre poblados sólo por quimeras? Los sueños son los *retoños* y los *brotos* de la imaginación y *tienen derecho* a una vida pura. *Sofocad y deformad* los sueños de la juventud y destruiréis al creador” (Henry Miller).

Somos perfectamente conscientes de la existencia de un mundo que creamos, cuya estructura psicológica está basada en el poder, en la posesividad, en la dependencia del dinero.

Vivimos repitiendo maquinalmente palabras herederas, gastadas, desprovistas de contenido y funcionalmente inútiles. Y con todo ¡nos atrevemos! Señalamos metas...fijamos objetivos...

Nuestros tremendos condicionamientos nos hacen ver como “cosas razonables” y “comunes” a los desniveles, a la opresión, a la injusticia...

Nos re-preguntamos: ¿letargo?, ¿sueño?, ¿inconsciencia? “Miramos, pero no podemos VER; nos asemejamos a seres *absortos*, *incrédulos*, no entendemos NADA (o entendemos demasiado) y por ello preferimos evadirnos, huir, estirarnos hacia las estrellas o, impávidos, <<otear>> la superficie lunar. Es que, quizás, es mucho más difícil y complicado <<despertar>> hacia adentro e intentar la comprensión del mundo exterior, que lograr un descenso en cualquier planeta vecino” (Revista 2001, no. 15, año 1969, “La Revolución Vertical”, por Eduardo A. Azcury) – “en cualquiera” es la aspiración del hombre contemporáneo – y mientras la técnica conquista el espacio (y nos gana una batalla) nuestra búsqueda se hace cada día más penosa, menos útil, más ilusoria...

Nos reconocemos dentro de un volcán próximo a estallar, visualizamos el cambio como quimera, vacilamos, nos incomunicamos, la rutina nos agobia, *somos utilizados* y somos ¡EL MUNDO! Pero...así, mundo (suma de individualidades) que con hipocresía,

inautenticidad, conformamos una comunidad o un millón de comunidades de hombres que gastan la palabra AMOR *por uso*, pero que NO LA CONOCEN, que NO LA ASUMEN y que NO PODRAN TRANSFORMAR EL MUNDO A TRAVES DE ELLA.

Y el reconocimiento anterior nos lleva a pensar en la ilusoriedad de la paz aparente en que vivimos (v.g.: “¡bueno....si hay guerras no se desarrollan en el espacio geográfico que yo habito!”). Y, necesariamente, NOS ALIENAMOS, nos corrompemos, nos enajenamos y los hechos no logran atravesar la epidermis de nuestra “bien defendida” integridad.

Gastar POR USO a la palabra AMOR es algo *muy serio*. Y no comprender que la confusión existente en nosotros mismos se hace –por extensión- caos total es MAS SERIO AUN.

“Lo futuro es la continuación del pasado a través del presente. Por la comprensión del presente, queda transformado lo futuro” (Krishnamurti).

¿Y acaso no estamos manteniendo todos, individualmente, esas terribles situaciones? ¿No son el resultado final de nuestro diario PENSAR-SENTIR-ACTUAR?

Las producen lo que somos en nuestras convivencias, ya sociales o profesionales, y... ESO PROYECTAMOS: *lo que somos*. Y LO QUE SOMOS ES EL MUNDO.

Si la aspiración es “transformar el mundo”, deberemos, necesariamente, por comenzar a reconocer que nuestros conflictos internos, se traducen o expresan en DESASTRES

EXTERNOS, pero si alcanzamos a *reconocer* que nuestro problema ES el del MUNDO, inmediatamente reconoceremos que sólo a nosotros –los hombres- compete resolverlo.

Pero...las existencias vacías, las desdichas humanas necesitan algo más que invenciones ingeniosas o “reformas superficiales”.

Cuando la realidad, como tal (en el reconocimiento de su esencia) no puede ser realizada acabamos siempre justificando la agresividad, la explotación, la opresión, que el hombre se levante contra el hombre. Profunda contradicción e incertidumbre que, sin haber podido realizar la comprensión, manejándonos con ideas pre-concebidas y con comprobaciones que no han podido efectuar cambios hondos y fundamentales, llegará *sólo* a meros cambios superficiales que no podrán dejar de ser –de ninguna manera y por ningún camino- la continuidad “modificada” de un estado de cosas caduco.

Se deduce que, de una manera única, el hombre podrá tener la pretensión de tornarse diferente y de comenzar a percibir. Será: despojándose –vitalmente y despiadadamente- de pre-conceptos, trabas interiores y exteriores, educación parcelada, adaptación a sistemas opresivos, dogmas, ingenuidades, palabras...

Y el resto del pensamiento-sentimiento se deduce necesariamente de la creencia de que sólo los descontentos, los insatisfechos, los anticonformistas (o sea LOS ESPERANZADOS) están en condiciones de realizar una *contemplación* que se torne actitud hipercrítica y a

partir de ella *examinar* y *descubrir* las contradicciones de las que hablamos.

Pretender la inexistencia de estos hombres esperanzados sería seguir falseando las verdades profundas que los motivan e impulsan; sería no reconocer la existencia de “una ciencia envanecida y una tecnología aplicada al condicionar y al destruir” (Revista 2001, op. cit.).

Inmediatamente, a medida que nos adentramos en el tema, vamos reconociendo la profundidad de la textura temática que sería menester desarrollar, pero que creemos –por otro lado- no es de ninguna manera la intención de estas líneas, sino más bien fin en sí mismo. Lo percibimos apenas apreciamos dejar de lado, por la imposibilidad de penetrarla, como queda dicho, en tan breves reflexiones, el tratamiento de cuestiones tales como las estructuras sociales (en todos sus aspectos, variadísimas cuestiones y matices), pero sin la pretensión de justificar esto aclaramos creer que apuntamos simplemente a la reflexión de la “orientación existencial”.

Al respecto sólo nos permitiremos retomar el hilo de lo expresado al comienzo del capítulo V sobre el tema de la esperanza y, ello significa, en última instancia, la única inquietud que deseamos promover a través de todo lo dicho.

“El hombre ‘no es’, va siendo, es hacer ininterrumpido, fluir, cambiar –*es lo que pasa*, pero que junto con el pasar –paradójicamente- permanece; por eso el hombre es también *lo-que-queda*. Pasando y permaneciendo, el hombre finalmente se experimenta referido al porvenir,

abierto a la posibilidad y por eso es definitivamente, *lo-que-espera*.

Sentirse en esperanza, es sentirse incumplido, inacabado, tenso hacia un vasto horizonte de posibilidades, necesitado de estar continuamente *eligiéndose en medio de un paisaje en transición*.

En todos los tiempos la imagen del “camino” ha servido para expresar la vida humana. El hombre se ha experimentado en marcha, ante todo, movimiento, exploración de rutas, *que asume el mundo y trueca el devenir en historia*. Conservando el autocomando, en su “*irse haciendo en libertad*”, bajo una luz que polariza sus pasos hacia alguna parte...” (Oscar Braselis).

Existencia de marginalidad...injusticia, explotación, hambre, miseria, guerras, persecuciones, atropellos, despojos. ¿Cómo nos vemos frente a ellos (frente a los hombres y su esperanza...)? ¿Meros testigos de un drama trágico? ¿O por el contrario afirmamos actuar y responder en consecuencia como hombres críticos que captan la impostura de la situación? Si así es no nos extrañará que nuestro rechazo sea tomado como grave, solemne, necesario...

INDICE

	PÁG.
Presentación.....	13

PRIMERA PARTE

Historia del Trabajo Social.....	15
Cap. I. Del Servicio Social en general.....	16
Cap. II. Del Servicio Social en Latinoamérica	38
Cap. III. Del Trabajo Social Latinoamericano	54

SEGUNDA PARTE

Consideraciones generales acerca del trabajo social...68	
Cap. IV. Servicio Social de hoy.....	70
Cap. V. El trabajo social como disciplina universitaria	100

TERCERA PARTE

La formación Profesional	151
Cap. VI. Introducción General	151
Cap. VII. Introducción al concepto de ECRO	157
Cap. VIII. El esquema conceptual referencial operativo en el Trabajo Social	166
Cap. IX. La formación profesional	177
Cap. X. Necesitamos Facultades de Trabajo Social que	189
Cap. XI. Se necesitan trabajadores sociales que	200

CUARTA PARTE

Cap. XII. ¿Qué somos? ¿Qué hacemos?	208
Cap. XIII. La alienación de los trabajadores sociales Latinoamericanos	224
Cap. XIV. Política y trabajo social.....	267
Cap. XV. Algunas reflexiones sobre el mundo en que vivimos.....	438
Anexo para el "A B C"	279